
ENREDADOS EN
lazos de
HIELO
Esther Mor

Enredados en lazos de hielo

Esther Mor

Primera edición: 6 de noviembre de 2025

Ninguna parte de este relato puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, o por cualquier almacenamiento de importación o sistema de recuperación sin permiso expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código penal).

© Esther Mor

® Número de Registro SafeCreative
2509243149951

©Todos los derechos reservados.

A la familia, con mayúsculas, que son los que han estado a mi lado

A mi otra familia, la que no es de sangre, pero sí de sueños compartidos

Índice

PARTE 1: RUPTURAS Y HUIDAS

La nota
Origen
Madre
Hogar
Mapa en blanco
Recuerdos
Intrusión
Niñas
Coincidencia
Familia
Sin manual de instrucciones

PARTE 2: ECOS DEL PASADO

Rumbo Norte
Huellas
Ecos del norte
Desgarro
El altillo y mil recuerdos
Cartas guardadas demasiado tiempo
Sombras de Eleanor

PARTE 3: CRUCES INEVITABLES

Con un café
A dos pasos de la Navidad
Subasta navideña con sorpresas
Grietas
Entre cajas y recuerdos

Silencio bajo el capó
Al pie de su tumba

PARTE 4: RECONCILIACIONES

Lo que no dijimos
La llamada
Trayecto al pasado
En el hospital
Confesión de Iris
Conversación pendiente
Reflexiones
Unas llaves
Cartas de mamá
Redefinir pasado y presente
Un respiro de luz
Regreso a casa
Lazos invisibles
Reconciliación
Calor de hogar
Un nuevo comienzo

PARTE 1: RUPTURAS Y HUIDAS



La nota

La llave giró en la cerradura con pesadez rutinaria. Owen empujó la puerta y dejó la pequeña maleta en el recibidor. Regresaba de pasar tres días fuera por temas familiares. Una visita envenenada, en realidad. De allí había salido con un encargo de su padre que, a pocas semanas de la Navidad, le apetecía entre poco y nada.

Estaba impaciente por explicárselo todo a su chica cuando se detuvo en seco. El extremado silencio le provocó una primera sensación de extrañeza.

Ella solía tener la televisión de fondo con alguna serie coreana para no sentirse sola en el piso. Tampoco escucho el clic de su teclado.

—¿Sasha? —Algo instintivo ya le decía que no obtendría respuesta.

El apartamento, siempre impecable por su manía por el orden, parecía aún más despejado. Vacío. El jarrón de flores, que sustituía cada semana con un nuevo ramo de margaritas comprado en el mercadillo, estaba lleno de flores secas. También echo en falta la manta de cuadros que Sasha siempre dejaba sobre el sofá.

Su mirada recorrió la estancia hasta posarse en la repisa de la chimenea. Ahí, donde antes estaba la foto de ambos en aquel chiringuito de playa en el que celebraron su primer aniversario, solo vio el marco vacío y un sobre blanco apoyado en él.

Le latía el corazón con un ritmo acelerado y sordo mientras cruzaba la sala. Sus dedos temblaron ligeramente al coger el sobre. No había nombre. No hacía falta.

Dentro, una simple hoja de papel arrancada de su propio bloc de notas. La letra de Sasha, precisa y elegante, trazaba unas pocas

líneas que le helaron la sangre.

«Querido Owen,

Lo siento. No puedo hacerlo. Simplemente, no puedo seguir. Por favor, no me busques.

Sasha»

La firma era un garabato irreconocible, como si la pluma se hubiera deslizado sobre una lágrima mientras escribía en el papel.

Dejó caer la nota como si le hubiera quemado y se dirigió al dormitorio. El armario de ella estaba entreabierto. Vacío. Se había llevado la maleta verde, la grande, y solo unos pocos vestidos colgaban como fantasmas de lo que fue su vida allí.

No entendía nada. Todo estaba bien antes de irse. Solo habían sido tres días con sus noches. ¿Qué había pasado en ese tiempo?

Las breves conversaciones telefónicas habían sido las habituales. Repasó los mensajes de texto en su teléfono buscando una pista, algún indicio. Tampoco encontró nada relevante.

Sin embargo, el vacío en el armario no fue lo que más le apretó el estómago. Esa hazaña la consiguió percibir un pequeño hueco en la mesilla de noche. Allí guardaba Sasha un marco de madera con una vieja foto de ella de niña con su madre joven y sonriente, rodeadas ambas de margaritas. Se la había llevado.

Se dejó caer en la cama, aún con el abrigo puesto. Ni siquiera se lo había llegado a quitar al entrar en el apartamento. Recorrió con la mirada los desconchones del techo. Prometió arreglarlos hace meses y aún no se había puesto con ello.

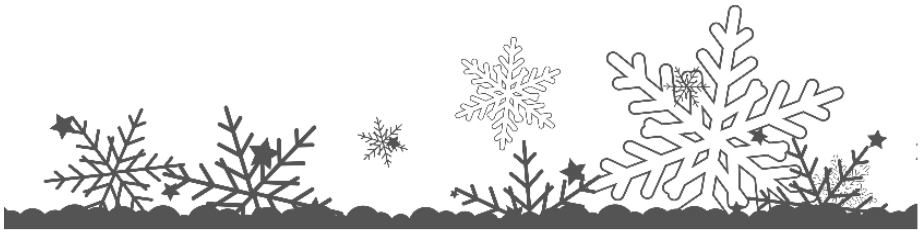
Dos años.

Dos años de compartir este espacio, de desayunos silenciosos, de planes de futuro que ahora se desvanecían como el

vaho en la ventana. Una relación convertida en humo en unos dos minutos.

Ella se había ido. Y se había llevado todos sus secretos consigo justo ahora que pensaba que con la petición de mano había derribado los últimos muros que les separaban. Se había quedado solo, con el eco de una pregunta que resonaba en las paredes vacías.

¿Por qué?



ORIGEN

Gran parte del viaje lo he hecho adormecida por el murmullo del motor y las sucesivas paradas del autobús. No recordaba que el viaje fuera tan pesado. Conforme avanzamos al norte, la temperatura pierde grados, y yo respondo añadiendo capas de ropa a mi indumentaria.

En serio, no lo recordaba. Este frío se cuela hasta el tuétano de los huesos.

En el interior del vehículo, el vaho empaña las ventanas. No somos demasiados aquí dentro. Una mujer de mediana edad con dos críos que, consolas portátiles mediante, se han portado de lujo en las horas que llevamos aquí dentro, un matrimonio mayor que no ha parado de susurrar y un grupito de cuatro jóvenes con pinta de universitarios volviendo a casa por vacaciones. Estos han montado algo más de follón, pero nada exagerado.

Paramos y, una vez que bajo del vehículo, empiezo a hacerme a la idea de la enorme transformación sufrida en las calles que me vieron crecer. Siete años dan para muchos cambios, por lo que puedo observar.

El viento me revuelve el pelo y casi me arranca el gorro de lana de la cabeza, me corta los labios y pellizca mis mejillas.

Observo los reencuentros de los desconocidos con los que he compartido parte del trayecto y aquellos que vienen a recibirlos. El estómago se me encoge al ver los abrazos ajenos. ¿Envidia? Aquí, sola, en medio del frío, reconozco esa punzada ácida por primera

vez. Envidia. No tiene mucho sentido experimentar esa emoción. No contaba con ella, y me abruma.

En la situación inversa, tan solo unos pocos. Personas que me resultan totalmente ajenas se despiden de sus seres queridos. No son fechas para viajar lejos, sino volver, afirma la publicidad en televisión de casi todos los productos navideños. Es época de uniones, no de ausencias.

Empiezan a encenderse las luces a mi alrededor. Si tuviera un ego más desarrollado, podría pensar que lo hacen por mi vuelta. ¿Algo intangible en el ambiente se alegra de tenerme de nuevo en su seno y celebra el regreso de la hija prodiga? Pues no, es debido a que el sol ya se esconde tras el horizonte.

¿Me alegro de estar aquí? Aún no lo sé. Tampoco entiendo qué me ha impulsado a hacer este viaje a mis orígenes después de tanto tiempo, pero aquí estoy. Y allí está Cecilia, saludándome con la mano.

Su sonrisa me da la bienvenida mientras se me acerca a pasos cortos pero rápidos, en busca de sus dos besos y abrazos de rigor. Descubro en ese instante que la he echado de menos. El calor que emana su cuerpo entra en contacto con el mío, helado, y eso me reconforta.

—Querida Sasha, me sorprendió mucho tu llamada. Y más todavía que fueras a venir. Hacía al menos seis años que no hablábamos. Alguien me dijo que te casas la próxima primavera. Eleanor estaba emocionada, especulaba con que, a pesar de todo, quisieras a tu familia para compartir ese momento. Me alegro muchísimo por ti. Mereces ser feliz, hija.

—Pues ese informador no es tan bueno, no se han puesto al corriente de las últimas novedades. Ya no hay compromiso, lo he anulado todo.

—¡Vaya! Lo siento. A pesar del tiempo que lleváis distanciadas, a tu hermana se la notaba emocionada con la noticia. ¿Por eso esta visita? No te lo tomes a mal, no te esperaba esta Navidad. No habías venido a pasar las fiestas en años.

—Si te soy sincera, tampoco sé qué me ha empujado a venir. Solo sentí que tenía que volver.

—Ven aquí, necesitas un abrazo.

—Tengo que asimilar un montón de cambios. No digas aún nada al resto de familia, no quiero que sepan que estoy aquí. A nadie. Y menos a Peter.

—Ya que lo mencionas, le encantaría poder sentarse a hablar contigo. Tenéis conversaciones pendientes. Demasiados años lejos de casa, Sasha. Todos te hemos echado en falta. Peter querrá verte.

—Aún no estoy preparada. Necesitaré unos días. Por cierto, no es la única noticia que traigo. He tomado más decisiones difíciles en los últimos días.

Ella se separó lo justo para mirarme a los ojos, sin soltarme.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—También he dejado el trabajo —confesé.

—¿Qué? No entiendo nada. Siempre di por hecho que tu trabajo te llenaba. Eleanor nos contaba que te iba muy bien en esa empresa, presumía incluso sobre lo mucho que te valoraban.

—Otra cosa que tenía que cambiar en mi vida. Me iba bien, el trato era bueno, pero no me sentía realizada ni feliz con ello. Estalló, tía Cecilia, era algo que iba a suceder más pronto que tarde, lo presentía. La típica crónica de una muerte anunciada. Y llegó el día, tía Ceci. He arrasado con todo. Vuelvo con las manos vacías y el corazón hecho pedazos. Lo he perdido absolutamente todo.

Cecilia me envuelve de nuevo entre sus brazos y siento el calor que desprende. Huele a galletas y caramelo, como siempre. Es un olor que me transporta al pasado, a la niñez. Sin que pueda resistirme por más tiempo, me vencen las ganas de llorar.

Allí nos quedamos las dos, abrazadas en la gélida estación de bus, feliz y triste al mismo tiempo, lamentándome por lo que he perdido y lo que quizás sea incapaz de recuperar, el cariño que aparté de mi vida por los motivos equivocados.

—Ya estás en casa, Sasha. Voy a cuidar de ti.

—¿Y qué pasa con Peter?

—No tienes por qué enfrentar todas las batallas a la vez, deja esa para más adelante. Quedan muchos días hasta la Navidad, aunque te advierto que no sé por cuánto tiempo podré esconderte. Aquí los secretos no duran demasiado.

—Lo sé, y no pienses que no me aterra. Solo necesito calmarme antes de enfrentarme a mis demonios.

—Comprendo. Haré todo lo que esté en mi mano para dártelo, aunque vete haciendo a la idea: no te voy a esconder en el sótano de casa. Eleanor y el resto me visitan a menudo. Tampoco quiero que pienses que esto es una amenaza.

—Ya lo sé. Es una realidad incómoda con la que ya contaba.

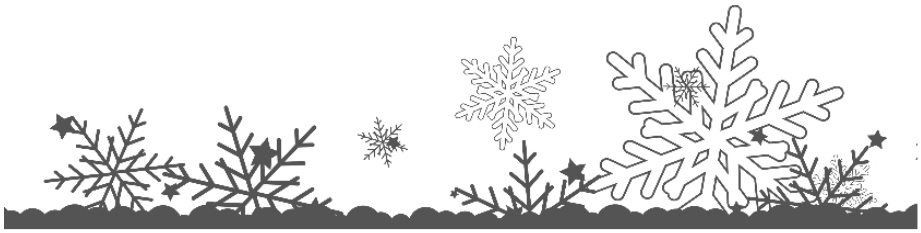
Tía Cecilia y yo siempre hemos tenido una conexión muy especial. Es la única que comprende lo que significó para mí la muerte de mi madre y que eso desembocase en mi marcha.

—¿Crees que estamos a tiempo de hacerle una visita a mamá de camino a casa?

Quizás me empeñe demasiado en guardar intactas las pocas cosas que tengo de mi madre, como si fueran reliquias. Pero es que nadie parece recordarla como yo la recuerdo: luminosa, invencible, capaz de salvarme solo con una mirada.

—Claro que sí, Sasha. Le llevo flores a menudo, y no soy la única. Sigue muy presente en nuestro día a día. Podemos pasar antes por la floristería y buscar un ramo bonito, si quieres.

—Me encantaría. Margaritas. Eran sus flores favoritas.



MADRE

Cecilia apaga el motor del coche frente a las rejas que encierran y apartan el camposanto, el reino de los muertos, de los vivos.

—Te hará bien esta visita —dice, con voz que también es caricia. Amorosa y firme a la vez. No puedo contradecirla, sé que tiene razón.

Cecilia espera a que suelte mi cinturón y baje antes de hacer ella lo mismo. Entiende que voy a necesitar unos minutos para enfrentarme a la desnuda y fría lápida con su nombre grabado. Anochece rápido, apenas algo de luz anaranjada se cuela entre las ramas desnudas de los árboles, tenue como un susurro. Aquí no se han encendido las farolas, imagino que no es hora en que se suela visitar a los residentes perpetuos del lugar.

El aire invernal enrojece mis mejillas en cuanto me decido a salir del coche. Sin pronunciar palabra, caminamos juntas por el sendero que lleva hasta donde reposan los restos de mi madre, acompañadas tan solo por el crujido de nuestros pasos sobre la grava. Es lo único que rompe el silencio.

—Sabía que querrías venir —se decide a comentar ajustándose la bufanda.

—No estoy segura de que sea el momento más indicado.

Ella no responde de inmediato. Me mira de reojo, perspicaz, analizando mis gestos, sin decir nada. Así es Cecilia, nunca te empuja, pero sabe cuándo quedarse cerca para sostenerte si tropiezas.

A pesar de los años que han pasado desde la última vez que vine, el camino hacia la tumba de mamá me resulta abrumadoramente familiar. No necesito indicaciones; mis pies saben dónde ir. Cecilia camina detrás de mí. A la vez que me da espacio, me reconforta con su presencia. Es como ese abrigo de borreguito que te abraza en pleno invierno.

Mi madre reposa al final de una hilera, bajo un ciprés alto y solemne. Me detengo frente al mármol cubierto de hojas secas. Cecilia saca un pañuelo de papel de su bolso y empieza a limpiarla sin decir nada, como si fuera lo más natural del mundo. Después, dejo las flores que hemos comprado hace unos pocos minutos encima. Solemne, como si el ramo de margaritas no fuera de flores naturales sino hechas del cristal más delicado.

—Hola, mamá.

Mi voz rota es poco más que un susurro.

Cecilia se pone en pie y se aparta unos pocos pasos. No quiere entrometerse en lo que es un acto muy íntimo para mí. Así lo entiende y es su manera de apoyarme.

—Lo siento —continúo, mirando las letras grabadas en el mármol. Siempre me encantó el sonido de su nombre al pronunciarlo —. Siento haber tardado tanto en venir a verte.

El nudo en la garganta se hace más grande con cada palabra. Cecilia sigue ahí, quieta, sin prisas. Respetando mis ritmos.

—No te quedes con todo dentro, Sasha. Aquí puedes decir lo que quieras. Ella te escucha y ofrece el consuelo que tanta falta te hace.

—Cancelé la boda, mamá. No podía seguir adelante con algo que no sentía. Owen quiere cosas que yo no estoy lista para darle. —Respiro hondo, sintiendo la punzada de culpa que siempre acompaña ese pensamiento—. También he dejado mi puesto en la empresa, mamá. Quería poner espacio entre nosotros. Necesito respirar aire puro, lejos. Donde no pueda encontrarme. He puesto mi vida patas arriba, mami. Y ni siquiera sé si hago bien volviendo aquí, pero es el único lugar del que no sabe nada.

El viento sopla moviendo las ramas del ciprés. Quedo absorta en sus movimientos. Además, hay algo en ese sonido que me tranquiliza. Casi puedo sentir que mamá me escucha, que me entiende incluso cuando soy incapaz de explicarme lo que siento a mí misma. A veces escucho a los demás insinuar que mamá no siempre estaba bien, que se ausentaba. No sé de dónde sacan esas historias. Yo solo recuerdo su risa cálida, su voz llenando la casa como un canto contra la tristeza, siempre a mi lado para apoyarme.

—Sé que hice lo correcto, y, a la vez, pienso que te he decepcionado.

Detrás de mí, Cecilia carraspea.

—Eso es una tontería, Sasha. Tu madre estaría orgullosa de ti por tomar una decisión valiente. No te juzgues de esa forma. No estás siendo justa contigo misma.

Me giro para mirarla. Sus brazos, cruzados sobre el pecho, expresan su desacuerdo con mis palabras. Me conoce demasiado bien como para dejarme hundir en este pozo de dudas en el que he terminado.

—No puedo evitar sentir que lo he echado todo a perder, tía Ceci.

—Fracasar sería quedarte en algo que no era para ti. Seguir en unos planes en los que, por lo que sea, no crees. Hiciste lo que tenías que hacer, y eso es lo que cuenta.

El aroma a tierra fría impregna el aire. Saco un anillo del bolsillo de mi abrigo y lo dejo sobre la lápida. Cecilia no dice nada, no pregunta. Se limita a apoyar su mano en mi hombro.

Las lágrimas amenazan con volver a caer, pero no les doy esa libertad. Ya he llorado bastante. En su lugar, me quedo en silencio. Quizás pasamos inmóviles dos, cuatro, o quince minutos. No importa.

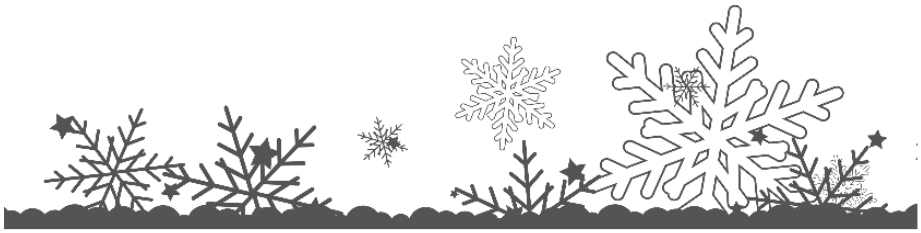
Cecilia, mientras tanto, murmura una oración con los parpados cerrados y los dedos enlazados. Finalmente, me levanto y sacudo las hojas de mis pantalones.

—Gracias por traerme.

—No tienes porqué darlas, hija.

Ella asiente, no hace falta explicar nada más.

De regreso al coche, hay más silencio entre las dos. Y algo positivo, también. Siento el peso que venía conmigo un poco más ligero.



HOGAR

El porche está tal y como lo recordaba. Al igual que Cecilia, que luce la misma melena, solo que ahora un poco más plateada, recogida en un moño bajo con algunos mechones sueltos desordenados. Las arrugas que se acumulan alrededor de sus ojos y labios son nuevas, sí, pero no restan fuerza a esa mirada que podría atravesar paredes. Cecilia siempre fue una roca, inmutable incluso cuando el mundo a su alrededor se desmoronaba.

Cruzamos en silencio el umbral. Si no fuera porque es imposible, juraría que he vuelto al pasado. Arrastro conmigo una maleta que contiene un revoltijo de ropa escogida sin pensar, un neceser, y algunos objetos pequeños que agarré por impulso. Ninguno sirve de mucho ahora, pero sentía que debía traer algo que me anclara a la que era mi vida actual. Es irónico, en realidad he huido de todo lo que ese pasado representa.

—Voy a preparar café. Ponte cómoda. Siéntate allí. Dejé la chimenea encendida antes de salir a recogerte, ¿se nota?

—No quiero ser una molestia. Solo será hasta que reúna fuerzas.

Me dejo caer en el sofá que Cecilia me ha indicado. Lo conozco bien. Era mi favorito de niña, el más cercano al fuego. Si cerrara los ojos, podría verme allí, con las piernas cruzadas, leyendo bajo una manta vieja mientras escucho el crepitar de las llamas. El fuego me calienta, pero no me reconforta el alma. Hay demasiado ruido dentro de mí.

No recordaba tantos cojines en este sofá. Es como si con el tiempo se hubieran añadido capas de protección, igual que hace la gente. Atrapo uno entre mis brazos y lo aprieto contra el pecho. No es solo un cojín, he improvisado un salvavidas.

En el fondo, si he venido hasta aquí es porque necesito que alguien me salve de mí misma. Cecilia, siempre tan sabia, no hace preguntas innecesarias. Me recoge sin juzgar, pero no puedo evitar pensar cuánto tiempo pasará antes de que empiece a cuestionarme, como el resto.

Desde la cocina me llega el penetrante olor del café recién hecho. Es un aroma cálido y reconfortante, aunque no lo suficiente para ahogar la punzada de culpa que llevo a cuestas. ¿Cómo he llegado a este punto? No hay cojines suficientes en esta casa que me aligeren de la congoja que me corta la respiración.

—¿Y si empezamos con algo fácil? ¿Qué ha pasado con tu novio?

Cecilia está de vuelta, con dos tazas humeantes sobre una bandeja en la que también veo mis galletas favoritas. Las que preparábamos juntas las cuatro mujeres de la familia: mamá, tía Cecilia, Eleanor y yo. El nudo en la garganta se hace más grande. Tragar es misión imposible.

—No sé si eso es lo más fácil de explicar.

—Cuéntame por qué se ha cancelado la boda, por ejemplo.

Su tono es suave, pero el peso de sus palabras cae sobre mí como una losa. ¿Cómo explicar algo que apenas entiendo yo misma? Hay mil formas de justificar mi decisión y ninguna que no se sienta vacía frente a la mirada de Cecilia, que ya ve más allá de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Porque creí que no tenía sentido —murmuro, después de pensarlo por unos segundos y fijando la vista en mi taza de café. Es lo único que puedo sostener sin que se me escape el control.

Cecilia no responde de inmediato. La conozco lo suficiente para saber que no lo hará hasta que yo decida llenar el silencio. Ella

nunca fuerza las palabras, solo las deja caer cuando sabe que pueden dar en el blanco.

—Continua. Sácalo de ahí dentro.

—Era el paso siguiente, lo que se suponía que debía hacer. Owen quería casarse y formar una familia cuanto antes. No entendía que yo no estuviera en el mismo punto.

—Si no es algo que deseas, has hecho muy bien dando un paso atrás.

—Él no se lo habrá tomado así. Me fui dejando una nota y mi teléfono está lleno de llamadas perdidas, suyas y de otras personas a las que importo y he dejado con la palabra en la boca.

—¿Por eso has dejado también la empresa? ¿Para que nadie sepa dónde buscarte?

—Tenía que desaparecer. Por completo. Si no lo hacía así, caería de nuevo en sus brazos.

—Entonces, ¿le quieres?

—Sí. Pero no tiene idea de quién soy en realidad. Ha vivido con una máscara, una fachada. No puedo mantener esa farsa por más tiempo. No quiero seguir así. ¿Arriesgarme a repetir una historia que ya sabemos todos como acaba?

Cecilia me regala una sonrisa cómplice y me tiende una galleta. Siempre sabe qué hacer para que baje la guardia y que el peso en mi pecho sea un poco más ligero. La quiero por eso, aunque nunca se lo diga.



MAPA EN BLANCO

La luz del amanecer se colaba por las persianas, igual que llevaba haciendo tres mañanas seguidas, y lo encontró acodado en la isla de la cocina, en la misma postura en la que se había dormido. El móvil, ahora con la batería agotada, yacía muerto sobre la encimera. La nota de Sasha, arrugada, manchada de café y con el borde gastado de tanto ser manipulada, seguía allí como una acusación silenciosa que ya forma parte del decorado.

Los días se habían fundido en una neblina gris de incredulidad y parálisis. El apartamento, sumido en un desorden inusual para él. Platos sin lavar, ropa amontonada en un sillón, un par de cajas de pizza con restos en su interior. La suma de elementos daba como resultado el reflejo de lo que era su interior, un caos de preguntas sin respuesta y de planes que nacían y morían en el mismo instante, víctimas de la indecisión. ¿Cómo se buscaba a alguien que se había esfumado sin dejar el más mínimo rastro?

Ni siquiera la desesperanza le había dado el impulso necesario para actuar. Solo podía dar vueltas en la noria de su mente, masticando rabia e impotencia.

« Por favor, no me busques .»

La había desobedecido antes de que saliera el sol. Había llamado a Marta, la mejor amiga de Sasha, la que siempre organizaba sus cenas de cumpleaños.

—¿Sasha? No, Owen, no está conmigo. ¿Pasa algo? —La voz de Marta sonó preocupada. Y vacía. No lo estaba engañando, no cubría a su amiga. Realmente no sabía nada.

—Es que no contesta el móvil. ¿No se te ocurre dónde podría estar? ¿Algún sitio al que solía ir cuando necesitaba pensar? ¿En algún momento te dijo que tenia dudas en cuanto al compromiso?

—Uf, lo siento. Sasha nunca fue de desahogarse mucho. Sabes cómo era. A mí me parecía contenta.

Owen colgó, frustrado. ¿Qué sabía cómo era? En ese momento empezó a darse cuenta de que no sabía nada.

La llamada a su empresa fue igual de infructuosa. Su jefa, sorprendida, le confirmó que Sasha había renunciado a su puesto sin dar los quince días de preaviso. Por teléfono. Justo después de despedirse de él en el aeropuerto.

—Se justificó diciendo que le habían ofrecido algo mucho mejor y más enfocado a sus inquietudes. Parecía emocionada por comenzar cuanto antes con esa nueva etapa —comentó la mujer—. Eres su prometido, ¿En serio no te lo contó?

Cada llamada era un clavo atravesando su corazón. Nadie sabía nada, ni una pista a la que aferrarse. A cada persona había contado una versión diferente. Fue al llamar a Álvaro, su propio mejor amigo, cuando la realidad lo golpeó con toda su fuerza.

—Tío, lo siento, no tengo ni idea —dijo este—. Conmigo no hacía buenas migas, ya lo sabes. Oye, ¿pero de dónde era Sasha? ¿No tendrá que ver con su familia? Quizás deberías tirar de ahí.

Owen se quedó mudo. Miró por la ventana el gris de la ciudad, y de repente todo cobró un sentido aterrador.

—No lo sé —confesó, y la palabra sonó a humillación en su propia boca—. Apenas me hablo de ella. Nunca me dijo de donde era, no le gustaba tocar esos temas y los evitábamos.

—¿Cómo que no lo sabes? —La incredulidad de Álvaro era un espejo de su propia estupidez—. ¿Dos años viviendo juntos y no sabes dónde nació ni conoces algún familiar?

—Decía que era un pueblo pequeño. Que no salía en los mapas. Que no merecía la pena. Que lo odiaba y no volvería nunca —Owen tragó saliva, recordando cada evasiva, cada cambio de tema cuando el asunto se acercaba a su pasado—. Su madre murió justo antes de empezar la universidad. Tiene una hermana y creo que una tía. Sí, ambas. Eso es todo.

El silencio al otro lado del teléfono era elocuente.

—Joder, tío. —Era todo lo que Álvaro pudo decir.

Owen terminó la llamada y dejó el móvil sobre la encimera. El apartamento, silencioso, parecía amplificarse a su alrededor. No era solo que Sasha se hubiera ido. Es que se había llevado la llave. No la conocía. Vivía con una mujer que era una incógnita. Se había prometido con una persona de la que apenas sabía nada.

Siempre lo había atribuido al dolor, a una timidez que a él le parecía hasta entrañable. Ahora veía la verdad, había sido una barrera deliberada. Un agujero negro que él, cegado por la comodidad y la atracción, nunca se había molestado en escarbar.

La propuesta de matrimonio no había sido el comienzo de una nueva intimidad, como él pensaba, se había convertido en el final. El acto último que destrozó el frágil equilibrio de su mentira compartida.

No tenía un mapa para encontrarla. Solo tenía un nombre, el de su hermana, Eleanor, y el de la tía, Cecilia.

Y la vaga sensación de que, en algún lugar del norte, porque ese era el único dato tangible que tenía, que su familia provenía y vivía en el norte del país, se había convertido en su refugio. Ignoraba todo de ese lugar, pero el frío no podía ser aún más penetrante que el que sentía ahora dentro de su pecho.



RECUERDOS

Si algo posee la casa de Cecilia, sobre todas las cosas, es la apariencia de estar en completa calma. Desde el sofá puedo oír el tic-tac del reloj en la cocina, el crujido de las vigas cuando el viento se cuela por algún rincón y el zumbido tenue del radiador encendido. Es el tipo de silencio que debería ser reconfortante, pero que, en cambio, en mi cabeza provoca un hervidero de pensamientos.

He pasado todo el día evitando mirar mi teléfono, dejando que se ahogue en el fondo de mi bolso. Sé que hay más mensajes y llamadas perdidas.

Lo único que he hecho desde que llegué, tras la visita al cementerio y una primera noche en el cuarto de invitados de Ceci, ha sido envolverme en una manta y quedarme quieta, observando por la ventana un cielo gris de invierno que parece aplastar el horizonte.

Cecilia está en la cocina, ocupada con algo que no me interesa. Conociéndola como la conozco, apuesto mis escasas pertenencias a que prepara otra sopa. Repite sin cesar que estoy desnutrida, muy delgada, y que seguro que eso me está afectando física y emocionalmente. O galletas. Siempre tiene que estar haciendo algo. Yo, en cambio, me mantengo paralizada. Soy como esa imagen congelada en el televisor cuando en días de lluvia la señal no llega. Mi cuerpo y mi mente, disociados, no quieren avanzar en ninguna dirección. ¿Cuándo me convertí en esto?

Cierro los ojos y dejo que los recuerdos me invadan, aunque duelan. Mamá y yo, cocinando juntas en Navidad, el aroma del pavo

relleno y las risas mientras Eleanor intentaba robar galletas recién sacadas del horno y aún calientes. Papá, cuando todavía era papá y no Peter, traspasando el umbral después de un duro día de trabajo, con su sonrisa despreocupada, como si todo en nuestra familia fuera perfecto. Mucho antes de que la burbuja de mi infancia supuestamente feliz explotara de golpe.

Cecilia entra al salón e interrumpe mis pensamientos. Lleva una bandeja con dos tazas y galletas de jengibre recién horneadas, me ofrece una antes de sentarse a mi lado y suspirar. Me observa con esa mirada tan suya, de soslayo, mezcla de preocupación y paciencia.

—Tienes que salir de esa cabeza tuya, Sasha —dice, con suavidad, dejándome una de las tazas en la mano—. Llevas dos días encerrada en casa.

—Hace demasiado frío. No recordaba que aquí hacía tantísimo frío. ¿Y a dónde quieres que vaya? No creo que el mundo esté esperando ansioso mi regreso.

Se sienta a mi lado y toma un sorbo de su café antes de responder.

—No puedes quedarte aquí escondida para siempre. No es lo que querría tu madre.

Me estremezco. Cecilia sabe dónde apuntar. A veces la odio por ello, pero no puedo negarle la razón. Aun así, no estoy lista para enfrentarme al mundo, ni siquiera al pequeño universo que es mi familia.

—Necesito descansar. Me siento demasiado herida, después de una ruptura dolorosa.

—Y que has provocado tú. Te voy a decir algo, y quiero que me escuches bien. No importa cuánto intentes huir, Sasha. La verdad siempre te encuentra, y más pronto que tarde tendrás que decidir si vas a seguir dejándola controlarte o si vas a enfrentarte a ella.

No respondo. Cecilia es jodidamente certera en sus afirmaciones. Solo me hundo más en el sofá, me arrebujo entre las

mantas de cuadros y me hago pequeña. Dejo que su presencia me envuelva, porque sé, aunque no lo diga, que está ahí para sostenerme.

Cuando ella se levanta y vuelve a la cocina, el silencio regresa, pero se siente menos denso. Tomo un sorbo del café y dejo que su calor me recorra, imaginando por un segundo que puedo sostener este pequeño momento de calma.

Es entonces cuando un ruido interrumpe el silencio: el timbre de la puerta. Cecilia me lanza una mirada rápida desde la cocina, y algo en su expresión me dice que sabe quién es.

Mi estómago da un triple salto mortal y luego se hunde. ¿Eleanor ya se ha enterado de que he vuelto? No estoy lista. Y mucho menos para quien podría venir con ella.



Intrusión

No puedo con tanta hipocresía. Dejé muy claro que no quería verlo todavía y ha tenido el valor de presentarse aquí sin ser invitado. No sé cierto si Cecilia lo sabía, pero la confusión que se refleja en su rostro al abrir no es posible de fingirla. Eleanor, con la frente alta, ha sido la primera en hablar. Esto tiene su firma, es cosa suya. Dudo que Peter se hubiera atrevido a acercarse a mí si no fuera apoyado por Eleanor, su muleta.

—Siempre te gustó dar la nota, Sasha.

Menudo recibimiento. Si esta es la cálida bienvenida que me tenía preparada, se la podría haber ahorrado. Aunque no es lo que más me importa. Mi atención se ha concentrado en él, en sus ojos pequeños de párpados caídos. En las tremendas bolsas sobre las mejillas sonrosadas. En el odio que me recorre en su presencia. ¿Por qué, Eleanor?

—Destacar es lo mío, ya lo sabes. Tú eras la hija prudente y sensata, yo la loca que arriesga y se mete en líos.

Me mira con esa cara tan suya de mami, la ha tenido desde niña. Todos conocemos gente como Eleanor, que parecen destinados a cuidar y preocuparse por el resto de la humanidad. Yo era lo contrario. Mamá lo sabía.

—Necesito aire. Voy a dar una vuelta.

No, lo siento. Las sorpresas no están hechas para mí. Las encerronas y las traiciones tampoco me van.

—Pero querida, han venido a verte. —Cecilia recupera el habla e intenta impedirme la huida. Mal por ti, tía—. No puedes marcharte así. Escucha lo que te tienen que decir.

—Lo siento. Así, no.

Cojo la chaqueta del perchero, me envuelvo en la bufanda y me encajo el gorro de nieve hasta las orejas mientras varios pares de ojos me observan. Les desafío a pararme con la mirada, y se apartan de la puerta. Solo una de ellas se atreve a hablar. Eleanor juzga mi forma de actuar. No es una novedad.

—¡Hace frío! —exclama—. ¿Por qué no podemos quedarnos y conversar sentados junto al fuego como personas civilizadas?

—Sasha, por favor —ruega Peter, casi implora.

—¿En serio? ¿Quieres que nos sentemos al charlar como si fuéramos la familia más unida del mundo? ¿Es por el espíritu de la Navidad? No puedo. No funciono así.

Tiende su mano hacia mi hombro y me revuelvo para no sentir ese tacto sobre mi piel. No lo quiero cerca. Siete años sin escuchar esa voz y la reconozco a pesar de los cambios.

La edad no perdona, ha perdido algo de tono y se nota cansada, más grave. Incluso temerosa. Un escalofrío me recorre y se despiertan recuerdos antiguos de otra vida. Risas juntos, montada a caballito sobre su espalda. Eleanor mirando desde el suelo, demandando su lugar. Y mamá, sentada a lo indio en el césped verde, rodeada de margaritas, en nuestro jardín. Mamá era feliz, por aquel entonces. Fue más tarde cuando se torció todo.

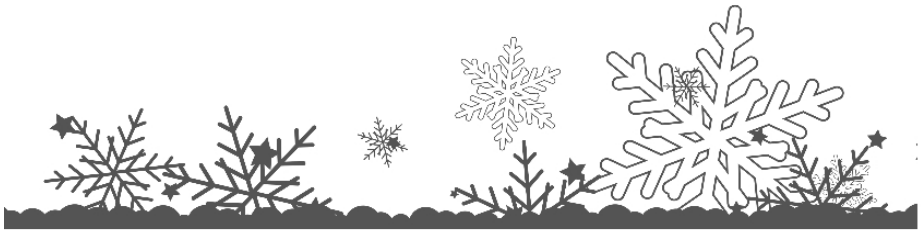
—¿Por qué lo has traído contigo, Eleanor?

Echo a caminar sin rumbo fijo. La nieve, lenta e implacable, cae como un recordatorio constante del tiempo que nunca se detiene. Mis pasos crujen sobre ella, resonando en el vacío. No hay nada. El frío cala hasta los huesos y el ardor me quema por dentro. Solo quiero alejarme.

Por el rabillo del ojo veo a Eleanor. Acelero el paso y ella hace lo mismo. Me sigue de cerca, sus palabras me alcanzan como un murmullo persistente que no quiero escuchar. Algo referente a la

responsabilidad emocional, dice. ¿Qué sabrá ella del peso que cargo? Quisiera gritarle, pero no tengo fuerzas. Parlotea sobre la necesidad de aceptar los errores. No me interesa. No quiero escucharla. Cuando se me pase el enfado daré la vuelta y volveré. Y con suerte, ya no estará allí. Podré fingir que Peter y yo no estuvimos bajo el mismo techo por unos pocos segundos.

Llegamos al parque así, una detrás de la otra. Está cambiado, y no es solo por la nieve que ha empezado a caer a nuestro alrededor. Vuelvo a ser consciente del frío. No llevo guantes, me duelen las yemas de los dedos.



Niñas

Me dejo caer en un banco helado. El calor se escapa de mis pulmones en un suspiro largo, formando nubes de vapor que se disuelven en el aire. Ella se sienta a mi lado, en silencio. Pasan los segundos, o quizá minutos, hasta que mi voz rompe el hielo que se ha formado entre nosotras. Contra la nieve y el frío no puedo hacer nada.

—¿Recuerdas aquella vez que me caí del columpio? —murmuro, apartando la vista del suelo y mirándola por primera vez desde que salimos de casa de tía Cecilia—. Dios, te diste un susto de muerte. Lloraste más que yo.

—Sangrabas. Fue horrible.

El parque ha cambiado muchísimo desde que éramos unas crías. De hecho, el columpio no está. Ha sido sustituido por un castillo con cuerdas, pasarelas y toboganes. El suelo ya no es de tierra, sino de ese material de goma que ponen ahora.

—Esta especie de alfombra blanda nos habría ahorrado muchas raspaduras, ¿verdad?

—No recuerdo que te cayeras nunca, Eleanor. Eras demasiado cuidadosa para ponerte en peligro. Me costaba horrores que subieras al columpio, y cuando lo conseguía, no me dejabas empujarte.

—Nos llevamos siete años, tus actividades y juegos no tenían nada que ver conmigo. Además, ¡de pequeña eras muy bruta! Tenía que velar por las dos, no hacías más que ponerte en peligro.

Mi mente me transporta y visito recuerdos de la infancia. Las muchas veces que me destrocé codos y rodillas trepando al árbol y a

lo más alto del castillo de barras. Aquella ocasión en la que me abrí la ceja con seis años. Eleanor, rondando a mi alrededor, continuamente preguntando si estaba bien, con lágrimas en los ojos, como si fuera ella la que se había hecho daño.

Mamá siempre decía que yo era fuego y Eleanor, agua. Que por eso nos peleábamos tanto, pero también nos necesitábamos. Pensar en eso me hace querer gritarle ahora a mamá por no estar aquí. Ella habría sabido cómo apagar esta hoguera entre nosotras. Pero no, nos dejó solas con este desastre.

—Siempre iba con las rodillas arañadas. Las medias rotas y la ropa llena de polvo —digo dedicándole una sonrisa amarga—. Tú, en cambio, volvías a casa impecable.

—No soportaba ensuciarme y era mayor para muchos de esos juegos que tanto te gustaban. Te cuidaba, ¿acaso eso es malo?

—Eras demasiado responsable.

—Debía serlo. Mamá no estaba siempre por la labor, y alguien tenía que cuidarte.

Su respuesta me atraviesa como una flecha, pero intento no reaccionar. Eleanor siempre encuentra la manera de tocar donde duele. Ese tipo de comentarios. ¿Es que nadie parece recordarla como yo la recuerdo? Luminosa, invencible, capaz de salvarme solo con una mirada

—Y sigues haciéndolo, aunque me reviente.

—Actuaba como tu hermana mayor. ¿No lo entiendes? Me he preocupado siempre por ti, no importaba que no quisieras o buscases la forma de alejarte de la familia. ¿Por qué toda esta distancia, Sasha? —pregunta, y le tiembla la voz—. Mamá se fue, y fue duro, pero nosotros seguíamos aquí, queríamos estar a tu lado. Nos apartaste. Papá…

—¡No le llames así, no lo merece! —El dolor antiguo que me acompaña se alimenta de la ira que me provoca saber que ella lo ha perdonado—. Peter tuvo la culpa. No entiendo cómo puedes soportar su presencia.

Lo digo con rabia, incapaz de contenerme. Cierro los ojos con fuerza, tratando de dominar las lágrimas que amenazan con salir. No. Aquí y ahora, no.

Tal vez me aferro a mi odio porque es lo único que me queda. Mamá está muerta. Peter lo hizo mal, como compañero, esposo y padre.

—Es nuestro padre, Sasha —afirma tajante—. No dejará de serlo, te guste o no. Y no lo puedes culpar para siempre. No eres justa con él, si te sentaras a charlar y le permitieras explicarse, lo entenderías.

—No necesito que nadie me dé permiso ni me diga a quien quiero en mi vida.

—Te comportas como una niña malcriada.

—¡Hago lo que me da la gana! Tú tampoco eres perfecta, no vengas presumiendo de hija comprensiva y amorosa.

—¡Tienes razón! ¿Es lo que quieres? ¿Que lo admita? —La paciencia de Eleanor llega al punto de no retorno y se levanta poniéndose frente a mí, enfrentándome. Mi hermana, la calma personificada, contraataca con una intensidad que rara vez muestra. —. Sí. También hubo un tiempo que le guardé rencor. Pero, Sasha, uno no elige de quien se enamora. Enfócate en ti misma. Cecilia me ha contado que has roto tu compromiso, ¿no?

Eleanor se muestra desafiante. Trago saliva y siento un nudo en la garganta que no puedo quitarme. Me duele el pecho, y no es debido al frío. Es como si la rabia estuviera apretándome por dentro. Mamá habría sabido qué decir, ella siempre estaba para calmarme.

No pensaba que fuera a echar mano de mi fracaso y eso escuece. Quiere que pierda los estribos. ¿Piensa que con cuatro gritos se arregla todo? Está muy equivocada. Giro en el asiento para evitar el contacto visual.

—¡Deja de comportarte así! —grita—. Sí, papá cometió errores, pero también nosotros lo hicimos. Tú tampoco eres perfecta.

—He tenido el valor que Peter nunca tuvo.

—Sigues aferrada a una visión distorsionada de la realidad, Sasha. Eran otros tiempos y otras circunstancias.

—Mamá no merecía que la engañara así —contraataco.

Sus palabras me han atravesado como cuchillos. Quiero responder, también gritarle que está equivocada, pero mi garganta se cierra. No puedo.

Pateo la nieve que se ha acumulado sobre mis pies y respiro hondo. Eleanor me toma la mano helada y la pone entre las suyas, cubiertas por unos guantes de lana de colores vivos. Su calor me atrapa.

La nieve sigue cayendo, cubriendo todo a nuestro alrededor. En invierno, cuando éramos pequeñas, mamá hacia un muñeco de nieve al que vestía siempre con una gorra de cuadros y una bufanda de rayas lilas y verdes. Entonces no parecía cansada ni preocupada, solo feliz. Y Peter estaba allí también, riéndose con nosotras. Ahora siento cómo el odio me quema, es un fuego que quiere derretir la nieve bajo mis pies.

—¿Por qué sigues defendiéndolo, Eleanor? Después de lo que hizo, te aseguro que no entiendo tu posición, ¿cómo es posible que estés de su parte?

Ella suspira.

—Porque odiar es la opción más fácil, Sasha. Mamá no lo haría. Sabes que no habría querido que te hicieras dueña de todo este dolor.

Su respuesta me golpea como un puñetazo, pero no dejo que lo note. Me revuelvo para apartar mi mano, alejar el calor, el consuelo.

—Entonces mamá se equivocaba.

Doy la vuelta y me alejo de Eleanor, dejando que la nieve siga cayendo, sepultando bajo su manto blanco e implacable las palabras que no quería oír. Camino sin rumbo, sintiendo cómo el frío me cala hasta los huesos, nada comparable con el gélido vacío que llevo dentro. Con Peter, con Eleanor, incluso con la memoria de mamá.

Todo son lazos de hielo que me atenazan con su frío. Lazos que, en lugar de unir, cortan la piel con cada movimiento, con cada recuerdo. Y tengo miedo de que, si cedo un ápice y escucho lo que tanto Eleanor como Peter quieren decirme, se quiebren para siempre en mil pedazos irrecuperables.



COINCIDENCIA

Llevo muchos años evitando el frío, quizás porque siempre me ha recordado al hogar que perdí.

Me he armado de valor y he salido de mi refugio entre los cojines y la manta de cuadros. Las luces de Navidad parpadean a través de la ligera niebla que se arremolina en las calles y me envuelve. Inhalo aire congelado y exhalo vapor que me rehúye subiendo hacia las nubes. Camino sin rumbo, sin un plan concreto, solo por el deseo de no quedarme encerrada. Cecilia ha salido temprano hacia su trabajo en el centro asistencial, dejándome con la consigna de hacer algo de provecho.

Definitivamente, ser productiva no está en mis planes.

Tras un paseo por varias calles que no recordaba, el olor a café recién hecho me atrae hacia lo que parece ser una pequeña y acogedora cafetería. Creo recordar que, años atrás, ese local era una peluquería. Justo enfrente había un solar en el que los niños jugábamos a pelota y algunos vecinos mayores del barrio se distraían plantando hortalizas en una especie de huerto comunitario. Ahora veo que han construido un edificio de apartamentos con un moderno gimnasio de una conocida franquicia en su planta baja.

Estoy lejos de las zonas en las que se mueven Eleanor y el resto. ¿Posibilidades de cruzarme con mi familia en la cafetería? Supongo que inferiores al 15%, así que podré con ello. Siento que no tengo que temer encuentros fortuitos, ya tuve bastante con el de hace un par de días. Aún le guardo cierto rencor a Cecilia por

propiciarlo y todavía más a Eleanor por cogerlo al vuelo con solo enterarse de la vuelta al redil de la hija prodiga.

Me apetece algo caliente, y podría englobarse en la categoría de cosas provechosas que hacer. Por lo pronto, ayudará a desentumecerme los dedos y entrar en calor. Quizás hasta consiga un maravilloso efecto colateral expulsando por un rato todos esos pensamientos confusos que habitan en mi cabeza desde que mi familia apareció en el porche de Cecilia.

El interior está casi vacío, salvo por un par de mesas ocupadas por personas absortas en sus libros y pensamientos, con las manos rodeando las tazas humeantes, absolutos desconocidos. Es perfecto. Pido un cappuccino y un croissant en la barra y me dirijo a una mesa libre que hay junto a la ventana. El lugar ideal en el que refugiarme. Me dirijo hacia él sin pensarlo ni un minuto más.

—Dios mío, ¡lo siento muchísimo!

Algo tibio me salpica el brazo y las piernas, y mi taza ya no está en la bandeja, sino desparramada por el suelo.

—¡Soy tan torpe!

Levanto la vista y enfrente tengo a una mujer con gafas vestida con un abrigo de lana gris y una bufanda de cachemira. Y una taza inclinada en la bandeja que sujeta entre las manos. Pues sí, bastante torpe. Ha tirado las dos bebidas, la suya y la mía.

Apenada, arranca servilletas de papel del dispensador más cercano con las que limpiarme.

—No se preocupe, estoy bien —digo, aunque el café ha mojado mis pantalones y un poco mi abrigo.

—Déjeme ayudarla. ¡Roberta, lo siento! Si me pasas la fregona, yo misma recojo este desastre.

—¡Ni hablar! Esto también forma parte de mi trabajo. —La camarera que me ha atendido sale de detrás de la barra—. Un accidente lo tiene cualquiera, estas cosas pasan todos los días. Apartad, que yo me encargo.

—¡Mira cómo te he puesto! —prosigue, volviendo a dirigirse a mí —. Nos acercamos a una tienda de ropa y te compro otros

pantalones. Déjame compensarte.

—En serio, no es nada. La lavadora de mi tía se encargará de ellos.

Hay algo en su expresión que resulta reconfortante. Quizás es el leve enrojecimiento de sus mejillas. Emana bondad, la pobre está apenada de verdad por el choque accidental.

—Permítame invitarle a otro café, ¡a eso no se negará! Es lo menos que puedo hacer para compensarla, le he diezmado el desayuno…

Protesto un poco, pero ella ya se está sentando en la mesa que tenía en mi punto de mira con una sonrisa amistosa. No me da tiempo ni oportunidad para negarme. Automáticamente, pide que nos vuelvan a servir lo que llevábamos.

—Soy Iris, por cierto.

—Sasha —respondo, todavía incómoda con la idea de aceptar su invitación.

Antes de darme cuenta, estamos hablando como si nos conociéramos desde hacía años. Me explica que se jubiló hace poco, que organiza el evento benéfico estrella de la Navidad y que eso en la actualidad absorbe todo su tiempo, energías y atención. Reconozco en Iris a una de esas personas atentas y comprensivas. Tiene una forma de hablar pausada que incita a la confesión de traumas y problemas. Podría contarle muchas cosas, aunque no lo hago, porque es como si cada una de las pocas palabras que pronuncio tuviera importancia para ella.

—Es increíble lo que haces —comento, impresionada.

—Gracias, pero no es tan altruista como parece. Me gusta sentir que estoy devolviendo algo al mundo. Todos necesitamos un propósito, ¿no crees? Yo también me equivoqué mucho buscando el mío. Tomé decisiones de las que todavía no sé si sentirme orgullosa o culpable.

Asiento, aunque su afirmación remueve e incómoda mi interior. Mi objetivo en la vida es una incógnita desde hace tiempo.

En cierto modo, la admiro.

—¿Y tú? ¿En qué trabajas? —pregunta con curiosidad, bebiendo un sorbo de su café.

—Nada tan noble como lo tuyo. Digamos que estoy tomándome un tiempo para pensar.

—A veces, eso es exactamente lo que necesitamos y lo que tenemos que hacer. A esta vieja dama también le ha pasado. No siempre fui tan buena en dar algo al mundo. Ojalá hubiera aprendido antes que a veces quedarte también es una forma de hacer daño.

La conversación continúa, ligera y agradable, como si fuéramos dos desconocidas compartiendo un momento de pausa en nuestras vidas. Antes de despedirse, Iris saca una tarjeta de su bolso y me la entrega.

—Por si alguna vez necesitas algo. O si te interesa echar una mano en el evento. O para disfrutar de otro cappuccino en compañía, y esta vez no voy a tirártelo encima.

La tomo y le prometo que lo pensaré. Observo la tarjeta entre mis dedos. Iris posee algo especial que me invita a confiar, sin esfuerzo. Me pregunto cómo seré cuando tenga su edad. Me sorprendo pensando que me encantaría emanar su energía.

—No siempre fui así —añade, con una media sonrisa que no alcanza a borrar la sombra de sus ojos—. Supongo que todos arrastramos alguna decisión de la que aún no sabemos si sentirnos orgullosos o arrepentidos.

No le doy demasiada importancia; lo interpreto como una de esas frases que la gente mayor suelta de vez en cuando, con aire de enseñanza. Ella se coloca la bufanda con calma y se despide, dejándome con la curiosa impresión de que había mucho más escondido detrás de esas palabras.



FAMILIA

Cecilia me mira de una manera que conozco bien, una mezcla de paciencia y desafío. Muy similar a las muchas que me dedico en mi infancia cuando hacía alguna trastada.

—Eleanor viene esta tarde. Tiene algo para ti.

—No sé qué podría querer darme —respondo, mirando mi taza de café como si tuviera todas las respuestas.

—Quizá una oportunidad —dice Cecilia con suavidad antes de salir de la cocina.

La palabra flota en el aire mucho después de que se vaya. Una oportunidad. ¿Es eso lo que quiero? ¿Lo que merezco? Intento concentrarme en el libro que he estado leyendo, pero las palabras se mezclan y pierden sentido.

Eleanor llega puntual, como siempre. Entra con pasos rápidos, pero no viene sola. Lleva un bebé en brazos, un pequeño bulto envuelto en un abrigo acolchado de color rosa, con gorro y bufanda que lo hacen parecer una bolita. Detrás de ella pasa también un hombre alto y de aspecto amable, aunque se queda al margen, casi en la puerta, como si supiera que este no es su momento.

—Sasha Elizabeth Brown —pronuncia Eleanor, no sé si con alivio o nervios.

—¿Hola?

Mi voz suena más seca de lo que pretendía. Nadie me había llamado así en muchos años.

No sé dónde mirar. La última vez que vi a Eleanor, sus ojos estaban llenos de lágrimas y de reproches que no necesitaba

pronunciar en voz alta. Y ahora está aquí, en el salón de Cecilia, con un niño en brazos.

—¿No quieres conocer a tu sobrina? —pregunta, dando un paso adelante y sosteniéndolo hacia mí.

Mi corazón da un vuelco. Apenas proceso lo que esa palabra significa, mi sorpresa es mayúscula. Antes de que pueda pensar en una excusa, ya está en mis brazos.

—Se llama Aura Armstrong-Brown. Tiene nueve meses —dice Eleanor, observándome con una mezcla de esperanza y cautela.

Aura me mira con ojos enormes y curiosos. Sus mejillas sonrosadas y su boquita diminuta me arrancan una sonrisa que no esperaba.

—Es preciosa —murmuro, casi sin darme cuenta.

Pasamos al salón y Eleanor se sienta frente a mí, dejando su bolso en el suelo. También está nerviosa, aunque intenta ocultarlo.

—Quería que la conocieras. Y presentarte a James.

Levanto la vista hacia ella, confundida. El hombre se acerca a nosotras y me saluda con la mano.

—¿James?

—Mi esposo —aclara, mirando a la puerta, donde él sigue esperando—. Hace tres años me convertí en Eleanor Armstrong.

La sorpresa es casi abrumadora. No solo me he perdido el nacimiento de Aura, también el comienzo de esta nueva etapa en la vida de Eleanor.

—Pienso que ha llegado el momento de que vuelvas a la familia. Mamá querría que estuviéramos juntas, no aprobaría esto y lo sabes.

—Me pides que perdone lo imperdonable.

—Entiendo tu postura, créeme. Te comprendo, de verdad. Solo pienso que la ira no te va a llevar a buen puerto. Mira a mi hija. No quiero que Aura crezca sin conocer a su tía Sasha. Me gustaría que fueras una persona importante en su vida. Igual que lo es Cecilia en la nuestra.

Sus palabras me golpean con fuerza, pero no puedo enfadarme con ella. Tiene razón. Mamá querría que fuéramos una familia, incluso si eso significa enfrentar todos los fantasmas que he estado evitando.

Observo con detenimiento a Aura, que me mira con la misma curiosidad que siento hacia ella. Hace palmas con sus manitas y me sonríe, y esa sonrisa inocente se lleva por delante mis miedos.

—Está bien —digo finalmente, con la voz más suave de lo que esperaba—. Quiero conocer a tu familia.

La sonrisa de Eleanor es como un rayo de sol que se cuela entre las nubes.

—James, esta es mi hermana, Sasha.

Él extiende una mano hacia mí, pero estoy demasiado ocupada con Aura, que ahora está fascinada con mi melena.

—Es un placer conocerte, Sasha. Eleanor siempre me ha hablado mucho de ti.

No sé qué decir. El silencio parece estirarse entre nosotros hasta que Eleanor lo rompe, sentándose de nuevo junto a mí.

—¿Sabes? Cuando mamá nos hablaba del futuro, siempre decía que seríamos las mejores tías del mundo. Pensaba que estaríamos juntas en esto.

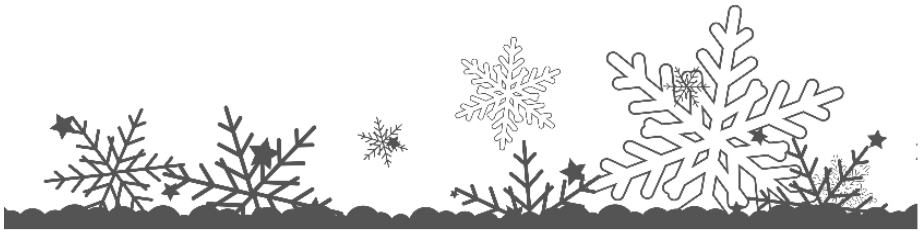
Sus palabras me atrapan. Aura, que ahora intenta alcanzar mis pendientes, me devuelve a la realidad.

—Tal vez todavía podamos serlo —digo, sin mirarla a los ojos, pero sabiendo que he dicho algo que significa más de lo que parece —. Bueno, al menos, yo.

Eleanor sonríe de nuevo. Cecilia aparece en la puerta con una bandeja de té, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para intervenir. La conversación cambia a temas más ligeros, y por un rato, el salón se llena de alegría.

No sé cuánto tiempo pasará hasta que las cosas vuelvan a ser normales entre Eleanor y yo, pero por primera vez en años, siento que es posible. Aura me mira una vez más, con esa expresión serena

que solo tienen los bebés. Me embelesa. Recuerdo que Owen pretendía tener familia pronto, y de repente no me parece tan aterrador.



SIN MANUAL DE INSTRUCCIONES

No entiendo en qué momento Eleanor pensó que era buena idea dejarme sola con su hija. A mí, que soy incapaz de mantener con vida ni a una planta de interior. Ahora tengo en brazos a una bebé de nueve meses que me observa con esos ojos inmensos, como si supiera que estoy a punto de cometer un error irreversible.

—Bueno, Aura —murmuro, ajustándole la manta del carrito—, parece que hoy dependes de mí. Mala suerte, ¿eh?

Salimos a la calle. El aire frío me golpea en la cara y siento que, si sobrevivimos a esto, mereceré una medalla. El pueblo está vestido de Navidad: luces titilantes, escaparates decorados, un olor dulzón que se mezcla con el del pan recién hecho. Aura parece encantada, estira los bracitos cada vez que ve una guirnalda brillante, balbucea sonidos que yo interpreto como órdenes en un idioma secreto.

Decido caminar sin rumbo. Tal vez un paseo logre cansarla y todo sea más fácil. Pero al pasar frente a la pastelería, Aura fija la vista en el escaparate y emite un grito de emoción. Sus manitas se agitan señalando una bandeja de dulces cubiertos de glaseado rojo brillante.

—¿Eso? ¿Quieres eso? —pregunto, como si fuera a responderme con palabras claras.

Ella ríe, convencida.

Me paralizo. ¿Puede un bebé de nueve meses comer semejante bomba de azúcar? Ni idea. Si se lo doy y le sienta mal,

Eleanor me acusará de intento de homicidio. Si no se lo doy, la rabieta puede ser épica. Elijo lo que parece la opción responsable.

—No, cariño, eso no es para ti.

El resultado es inmediato: el rostro de Aura se contrae y suelta un llanto desgarrador. En segundos, pasa del capricho a la tragedia griega. Primero arroja al suelo el peluche que llevaba abrazado. Luego un zapato. Finalmente, el chupete.

—¡Oh, por favor! —me agacho a recogerlo todo, mientras la gente nos observa con una mezcla de ternura y juicio silencioso. Siento sus miradas atravesándome.

Aura sigue llorando, roja como un semáforo, y yo me pregunto si es socialmente aceptable tumbarme en el suelo junto a ella y patalear también.

—Vamos, pequeña, no me hagas esto —susurro desesperada.

Busco una solución improvisada. Saco el peluche y se lo pongo en la cabeza, como si fuera un sombrero ridículo. Ella parpadea, sorprendida. Aprovecho el segundo de silencio y empiezo a tararear una canción que mamá solía cantarnos de niñas. La melodía me sale entrecortada, torpe, pero Aura deja de llorar y me mira con curiosidad.

—¿Ves? No era tan grave —le digo, aunque sigo temblando por dentro.

Poco a poco, el sollozo se convierte en un hipo aislado, y luego en una risa suave que me desarma por completo. Sus manitas se aferran a mi dedo con fuerza, como si acabara de ganarme su confianza. El calor de ese contacto me recorre hasta el pecho. Es un instante mínimo, pero siento que algo dentro de mí se derrite.

Nos dirigimos hacia la plaza, donde había quedado de encontrarme con James. Cuando llego, él ya está allí, esperándonos, con las manos en los bolsillos del abrigo y esa sonrisa tranquila que parece no inmutarse ante nada.

—Veo que habéis sobrevivido —dice en tono jocoso, mientras toma a Aura en brazos. La niña se ilumina al verlo y yo siento una punzada extraña, mezcla de alivio y envidia.

—Por poco —respondo, resoplando—. Tu hija es un torbellino. Ha estado a punto de derrotarme.

James suelta una carcajada breve, sincera.

—Créeme, nos pasa a todos. Nadie tiene un manual perfecto para esto.

Nos quedamos unos segundos en silencio, observando cómo Aura se acomoda en sus brazos, tranquila como si nada hubiera pasado.

—Lo curioso —añade James, mirándome con serenidad— es que no hace falta hacerlo todo bien para que te quieran. Con los bebés pasa, y con los adultos tampoco es tan distinto. El ser humano no viene con manual de instrucciones.

No sé qué responder. Solo asiento, sintiendo que esas palabras se me quedan grabadas. Quizás tenía razón. Tal vez el amor no exige perfección, sino simplemente estar allí, incluso en medio del desastre.

PARTE 2: ECOS DEL PASADO



RUMBO NORTE

La luz de la pantalla del móvil iluminó su rostro, cansado y demacrado, en la penumbra del apartamento. Era su padre. Owen dejó escapar un suspiro que sabía cargado de reproche antes incluso de deslizar el dedo para aceptar la llamada. No estaba de humor para más sermones.

—Owen, hijo —la voz de su padre, inusualmente suave, le tomó por sorpresa—. He estado pensando en ti.

—Estoy bien, papá —mintió, por pura inercia. Su mirada vagó por el desorden que lo rodeaba: la nota de Sasha, ahora un fetiche arrugado y manchado, y los restos de comida que no había tenido ánimos de tirar.

—Tu voz suena fatal, no me vengas con que estás bien —la voz de su padre se quebró—. No puedes pasarte la Navidad solo ahí, dándole vueltas a lo mismo, envenenándote. Mira, lo que te dije sobre aquel acto benéfico, ¿recuerdas?

Owen apretó los párpados. «Por favor, no. Ahora no».

—¿Otra vez con lo mismo?

—Me harías un favor enorme. Cuentan conmigo todos los años desde que murió tu madre, ya lo sabes. Con la espalda así, el viaje me va a sentar fatal. —Hizo una pausa, calculada—. Y a ti te sacaría de la ciudad. Un poco de aire fresco, otro ambiente. Te sentará bien alejarte.

—Papá, no estoy de humor para fiestas benéficas, sabes que nunca me ha interesado toda esa parafernalia —replicó. La protesta

sonó débil, incluso en sus propios oídos.

—No es por la fiesta, Owen. Es por ti. —La insistencia de su padre tenía un tono nuevo, una urgencia que traspasaba la línea telefónica—. Es un propósito. Solo son un par de días. Cumples en mi nombre, descansas en ese hostal tranquilo, y después, si quieres, te vuelves y retomas lo que tengas que retomar con la cabeza más fría. Con más fuerza.

Las palabras «retomas lo que tengas que retomar» flotaron en el aire cargado del apartamento. Retomar la búsqueda. Las llamadas inútiles. El vacío. La sensación de nadar contra una corriente que le robaba toda la energía.

El silencio se alargó. Owen miró la nota.

—Vale —cedió, y la palabra le supo a rendición y también a un extraño alivio—. Vale, iré.

«Tiene razón», se repitió, convenciéndose. «¿De qué sirve quedarme aquí solo compadeciéndome? No va a volver tan pronto, si es que lo hace. Haré esto, me despejo, y después de Navidad, lo retomo todo. Llamaré otra vez a Marta, al trabajo... algo se sabrá para entonces. Sasha no puede cortar con su vida así».

La mañana de la partida amaneció gris y fría, lo habitual en pleno diciembre. Metió, sin entusiasmo, un par de mudas de ropa en la mochila y el traje para el evento. Al poner el motor del coche en marcha, la radio escupió una canción navideña ridículamente alegre. La apagó de un manotazo.

Condujo en modo piloto automático, físico y mental. La autopista se transformó en carretera, el paisaje urbano en campos nevados y cielos plomizos. El paisaje era un borrón. No lo disfrutaba; era solo un trayecto que cumplir, kilómetros que poner entre él y el escenario de su fracaso.

En un momento de la monotonía, un pensamiento lo atravesó como un relámpago: «Voy a un pueblo del norte. Sasha es del norte, de una aldea pequeña. ¿Cuántos pueblecitos así habrá?». ¿Podía quizás pensarlo? «Muchos».

Se tensó. «¿Y si…? No. No. Para. No empieces». Era absurdo, repitió varias veces su mente racional.

Se obligó a sacudir la cabeza, como si pudiera desalojar la idea de un golpe. «No. No es ese. No seas idiota». Era justo el tipo de idea desesperada que necesitaba evitar. Alimentar falsas esperanzas no tenía ningún sentido.

Para distraerse, encendió la radio de nuevo, sintonizó una emisora de noticias en la que hablaban de tráfico, de política. Nada que le recordara a ella. Su mente, traicionera, jugaba con su corazón. Un cartel indicador, el nombre de otro estado y, de repente, la evocación fue física, casi un dolor. Sasha, en el sofá, con las piernas cruzadas a lo indio, diciendo con una sonrisa triste «donde yo nací, en invierno se hiela hasta el alma. Por eso me fui».

Y no había preguntado más. Con ella, siempre era así. Un dato suelto, una puerta entreabierta que él, por comodidad o por respeto mal entendido, nunca se atrevía a cruzar. Y si lo hacía, no servía de nada.

Ahora, cada uno de esos recuerdos tenían sabor a culpa. Fantaseó, en un arranque de debilidad, con que el teléfono vibrara en el salpicadero. Que fuera ella, arrepentida, explicándole que había sido un error, un momento de pánico. Que lo echaba de menos y que volvía a casa.

La fantasía fue tan vívida que casi sintió el alivio inundarlo y le faltó poco para dar la vuelta en una rotonda.

Consultó el teléfono móvil, solo un instante, a pesar de la imprudencia al volante, para comprobar que no había nada y volver a la realidad. «Esto es lo que tienes que hacer. Hacer acto de presencia, entregar el cheque de papá, ser amable y largarte. No es difícil. No te cuesta nada».

La carretera había pasado a serpentear entre colinas. Empezó a ver pinos nevados, alguna que otra casa de piedra con el tejado cubierto de una escarcha blanquecina. El GPS indicaba que faltaba menos de una hora. La ansiedad, que había conseguido adormecer

durante la última parte del viaje, comenzó a despertar, mezclada con una profunda melancolía.

Tenían planes. Iban a pasar su primera Navidad como prometidos. Cenarían con su padre, brindarían por el futuro, quizás incluso empezarían a mirar restaurantes, webs de bodas, detalles para los invitados, todo entre risas y felicidad compartida. Ahora, todo eso era escombros, caos. Iba directo hacia una Navidad triste y solo, en un hostal de un pueblucho que no conocía de nada. La organizadora era familia lejana de su padre, apenas la conocía. Su relación con esa persona se limitaba a alguna visita esporádica cuando era un chaval. De no ser por las fotos que le había enseñado su padre, no sería capaz de evocar su rostro.

Finalmente, el pueblo apareció al acabar un largo tramo de carretera, encajado en un valle. No era más que un puñado de casas alrededor de una iglesia de piedra, iluminado por las lucecitas de colores de la Navidad, y una parte mas moderna atravesando el río helado. Un escenario perfecto, pintoresco, que a él se le antojó hostil. Siguiendo las instrucciones del GPS, aparcó frente a una casa de dos plantas con un letrero pasado de moda en neón, «Hostal La Casona». Allí apagó el motor.

El silencio repentino fue absoluto, roto solo por el leve crepitar de la radio del coche al enfriarse. Se quedó sentado, las manos aún aferradas al volante, mirando sin ver a través del parabrisas. En la plaza, unas figuras metálicas representando a los Reyes Magos brillaban bajo la tenue luz de una farola.

No sentía curiosidad, ni esperanza. Solo un vacío inmenso, más grande incluso que el que sentía en el apartamento de la ciudad. Aquí, la soledad tenía un sabor diferente, más definitivo.

Suspiró, empañando el cristal. En algún lugar de ese país de nadie, en medio de una felicidad navideña que le era ajena, pasaría una Navidad vacía. Solo esperaba que el tiempo pasara rápido, que las horas se consumieran sin dolor, y que, quizás después,

encontrara las fuerzas para volver a empezar una búsqueda que en ese frío crepuscular le parecía imposible.

El aire gélido del norte le golpeó el rostro en cuanto abrió la puerta del coche, y limpió por un segundo la niebla de sus pensamientos.



HUELLAS

El hostal La Casona olía a leña quemada y cerrado. La dueña, una mujer de rostro surcado por una sonrisa amable pero cansada, lo guió hasta una habitación en la primera planta, con una ventana que daba a la plaza principal. Era pequeña, impersonal, pero limpia. El lugar perfecto para no sentirse en ningún sitio.

—La cena es hasta las nueve, si le apetece algo caliente —dijo la mujer, dejando la llave sobre la cómoda—. El desayuno también está incluido en la estancia, joven Sr. Falls. Qué pena no ver a su padre este año por aquí.

—Gracias. Le transmitiré sus saludos —murmuró Owen, casi sin voz.

Cuando la puerta se cerró, la soledad se hizo tangible. Dejó caer la mochila al suelo y se acercó a la ventana. Abajo, en la plaza, las figuras de los Reyes Magos parecían burlarse de él con sus ofrendas imaginarias. El frío del cristal se le clavó en la frente. Encendió el móvil. Nada. Ni un mensaje. Solo la fecha implacable en la pantalla: cada segundo lo acercaba a una Navidad vacía.

Para no rendirse a la melancolía, decidió hacer lo que había venido a hacer. Abrió la mochila y sacó la carpeta con los papeles de la rifa que su padre le había entregado. Cheques, listas de donantes, planos del centro comunitario. Un mundo de obligaciones que le parecía ajeno y absurdo. De entre los papeles, resbaló una pequeña fotografía que guardaba como marcador.

La cogió con dedos temblorosos. Era de Sasha. La había hecho él mismo en el mercado de flores, un domingo soleado de principios de otoño. Ella sostenía un ramo de margaritas, las únicas flores que le gustaban, y reía con la cabeza ladeada, con una

libertad que ahora le parecía un espejismo. ¿Dónde estaba esa mujer? ¿Qué había apagado esa luz?

«Donde yo nací, en invierno se hiela hasta el alma. Por eso me fui».

La conocida frase le resonó dentro con una claridad aterradora. Dejó la foto sobre la cómoda, como si le quemara. No podía permitirse esto. Había venido a cumplir un encargo, a pasar página, no a remover un dolor que no llevaba a ninguna parte.

Al día siguiente, la luz cruda de la mañana invernal le encontró ya vestido y con un café solo en la mano del pequeño comedor del hostal. Siguió las indicaciones de la dueña y se dirigió al centro comunitario, una antigua escuela reconvertida a las afueras del pueblo.

El contraste no pudo ser mayor. Del silencio gélido de las calles pasó al bullicio cálido y caótico de docenas de voluntarios moviendo cajas, decorando árboles de Navidad y organizando mesas con juguetes. Se sintió como un astronauta en un planeta extraño, observando rituales que no comprendía.

—¿Owen? ¡Apenas te reconozco!

Una voz femenina, cálida y segura, lo sacó de su ensimismamiento. Se giró y se encontró con una mujer elegantemente vestida con un jersey de lana gris y unos vaqueros, con unas gafas de lectura colgando de un cordel sobre el pecho. Llevaba una tablet en una mano y un walkie-talkie en la otra. Iris.

—Soy yo, no puedo creer que me hayas reconocido. Mi padre me envió —dijo, sintiendo la torpeza de su presentación.

—¡Claro que sí! ¡Henry me dijo que te mandaba en su puesto! —exclamó ella, con una amplia sonrisa. Le tendió la mano libre para un apretón firme—. Menudo gusto, Owen. La última vez que te vi no superadas el metro y medio. Seguro que no me recuerdas, no pasa nada, lo entiendo, fue antes del divorcio de tus padres. Mucho tiempo. Tu padre no para de hablar de ti. El viaje, ¿bien?

—Sí, sin problemas.

—Me alegra. Bueno, ¡bienvenido al caos! —dijo, haciendo un gesto amplio con los brazos—. Aquí es un poco locura hasta que pasan estas fechas y todo sale bien. ¿Te apetece echar una mano?

—Claro. ¿Por qué no? —respondió, quizás una tarea física le impediría pensar.

—¡Ceci! ¡Un momento, Ceci! —gritó Iris de pronto, alzando la voz por encima del murmullo.

Una mujer mayor, con el pelo recogido en un moño práctico y un delantal sobre su ropa, se volvió. Tenía una caja de cartón en las manos y una expresión de cansancio bondadoso.

—Iris, cariño, si me paro ahora no vuelvo a arrancar —dijo con una sonrisa.

—Solo era para presentarte a Owen. Es el hijo de Henry Falls. Owen, esta es Ceci, mi mano derecha y el alma de este lugar. Sin ella, esto se hunde en cinco minutos.

—Mucho gusto —murmuró Owen, con una leve inclinación de cabeza.

—El gusto es mío, joven. Cualquier ayuda es poca —respondió la mujer llamada Ceci con una voz que sonaba a hogar y a galletas recién hechas—. Bueno, me voy, que las galletas de jengibre no se van a glasear solas. —Y se dio la vuelta, desapareciendo entre las mesas con la agilidad de quien conoce cada centímetro del terreno.

Owen la siguió con la mirada un instante. Ceci. Un nombre común. Agradable. Nada más.

—Es increíble —comentó Owen, más por decir algo que por otra cosa—. Tanta gente voluntaria.

—Oh, ya sabes cómo son los pueblos —respondió Iris, guiándolo hacia el almacén—. Al final todos nos conocemos y nos ayudamos. Ceci, por ejemplo, es de la que no dice que no a nada. Lleva toda la vida aquí, una de sus sobrinas, la que vive en el pueblo, le ha hecho abuela. La pequeña es preciosa, se llama Aura. La otra se marchó hace años y ahora, por lo visto, ha vuelto.

Iris siguió hablando, desgranando anécdotas del pueblo y de la organización, pero Owen ya solo escuchaba a medias. Una punzada vaga de intuición trató de abrirse paso, pero la ahogó de inmediato. Era absurdo. Todos los pueblos tenían una historia similar. Ceci era solo una mujer amable en un pueblo frío. Nada más.

—¿Todo bien? —preguntó Iris, al notar su silencio.

—Sí, sí —se apresuró a responder, tomando la primera caja que vio—. Solo pensaba en por dónde empezar.

Iris le sonrió, una sonrisa que parecía entender más de lo que decía.

—¿Qué te parece cargar cajas?

De buena se había librado su padre, de hacer de mozo de almacén no le había comentado nada. Owen asintió y se concentró en el peso de la caja entre sus brazos. Era sólido, real, tangible. Algo a lo que agarrarse para no caer en la espiral de suposiciones que su mente, traicionera, empezaba a tejer alrededor de un nombre común, Ceci, y de una sobrina que acababa de volver de la ciudad.



ECOS

DEL NORTE

Las mañanas de Owen en el hostal se estiraban como un hilo flojo. Esa en concreto, la segunda, había bajado tarde a desayunar, empujado más por el aroma insistente del café que por verdadero apetito. Tomó pan tostado con mermelada casera y un vaso de zumo que no supo si era de naranja o mandarina; nada consiguió vencer la sensación de vacío que lo acompañaba como una segunda piel.

Después de terminar a medias, decidió salir a caminar. La dueña del hostal le señaló con amabilidad algunos lugares bonitos que visitar. «Es un sitio pequeño y frio en estas fechas, pero tenemos cosas que vale la pena ver», le dijo, «su padre las frecuentaba cuando venía por aquí». Owen agradeció con un gesto y se abrigó hasta las orejas.

El aire del norte tenía una cualidad distinta. Más denso, más frío, como si se colara bajo la piel para quedarse allí. No era el invierno de la ciudad, con sus prisas y su ruido amortiguando la intemperie. Aquí, en las calles de piedra y adoquines cubiertos de escarcha, el silencio era tan absoluto que cada pisada crujía como un recordatorio de su presencia extraña.

A medida que avanzaba, las casas aparecían encajadas unas con otras, fachadas encaladas, balcones adornados con guirnaldas de luces que parecían demasiado brillantes contra el cielo plomizo. Algunos niños corrían por la plaza principal con bufandas casi más grandes que ellos, lanzándose bolas de nieve que se deshacían al chocar contra el suelo helado. La risa infantil era un contraste

doloroso con el silencio que lo aguardaba cada vez que volvía al apartamento vacío de la ciudad.

En la esquina de la plaza, un mercado improvisado ofrecía productos locales. Quesos envueltos en papel encerado, panes artesanos, botellas de licor de hierbas. Owen se detuvo frente a un puesto donde una anciana vendía ramos de flores secas y adornos navideños hechos de forma artesanal. Margaritas. El corazón le dio un vuelco.

Recordó con brutal nitidez a Sasha en el mercado dominical, en aquella ocasión en que él la fotografió casi a traición. Su sonrisa ladeada, un ramo similar, pero de flores frescas, en las manos, con la luz de las mañanas de otoño iluminando su cabello. Las margaritas eran sus flores favoritas; eso lo sabía. Eso, al menos.

—¿Le apetece un ramo, joven? —la voz de la anciana lo sacó de golpe de sus pensamientos.

Negó con torpeza, consciente de que la mujer lo miraba con la atención de quien reconoce un gesto contenido. Se alejó antes de que las palabras se convirtieran en preguntas.

Siguió caminando hasta un callejón estrecho que desembocaba en otra pequeña plaza. Allí, bajo el techo de una marquesina, varios hombres mayores charlaban animadamente. El humo de sus cigarros se mezclaba con el vapor de sus alientos.

—…la Ceci siempre al pie del cañón —decía uno, con las manos dentro de los bolsillos—. No sé qué haríamos sin ella.

Owen se detuvo sin querer. "Ceci". El nombre lo golpeó con la familiaridad de una campana lejana. La mujer que ayudaba a Iris.

—Y la sobrina, ¿qué? —preguntó otro—. Siete años fuera, y ahora vuelve justo en Navidad. Ya me dirás.

—Bah, cosas de familia. Cada cual carga sus dolores como puede.

El grupo continuó con sus cotilleos, apenas en un murmullo bajo, como si compartieran un secreto que todos conocían. Owen retrocedió un paso, con el corazón acelerado. Podría ser casualidad. Podría ser otra familia, otro drama cualquiera en un pueblo pequeño

donde todos saben de todos. Pero el eco de las palabras se le clavó en el pecho.

«Una sobrina que regresa en Navidad».

El aire frío no fue suficiente para calmarle el ardor que le subía por la garganta. Se obligó a seguir andando, con la sensación de que alguien acababa de empujar una puerta que él había cerrado a la fuerza.

En la siguiente esquina encontró una iglesia de piedra, severa, con un campanario que se alzaba contra el cielo gris. En la entrada, una placa de bronce recordaba a los caídos de varias guerras. Entre los nombres, uno le llamó la atención. No era un apellido común. Tampoco era exactamente el de Sasha, pero la similitud lo desestabilizó. Una sola letra los diferenciaba.

Se apoyó en el muro, tratando de ordenar pensamientos. La misma idea, una y otra vez. Dos años de convivencia y apenas había nada de su origen. Siempre aceptando sus evasivas. La frase escuchada mil veces, «un pueblo pequeño, en el norte, nada que merezca la pena recordar». Y él lo había aceptado. Había querido creer que el pasado era un tema cerrado.

Ahora, cada piedra, cada voz, parecía gritar lo contrario.

Al doblar otra esquina, encontró de nuevo el centro comunitario. Había llegado por otro camino al mismo lugar. Un grupo de jóvenes cargaba cajas decoradas hacia el edificio. Owen reconoció de inmediato a Iris, a pocos metros de los chicos. Se movía con energía, dando indicaciones, riendo con uno, animando a otro.

—¡Cuidado con esas bolas de Navidad, que son más viejas que yo! —reía, al tiempo que corregía a un voluntario torpe.

Owen se quedó observándola desde la acera. No quería acercarse otra vez.

Se giró y caminó hacia un bar pequeño. El interior estaba casi vacío, salvo por dos hombres que jugaban a las cartas en silencio. Pidió un café solo y se sentó junto a la ventana. El vapor le empañó las gafas mientras sacaba el móvil. Nada, como siempre en esos

últimos días. Ni un mensaje, ni una llamada. Solo la fecha implacable y la batería a medio gastar.

Apoyó la frente contra el cristal frío. En la plaza, la anciana de antes recogía su puesto, envolviendo en papel marrón sus artesanías como si guardara la navidad para tiempos mejores.

«¿Y si ella está aquí?»

La pregunta se deslizó en su mente como una aguja. Trató de apartarla, de refugiarse en el amargo del café, pero el eco de las conversaciones, el nombre de Ceci, las margaritas, todo parecía apuntar a un mismo lugar. Owen cerró los ojos y apretó los puños. No quería falsas esperanzas. Eran más crueles que el vacío.

Cuando pagó y salió de nuevo al aire gélido, el pueblo lo envolvió con su calma implacable. El murmullo de las campanas marcaba la hora, los niños volvían a correr por la nieve. Y, en el fondo de su pecho, un pensamiento insistente lo acompañaba como un latido sordo.

«No puedes esconderte de alguien para siempre, Sasha. Tarde o temprano, los ecos te encuentran. Cuando vuelva a casa, pienso seguir buscándote y no me daré por vencido hasta que me cuentes por qué te has alejado de mí. Necesito saber tus motivos, y poder hacer algo al respecto».



DESGARRO

Me ajusto la bufanda y meto las manos en los bolsillos del abrigo mientras avanzo entre las lápidas. Anoche cayó una buena tormenta. El viento sopla con fuerza y trae consigo el olor a tierra húmeda. En el horizonte, el cielo aún está cubierto de nubes grises, pero ya no amenaza lluvia, al menos, no por ahora.

—Hola, mamá.

Mi voz suena débil incluso para mí misma, apenas un susurro que el viento arrastra consigo.

Me detengo frente a la lápida, con su inscripción. Sencilla y elegante, justo como ella hubiera querido. «Siempre en nuestros corazones», grabado con letras cursivas. Esa frase no alcanza a describir el vacío que me dejó. Me quedo allí de pie, sintiéndome torpe y descolocada, como una niña que no sabe qué decir. Al final, caigo sobre mis rodillas, sin importarme el frío de la piedra o la humedad de la tierra.

—Han pasado tantas cosas, mamá… —mi voz se quiebra, pero no me detengo—. He sido tan cobarde… y tan injusta con todos.

Nadie me responde, es obvio. No obstante, de algún modo siento que ella me está escuchando. Es algo que no puedo explicar y necesito creer.

—Conocí al bebé de Eleanor. Es preciosa. Su sonrisa lo ilumina todo a su alrededor, es tenerla en brazos y, automáticamente, adorarla. Estarías muy orgullosa de ella. Yo lo estoy, aunque no se lo he dicho.

Me detengo y recupero el aliento, limpiándome las lágrimas que empiezan a rodar por mis mejillas. La congoja me dificulta incluso respirar.

El viento sacude las ramas de los árboles cercanos, y cierro los ojos por un momento, dejando que las lágrimas caigan libres.

—Ella tiene una familia. Avanza. Yo, en cambio, no sé seguir adelante, mamá. Estoy tan rota…

—No estás tan rota como crees.

La voz de Eleanor me hace dar un respingo. Me giro y la veo de pie a unos metros de distancia, con su bebé en brazos. Su rostro está enmarcado por el abrigo que lleva bien ajustado, pero no hay forma de ocultar la mezcla de emociones en su expresión.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, tratando de sonar firme, pero mi voz tiembla.

—Lo mismo que tú, supongo. Hablar con mamá. Aunque no esperaba encontrarte aquí. —Su tono no es acusador, solo sorprendido. Se acerca despacio, y cuando está lo suficientemente cerca, me ofrece una sonrisa suave—. ¿Te importa si nos quedamos un rato contigo?

Niego con la cabeza. Ella se arrodilla a mi lado, acomodando a la bebé con cuidado sobre una manta gruesa que extiende en el suelo. Aura se queda sentada y agita emocionada un muñeco de madera, un perrito. Lo sujeta entre sus torpes manos, lo lleva hasta su boca y mordisquea las orejas del animalito de juguete.

—Es su primera vez aquí —dice Eleanor, mirando la lápida—. Quería que conociera a su abuela, aunque sea de esta manera.

No respondo de inmediato, pero el peso de sus palabras cala en mí. Miro a la niña, que parece tan tranquila, tan ajena al mundo complicado de los adultos.

—¿Cómo haces para estar tan en paz con todo esto?

—No fue fácil, ni cosa de un día para otro. Mamá siempre nos dijo que aferrarse al resentimiento solo hacía daño a una misma. No olvidé lo que pasó, pero sí que he intentado comprender a todas las partes implicadas para dejarlo ir.

—Yo no puedo perdonarlo.

—Nadie te pide que lo hagas ahora mismo, Sasha. Ni siquiera estoy segura de que debas hacerlo. Tampoco es lo que papá pretende. Lo que sí creo es que mamá querría que intentaras encontrar un poco de paz para ti misma.

Miro la lápida otra vez, las palabras grabadas en piedra, y me siento pequeña, como si mis problemas fueran insignificantes, en comparación.

—Cuando te vi con Peter el otro día, no pude evitar pensar en lo diferentes que somos —admito, con mi voz quebrándose—. Tú lo perdonaste. Y yo soy incapaz y eso me hace estar congelada en un odio extraño que no me permite avanzar.

—No es que sea fácil para mí, Sasha. Pero no quiero que el pasado defina mi presente.

Permanecemos en silencio por un rato, el sonido del viento y los balbuceos de Aura llenan el espacio entre nosotras. Me quedo anclada a la frase que acaba de pronunciar mi hermana. Tiene mucho sentido. Finalmente, Eleanor rompe la quietud.

—Mamá estaría feliz de vernos aquí juntas. —Me mira con una sonrisa triste—. Creo que eso era lo que más deseaba, que nos mantuviéramos unidas.

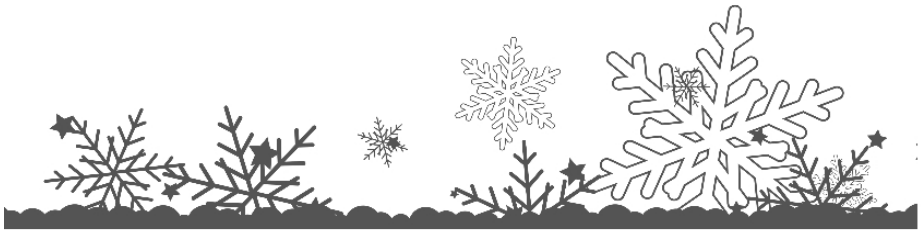
Algo en sus palabras rompe una barrera dentro de mí. Mis lágrimas fluyen de nuevo, pero esta vez no las detengo. Eleanor me envuelve con un brazo y yo apoyo mi cabeza en su hombro.

—Lo siento tanto —susurro, aunque no estoy segura de a quién pido perdón. A mamá, a Eleanor, a mí misma, tal vez a todos nosotros.

—Estamos aquí, Sasha. Eso es lo que importa. No es tarde para rectificar.

Aura se mueve, echa sus brazos hacia adelante, gatea y se mete en el hueco que queda entre las dos dejando escapar un suave gorgoteo. Las dos reímos, es un sonido tan quebrado como sincero. Un momento pequeño a la vez que lleno de significado.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo respirar. No tengo todas las respuestas, ni las espero. Tal vez estoy empezando a encontrar el camino para reconciliarme conmigo misma.



EL ALTILLO Y MIL RECUERDOS

Al día siguiente, el sol asoma entre las nubes cuando Eleanor llega a casa de tía Cecilia con Aura en brazos. El abrigo con el que viene hoy la bebé le queda enorme, con orejitas que sobresalen del gorro de lana, y no puedo evitar sonreír. Ella me mira con sus ojos grandes y me dedica una sonrisa que podría desarmar la resistencia incluso de una piedra.

—¿Lista para enfrentarte al altillo? —pregunta Eleanor, con una mezcla de entusiasmo y resignación.

—No, pero vamos.

Tía Cecilia lleva días insistiendo en que revisemos las cajas viejas antes de que terminen acumulando más polvo. Según ella, entre juguetes, ropa y recuerdos, habrá cosas que Aura podría aprovechar. A mí no me entusiasma la idea de remover el pasado, pero Eleanor parece hasta ilusionada.

El altillo está muy desordenado, polvoriento, lleno de cosas que aquí nadie tuvo corazón para tirar. Ha llegado el momento de cambiar eso. Eleanor se sube a una pequeña escalera y comienza a pasarme cajas. La primera tiene una etiqueta descolorida que apenas se lee.

—Vamos a empezar por esta —dice, abriéndola con cuidado.

Dentro hay ropa de bebé envuelta en papel de seda amarillento. Eleanor saca un pequeño vestido blanco con un lazo y sonríe.

—Este era tuyo.

—No puede ser.

—Mira la etiqueta. —Me lo muestra, señalando mi nombre cosido a mano.

De repente, recuerdo me golpea con una mezcla de calidez y melancolía. Mamá marcaba mi ropa para que no se confundiera en la guardería con la del resto de niños.

—Aura podría usarlo —digo rápidamente, antes de que la emoción me supere.

Eleanor asiente y seguimos explorando. Encontramos un oso de peluche al que le falta un ojo, bloques de madera con los bordes desgastados y, para mi horror, una muñeca a la que le corté el cabello en un ataque de «creatividad».

—¿Cómo es posible que mamá no te regañara por esto? —pregunta Eleanor, sosteniendo la muñeca y riendo a carcajadas.

—Siempre fui su hija favorita.

—No, eras la pequeña. Te consentía mucho más que a mí.

—Tú también lo hacías, era tu juguete.

Eleanor me lanza un cojín viejo que encuentra en otra caja, y terminamos riéndonos como niñas. El momento se corta cuando escuchamos llorar a Aura, que habíamos dejado dormida en la habitación contigua, en el centro de la cama y rodeada de cojines formando un muro a su alrededor.

—Se acabó la siesta. Aura reclama la merienda. Ahora que soy madre, te juro que no sé cómo mamá pudo criarnos a nosotras. Yo solo tengo una hija y te aseguro me exprime toda la energía. Le haré una papilla de frutas, que le encanta y he visto las que necesito en el frutero de la cocina. Es la misma que te daba a ti cuando eras igual de pequeña, la que mamá me enseñó a prepararte.

—¡La recuerdo!

—¡Eso no es posible! Eras demasiado pequeña para eso, no intentes llevarme al huerto. ¿Crees que puedes acabar sola?

—¡Claro! No te preocupes, atiende a la peque. Yo continúo con esto, ya queda poco.

Sigo revisando y encuentro una pila de cuadernos escolares de mamá. Las notas en los márgenes, los pequeños dibujos que hacía entre las líneas. Todo habla de una persona que tuvo sueños propios antes de dedicarse a nosotras.

Cuando Eleanor regresa, le muestro los cuadernos.

—Deberíamos quedarnos con esto —dice, acariciando la tapa de uno con delicadeza.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos con el resto? Me da pena tirarlo. —Y señalo una pila de juguetes y ropa que ya no tiene uso.

—Podemos donarlo al centro asistencial. Ceci sabrá qué hacer con ello. ¿Lo acercas en un momento? Puedes coger mi coche, es el gris que está aparcado delante de la puerta.

Con el coche cargado, llego al centro asistencial. Me sorprende ver la frenética actividad del lugar. Los voluntarios organizan lotes de ropa y juguetes en grandes mesas.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta una voz femenina acercándose a mí.

Levanto la vista y la reconozco: es Iris, la mujer con la que tropecé en la cafetería hace unos días.

—¡Vaya! Nos conocemos…

—¡Es cierto! ¿Tus pantalones?

—El programa largo de la lavadora de mi tía ha solucionado el problema de la mancha, quedaron como nuevos.

Entre las dos descargamos las cajas y le enseñó algunas de las cosas que he traído, las que me parecen más aprovechables. Iris saca el oso de peluche de un ojo y sonríe.

—Este tiene historia —le adelanto.

—Demasiada —susurra en voz baja, casi imperceptible.

La conversación, aunque banal, no tarda en fluir con naturalidad. Hay algo en ella que me resulta cómodo, como si siempre supiera qué decir para hacerme sentir menos fuera de lugar.

—Aquí toda ayuda es bienvenida. Si te aburres en casa, si quieres dejar atrás la monotonía del día a día, o el estrés del trabajo,

ya sabes —me dice mientras guarda un juguete en una bolsa.

—Solo estaré en la ciudad por un tiempo, de visita. Es Navidad.

—Son fechas para reencontrarse. Si quieres venir a ayudar en alguno de estos días en que no tengas planes con la familia, solo tienes que cruzar esa puerta. Estaremos encantados y agradecidos de contar contigo.

—Pues quizás me pase por aquí, no soy demasiado familiar.

Esa noche, mientras ceno con Cecilia, hablamos de mi visita al centro y le menciono el encuentro.

—Hoy conocí a una voluntaria. Una tal Iris, es agradable

La cuchara de Cecilia se detiene un segundo camino de su boca, como si necesitara procesar lo que acabo de decir antes de tragar su contenido

—¿Iris?

—Sí, dijo que lleva años colaborando. Parece muy comprometida. ¿La conoces? ¡Qué tonta! Claro que sí, si es voluntaria en el centro, como tú.

Por un momento, Cecilia hace el amago de querer decir algo más, pero se limita a asentir.

—Sí, es una buena persona.

Su tono es casual, no obstante, siento algo extraño en su mirada.

—La verdad es que me cayó bien. Envidio su energía, a pesar de la edad. Debe ser algo mayor que tú.

—Sí, me lleva cuatro o cinco años.

No le doy más vueltas, aunque tengo la sensación de que hay algún detalle que se me escapa, que no me lo están contando todo. Sentimiento que se queda conmigo el resto de la noche.



CARTAS

GUARDADAS DEMASIADO TIEMPO

Cecilia subió despacio, cuidando cada peldaño de la escalera para no hacerla crujir más de la cuenta. Arriba, en el altillo de la casa, la claridad que se filtraba por la única ventana inclinada caía sobre cajas abiertas, montones de ropa y papeles desordenados. En medio de todo, su sobrina estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, y con un cuaderno entre las manos.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Cecilia con una sonrisa suave, apoyándose en el marco de la puerta baja.

Sasha levantó la mirada, un poco sorprendida. Tenía polvo en las mejillas y el pelo revuelto. Alzó el cuaderno como si fuera un tesoro recién hallado.

—Mira, son de mamá. Dibujos, frases sueltas, como pensamientos. No sé, me parecen bonitos.

Cecilia caminó despacio hasta ella y se agachó para observar el cuaderno desde más cerca. Pasó la vista por los garabatos de margaritas, frases sin terminar, listas de la compra junto a frases de cariño dirigidas a nadie en particular.

—Bonitos, sí —asintió con ternura, aunque por dentro sintió un nudo en el estómago—. También eran otra cosa.

Sasha la miró, ladeando la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Cecilia se sentó sobre un baúl, a su lado. Pasó un dedo por una de las páginas, reconociendo la caligrafía inclinada de su hermana.

—Tu madre usaba estos cuadernos como salvavidas —explicó en voz baja—. Cuando estaba bien, escribía y dibujaba con ilusión. Recetas, flores, planes para decorar la casa. Cuando no podía con el día, garabateaba para no perderse del todo.

Un recuerdo la asaltó con claridad. Su hermana en la cocina, riendo, escribiendo en un cuaderno mientras las niñas correteaban a su alrededor. El sol de primavera iluminaba las margaritas en un jarrón sobre la mesa. Todo parecía perfecto. Pero junto a esa imagen vino otra, inevitable. La misma mujer, días después, con los ojos llenos de lágrimas. Encerrada en su cuarto, el cuaderno tirado en el suelo, la puerta cerrada con pestillo. Cecilia con las niñas en brazos, inventando juegos para esconder los sollozos a través de la madera, ese ambiente tan desolador como asfixiante. Eleanor, la mayor, lanzaba miradas a la puerta cerrada y le preguntaba. Sasha, casi un bebé, ajena a todo.

Sacudió la cabeza, como espantando un insecto invisible.

—A veces, lo que ves aquí son sus luces —añadió, señalando un dibujo de flores—. Pero también escondían sus sombras.

Sasha cerró el cuaderno de golpe, como si esas palabras lo hubieran contaminado.

—No quiero pensar en eso. Prefiero quedarme con lo bonito.

Cecilia la observó en silencio unos segundos. Reconocía esa resistencia, era la misma que su hermana había mostrado tantas veces, negándose a admitir la oscuridad que la devoraba. Hundiéndose aún más en ella al ignorarla.

Con un suspiro, se inclinó hacia otra caja a medio abrir, una que había evitado mirar durante años. Movió telas y carpetas, hasta dar con un paquete envuelto en papel amarillo, atado con una cinta descolorida. Lo sostuvo con cuidado, como si pudiera deshacerse en sus manos.

—Quizás esto no sea para ahora, pero es para ti.

Sasha frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Cartas de tu madre. No todas son fáciles. Algunas… —Cecilia buscó las palabras— son demasiado sinceras. A Eleanor le sirvieron, en su día.

Sasha extendió la mano con duda. Tocó el paquete, pero no lo abrió. La cinta estaba raída, el papel impregnado de ese olor indefinible que guardan las cosas antiguas: mezcla de tinta y tiempo.

—No quiero leerlas.

—No tienes que hacerlo ahora —dijo Cecilia con suavidad—. Solo guárdalas. Cuando llegue el momento, lo sabrás.

La muchacha asintió, apretando el paquete contra su pecho como si temiera que alguien se lo arrebatara. Luego lo dejó a un lado, lejos de su vista.

Cecilia la contempló en silencio. Vio a la niña que había cuidado mientras su madre dormía encerrada, vio a la joven que había huido del hogar para escapar de un dolor que no podía nombrar, y ahora veía a la mujer que necesitaba reconstruir sus recuerdos para sanar de verdad.

Recordó otra escena, una tarde lluviosa. Su hermana había aparecido en la sala con las niñas. El rostro iluminado, cantando, bailando con ellas sobre la alfombra, como si la tormenta no existiera. «Mira, Ceci, no llueve dentro de esta casa», había dicho entre risas. Esa era la madre que Sasha guardaba en su memoria, la que ella había decidido no soltar.

Cecilia recordaba lo que vino después: días en los que la mujer se encerraba en el dormitorio, incapaz de levantarse, y ella misma se quedaba sola preparando la cena, escuchando el llanto de la pequeña Sasha al otro lado de la puerta. A Peter aporreándola, pidiendo a su esposa que le abriera. Preocupado por lo que pudiera suceder al otro lado. Un miedo que compartían y que al final tuvieron que soportar, a pesar de todos sus esfuerzos.

—Tu madre te quiso mucho, Sasha —murmuró, con un temblor en la voz—. A su manera, claro. Con sus fuerzas y también con sus debilidades. No dejes que lo bueno borre lo real, ni que lo real borre lo bueno.

Sasha la miró, confundida, como si esas palabras fueran demasiado pesadas de comprender. No contestó. Recogió los cuadernos y el paquete de cartas, los metió en una bolsa y los dejó a un lado, respirando hondo.

Cecilia extendió la mano y le acarició el pelo, un gesto antiguo, aprendido de tantos años de cuidar.

—Baja cuando quieras —dijo con una sonrisa tranquila, aunque por dentro sentía la vieja punzada de impotencia—. Yo estaré en la cocina.

La dejó allí, en el altillo, entre cajas y sombras, con el corazón dividido entre recuerdos dulces y verdades todavía ocultas. Al bajar las escaleras, pensó en su hermana. Deseó que Sasha pudiera algún día sostener ambas realidades sin romperse.



Sombras de Eleanor

Cecilia había salido hacía un rato, excusándose con un recado inesperado que sonaba más a excusa que ha compromiso real. Eleanor y Sasha se quedaron solas, la primera de ellas con Aura en brazos. La niña estaba medio dormida, con la boquita entreabierta y la respiración acompasada, aferrada a un mechón de pelo de su madre.

—Necesito hablar de una cosa, Eleanor. Por favor.

—Ya casi cae —asintió, murmurando en voz baja mientras mecía a la niña despacio—. Ayúdame con el carro.

Sasha se acercó y, con un gesto instintivo, bajó el asiento del cochecito hasta dejarlo en posición horizontal. La joven madre depositó a Aura con cuidado, acomodándole la mantita hasta cubrirle los pies. La bebé suspiró, se movió apenas, y después se quedó tranquila.

Las dos hermanas se miraron un segundo, compartiendo un gesto de alivio, como si hubieran completado una misión delicada. Sasha llevaba todavía en la mano el paquete de cartas que Cecilia le había entregado en el altillo. Eleanor lo había reconocido enseguida.

—Ya las tienes —dijo, sin necesidad de preguntar.

Sasha bajó la mirada hacia el envoltorio, como si le pesara.

—Sí. Me las dio la tía… No sé si quiero abrirlas.

Eleanor extendió la mano y tocó el paquete. Sus dedos recorrieron la cinta raída con familiaridad.

—Yo las leí hace años —confesó—. No pude evitarlo.

Sasha alzó la vista, sorprendida.

—¿Y?

No respondió de inmediato. Se levantó, preparó dos vasos de agua, volvió a la mesa y se sentó frente a su hermana. El silencio era espeso, solo roto por la respiración de Aura desde el cochecito.

—Dolieron —dijo por fin—. Pero también me aliviaron.

Sasha frunció el ceño.

—¿Dolieron cómo?

Eleanor se inclinó hacia atrás, como si buscara palabras que llevaban demasiado tiempo encerradas.

—Yo tenía doce años cuando mamá empezó a… desaparecer. No de golpe, sino poco a poco. Días enteros en su cuarto, con la puerta cerrada. A veces decía que le dolía la cabeza, otras ni siquiera hablaba. Y yo me quedaba contigo. Te preparaba la cena, te inventaba juegos para que no notaras el silencio.

La voz se le quebró apenas, pero se recompuso.

—Recuerdo una noche en que papá no estaba y la tía tampoco. Se había hecho tarde y tú tenías hambre. Abrí una lata de tomate y herví un poco de pasta. Te la serví en un cuenco y me senté contigo a comer como si aquello fuera un festín. Tú reías, Sasha. No sabías que yo temblaba de miedo por dentro.

Sasha la escuchaba en silencio, apretando las manos sobre el paquete de cartas.

—No todo era así —se apresuró a añadir Eleanor—. Había días buenos. Días en que mamá salía radiante, se ponía a cantar mientras limpiaba, llenaba la casa de flores. Tú la recuerdas así, ¿verdad?

Sasha asintió, casi con vehemencia.

—Sí. Era maravillosa. Siempre tenía un detalle, siempre sabía cómo hacernos reír.

Eleanor sonrió con tristeza.

—Lo sé. Tú te quedaste con esa parte. Con la mejor de mamá. Pero yo… yo tuve que sostener la otra. La parte rota, la que

se escondía, la que me obligó a crecer de golpe.

Se llevó las manos al rostro un instante, respiró hondo y continuó:

—No sabes lo que era escuchar tu llanto al otro lado de la puerta cerrada y no tener a quién recurrir. Papá trabajaba o simplemente no estaba. La tía hacía lo que podía, pero también tenía su vida. Al final, yo era una cría jugando a ser madre.

El silencio volvió a caer. Aura se removió en el cochecito, pero siguió dormida.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó en voz baja.

—Porque te veía feliz con tus recuerdos. Y porque te necesitaba así.

Sasha apartó la mirada, con lágrimas contenidas. Su hermana extendió una mano sobre la mesa, tocando el paquete de cartas.

—Cuando las leas, entenderás. Mamá no era perfecta, ni tan luminosa como la guardas en tu memoria. Era humana, frágil, rota. Y aún así nos quería. A su manera.

Sasha no contestó. Tenía la vista clavada en la cinta descolorida, como si pudiera leer a través del papel.

En ese momento, la puerta se abrió y la voz de James llenó la cocina.

—¿Listas? —preguntó, sonriendo al entrar, con el abrigo todavía puesto.

Eleanor se levantó, aliviada de tener una salida. Besó la frente de Sasha y se acercó al cochecito para recoger a Aura.

—Nos vamos. Te quedas tranquila, ¿sí? —dijo mientras James cargaba con las bolsas de la bebé.

Sasha asintió, incapaz de articular palabra. Los vio marcharse, oyó el portazo suave, y quedó sola en la cocina con las cartas sobre la mesa. El sol de la tarde entraba por la ventana, iluminando la cinta deshilachada como si ardiera.

No se atrevió a tocarlas otra vez.

PARTE 3: CRUCES INEVITABLES



CON UN CAFÉ

Las coincidencias son un truco barato del universo. Siempre lo he creído, y ahora no hago más que reafirmarlo mientras espero en la cola de esta pequeña cafetería.

La puerta se abre detrás de mí, y un golpe de viento frío arrastra el tintineo de la campanilla. Me estremezco, pero no me doy vuelta. Tengo un propósito sencillo, pedir un café, llevármelo y volver a encerrarme en casa de tía Cecilia. Sin embargo, el destino tiene otros planes.

—Oh, qué fantástica casualidad. —Conozco esa voz. Es cálida y suena ligeramente sorprendida. Cuando giro la cabeza, ahí está Iris, con su aspecto de abuela entrañable.

Sonríe como si la idea de encontrarnos de nuevo fuera un guiño del destino. Lleva una bufanda roja, que resalta contra el gris de su abrigo y el de su melena plateada, y un par de guantes negros que sostiene en una mano, junto con sus gafas.

—¿Sasha? Al destino le gusta que desayunemos juntas, por lo visto.

—Pues eso parece —afirmo.

—¿Te importa si me siento contigo? —pregunta, ya adelantándose hacia una mesa vacía antes de que pueda responder.

Dudo. Podría decirle que no, que tengo prisa, que solo vine a por mi café, pero hay algo en su expresión que me desarma. Quizás sea la amabilidad sin pretensiones, a lo mejor es que tampoco hago

nada de provecho, rondando por las calles con un vaso de cartón lleno de café con leche entre las manos.

—Claro —digo, recogiendo mi taza y siguiéndola.

Nos sentamos la una frente a la otra, y por un momento, todo lo que se escucha es el murmullo de la cafetería y un suave golpeteo contra la cerámica. Ella remueve su té con delicadeza, cada movimiento de cuchara perfectamente calculado. Yo, en cambio, me aferro a mi café como si fuera una boya en un mar agitado.

—No esperaba volver a verte por aquí —comenta, rompiendo el silencio.

—Yo tampoco. Bueno, quiero decir… No suelo venir a esta parte de la ciudad.

—¿Estabas de visita, me comentaste?

Dudo. Preferiría no entrar en detalles, pero tampoco parecer grosera.

—Algo así. Vine a pasar unos días con mi tía Cecilia.

Iris asiente, como si ese dato tuviera algún significado especial para ella.

—Cecilia, claro. La conozco. Es trabajadora social en el centro asistencial.

Asiento. Qué pequeño es el mundo.

—Es un lugar maravilloso. Hacen un trabajo increíble. —Iris sonríe y toma un sorbo de su té. Luego añade, casi casualmente—: Me involucro un poco por ahí cuando puedo.

—Por lo que vi ayer, estás muy comprometida. Parecías ser la que dirigía todo ese tinglado de la Campaña de Juguetes.

Imagino a mi tía trabajando con esta mujer y la combinación me gusta. Se parecen. Cecilia siempre ha sido ese tipo de persona que busca ver lo mejor en la gente. Iris me ha demostrado, en estos ratos en que he podido charlar con ella, que hace más o menos lo mismo.

—Bueno, sí. Paso mucho de mi tiempo libre en ese centro. ¿Tú también te dedicas a algo relacionado con eso? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No, para nada.

—Te vi muy bien ayer. Satisfecha. Te pegaría.

—Mi tía siempre ha sido la de la vocación. Lo mío es el marketing. Bueno, hasta hace poco lo era.

Iris arquea una ceja, pero no pregunta más. Agradezco que no indague, porque no quiero hablar de mi vida profesional o de cómo renuncié a todo al romper con Owen. El silencio que sigue no es incómodo, pero tampoco se siente natural.

Finalmente, Iris deja la taza sobre el platillo y me mira directamente, con una curiosidad que parece genuina.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Asiento con cautela. También me despierta cierta curiosidad qué quiere saber de mí.

—¿Crees que es posible reparar algo que se rompió hace mucho tiempo? —La pregunta llega en forma de susurro, pero se siente como un grito.

No sé qué decir. La respuesta que debería dar está enterrada bajo capas de orgullo, resentimiento y miedo.

—Depende —respondo, finalmente. Mi voz suena más áspera de lo que pretendía—. De qué tan roto esté y de si ambas partes quieren arreglarlo.

Ella baja la mirada hacia su taza, como si buscara en el fondo del té la valentía de seguir hablando.

—Yo estuve muchos años atrapada en esa pregunta —admite en voz baja—. Elegí quedarme junto a alguien cuando lo más sensato habría sido marcharme. No lo hice, y todavía me pregunto si con mi lealtad ayudé… o si, en realidad, terminé haciendo más daño del que quería evitar.

Levanto los ojos hacia ella, sorprendida por la sinceridad repentina. Pero antes de que pueda preguntar nada, Iris vuelve a alzar la cabeza y me dedica una sonrisa serena, como si hubiera

cerrado de golpe la puerta que un instante antes había dejado entreabierta.

—Sabias palabras. A veces uno solo puede esperar que la otra persona esté dispuesta a escucharte.

Me siento incómoda, como si hubiera una segunda capa en esta conversación que no logro entender. Pero antes de que pueda analizarlo más, Iris mira su reloj y se levanta.

—Ha sido un placer verte de nuevo, Sasha. Empiezo a acostumbrarme a coincidir contigo, creo te echaré de menos cuando acaben las fiestas y vuelvas a tu vida.

Me quedo allí, viendo cómo se aleja, y algo intangible flota en el aire. La vi alejarse y me quedé allí, con la taza fría entre las manos, saboreando la amarga certeza de que todos en aquella habitación estaban conectados por una red de historias y perdones de la que yo era la única excluida. Ellos se movían con la comodidad de quien está junto a la chimenea, mientras yo me aferraba a mi rincón de hielo, creyendo que la dureza era fuerza. Pero ahora lo veía claro: mi fuerza no era más que la fragilidad del hielo. Mis lazos de hielo, tan rígidos y transparentes, no me unían a nada; solo me aislaban en una prisión fría y solitaria desde donde veía la vida pasar, incapaz de sentir su calor.

Mientras acabo con mi café, pienso en su pregunta y en mi propia respuesta. ¿Creo que aquello que está roto puede repararse? Ojalá lo supiera.



A DOS PASOS DE LA NAVIDAD

La tarde se me hace más pesada de lo normal. Aún tengo las cartas guardadas en mi bolso, como un peso invisible que me arrastra hacia abajo a cada paso. No las he leído, no me atrevo, pero sé que están ahí, acechando. Y, por si no fuera suficiente, la conversación con Eleanor sigue repitiéndose en mi cabeza, con su voz rota y sus reproches disfrazados de confesión. Camino hacia el centro con la excusa de distraerme, pero lo cierto es que llevo dentro un nudo demasiado grande para fingir calma y no es lo que más me apetece.

El salón del evento está decorado con luces cálidas y mesas adornadas con sencillez. Las manualidades que los niños del pueblo han creado para la subasta están dispuestas con cariño sobre una larga mesa en el centro, cada una con un pequeño letrero que indica el nombre del autor, su edad y una breve descripción de la pieza. El murmullo de conversaciones y risas llenaba el aire, acompañado del aroma a chocolate caliente y a galletas recién hechas.

Iris va de un lado a otro, saluda a los asistentes con una sonrisa amable y se asegura de que todo esté en orden. Cecilia, junto a ella, parece estar en su elemento, recibiendo donaciones, agradeciendo, estrechando manos. Eleanor se mueve más discretamente, con Aura en brazos, saludando con gestos breves a conocidos que se acercan a mirar a la bebé.

Yo observo todo con la sensación de ser un cuerpo extraño. Eleanor me convenció para asistir, diciendo que sería una buena forma de distraerme. Sospecho que Cecilia tuvo algo que ver con esa invitación también.

—Sasha, ven, quiero presentarte a mi marido —dice Iris, acercándose con entusiasmo.

Antes de que pueda responder, al girarme, me encuentro frente a un hombre cuyo rostro me resulta dolorosamente familiar. Peter. Mi padre.

El mundo se detiene en ese instante. La sonrisa de Iris se congela al ver mi expresión, y Cecilia, que está a unos pasos, cierra los ojos como si hubiera previsto este desastre. Eleanor se gira al escuchar mi nombre y se queda helada, como si no supiera si correr hacia mí o hacia él.

—¿Tú? —Mi voz es un susurro helado, apenas audible.

En mi cabeza, la palabra retumba como un martillazo: traición. No hay otra forma de llamarlo. No importa lo que digan, no importa las excusas, para mí siempre será eso: él nos dejó, la hirió, y ella murió sola. Y ahora, con flores y sonrisas, pretenden hacer como si nada. Traición. La herida que no cicatriza.

—¡Sasha! —Peter da un paso hacia mí. Su voz suena insegura, como si no estuviera seguro de si tiene derecho a acercarse.

—¿Qué está haciendo él aquí? —pregunto, dirigiéndome a Iris, aunque mis ojos se clavan en Cecilia.

—No saques las cosas de quicio, Sasha. Estamos en un acto benéfico, un evento abierto a todos.

—¡Por supuesto! —exclamo. La conexión hace clic en mi cabeza—. Tú eres la mujer por la que él abandonó a mamá.

Un murmullo recorre la sala. Varias cabezas se giran, las conversaciones se apagan poco a poco. Iris se mantiene erguida en su papel de anfitriona, a pesar de que cierto temblor en sus manos evidencia nerviosismo. Un par de vecinos intercambian miradas incómodas; una mujer aparta discretamente a sus hijos de la mesa de manualidades.

El silencio que sigue es tan pesado que podría cortar el aire. Cecilia da un paso adelante, intentando calmar la situación.

—Sasha, escucha, esto no es una encerrona.

—No me vengas con esas, Cecilia. Tú lo sabías, ¿verdad?

Mi corazón late con fuerza mientras trato de procesar la traición. Iris mira a Peter con los ojos llenos de incertidumbre, como si quisiera defenderlo pero temiera provocar un incendio mayor.

—Sasha, por favor, dame un momento para explicarte —dice Iris, con una calma que solo me irrita más.

—¿Explicarme qué? ¿Qué te liaste con un hombre casado y destruiste una familia? Lo sé. Hablamos de la mía. ¿Ahora organizas eventos benéficos para limpiar tu conciencia? ¿Funciona? Pues no me alegro, lo siento.

—No le hables así amor esposa, Sasha.

Iris retrocede un paso, pero mantiene la mirada fija en mí.

—Sé que esto no tiene sentido para ti ahora, pero nunca quise hacer daño.

—¡No lo tiene porque no debería haber pasado! —grito, ignorando las miradas que se clavan en nosotros.

—Sasha, suficiente —interviene Cecilia, con un tono que no admite réplica.

No puedo detenerme. Toda la rabia acumulada durante años está burbujeando a la superficie, y no hay forma de contenerla.

—¿Y tú? —le digo a Cecilia, girándome hacia ella—. ¿Cuánto tiempo llevas sabiendo esto? ¿Cuándo decidiste que engañarme era una buena idea?

—No te he mentido —responde, firme—. Pero sí, era consciente. Y pensé que, si conocías a Iris sin prejuicios, podrías ver quién es en realidad.

—¡Yo no tenía ningún interés en ella!

Eleanor se acerca con Aura en brazos, mirando la escena con el ceño fruncido. La bebé se agita, incómoda con el alboroto.

—¿Qué está pasando aquí?

—La verdad sale a flote —respondo, sin apartar la mirada de Peter e Iris—. Y es una mierda enorme.

—Sasha, por favor —interviene Peter, encontrando al fin su voz—. Yo sé que cometí errores. No tienes idea de cuánto me arrepiento.

—¿Arrepentirte? ¿De qué? ¿De destrozar nuestra familia? ¿De dejar a mamá sola para criar a dos niñas mientras hacías planes de pareja con esa?

—Eso no es justo —responde Iris, alzando la voz. Su tono es firme, pero no agresivo—. Peter hacia todo lo que podía por su familia. Era muy infeliz, tú madre lo estaba arrastrando a una existencia sin ilusión. Nunca fue mi intención interponerme en sus vidas. Nos enamoramos. Pasó, sin más.

—Qué conveniente que creas eso —me río sin humor.

—Basta, Sasha —dice Eleanor, con un tono que no le había escuchado antes.

Miro a mi hermana, sorprendida.

—¿Basta? ¿Me estás diciendo que pare?

—Sí, porque esto no ayuda a nadie.

—Claro, tú perdonaste a Peter hace años. Tú fuiste la hija comprensiva.

—¡No, Sasha! —responde Eleanor, con los ojos llenos de lágrimas—. No es cuestión de ser buena o mala. Yo solo decidí que no quería vivir toda mi vida enfadada.

Su voz se quiebra, y Aura rompe a llorar en ese mismo instante, como si el llanto sellara la grieta que nos separa. Cecilia se apresura a ayudar, guiando a Eleanor hacia una silla, intentando calmar a la bebé.

Mientras tanto, Iris y Peter permanecen en silencio, paralizados. El resto de los asistentes finge mirar las mesas de manualidades, pero el aire está cargado, cada gesto es observado. El evento, la subasta, la fiesta… todo parece haberse detenido alrededor de nuestro drama familiar.

Respiro hondo, intentando calmar el temblor en mis manos.

—¿Sabes qué? Da igual. Esto fue un error. Venir aquí, quedarme en esta ciudad… Todo.

Sin esperar respuesta, me doy la vuelta y camino hacia la salida. El murmullo de los asistentes se convierte en un oleaje a mi alrededor. Una mujer cuchichea al oído de su amiga; un hombre carraspea con incomodidad, fingiendo leer el cartel de una manualidad. Dos niños, confundidos, preguntan en voz alta por qué estaba gritando aquella señora. Iris los aparta con una sonrisa forzada, mientras Cecilia baja la mirada al suelo, incapaz de sostenerme la vista. Eleanor abraza con más fuerza a Aura, que aún solloza débilmente.

La puerta se abre y el aire frío de la calle me golpea en la cara. Detrás de mí, el rumor persiste, como un eco.



SUBASTA

NAVIDEÑA CON SORPRESAS

La Navidad nunca me había parecido tan frágil como hoy. El aire frío de la noche me golpea mientras las luces del evento siguen parpadeando a mi espalda. El mundo no es consciente del caos que acaba de desatarse en mi interior. Aprieto el abrigo contra mi pecho, intento sofocar el temblor de mis manos. Están tan equivocados que soy incapaz de mantener la calma.

—Sasha.

Me giro despacio, temiendo que mi mente me esté jugando una mala pasada. Pero no, ahí está.

Es Owen.

Su figura alta y familiar, con ese abrigo oscuro que parece diseñado para realzar su presencia imponente, y una expresión mezcla de sorpresa y algo que podría ser culpa, me observa como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Owen? —Mi voz es apenas un susurro.

—No puedo creer que seas tú —dice, avanzando un par de pasos, pero deteniéndose antes de estar demasiado cerca.

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué me miras como si fuera el fantasma de las Navidades pasadas? —pregunto.

Intento que mi voz suene firme, hacer de tripas corazón, aunque por dentro siento que algo se quiebra.

—Eso mismo iba a preguntarte yo. Una de las organizadoras me invitó. Aquella con la que estabas discutiendo hace apenas dos minutos.

Iris. Por supuesto. Esto tiene que ser una broma cósmica de mal gusto. Buena carambola, destino. Esta, me la guardo.

—¿Iris? —repito, incapaz de ocultar la incredulidad en mi tono.

—Sí. Es prima de mi padre.

—¿Eres familia de esa mujer? Todo esto está a punto de provocarme un colapso. Nunca me habías hablado de ella.

—Apenas la conozco, en realidad, aunque sé que ellos se ven a menudo. Mi padre me contactó hace unos días para pedirme que acudiera en su nombre. Suele colaborar en su subasta todos los años desde la muerte de mi madre. Ellas eran las que estaban realmente unidas, de hecho, fue Iris quien los presentó en su juventud.

Siento cómo mi cerebro intenta procesar esta información. ¿Owen, familia lejana de Iris?

—Yo no tenía idea de que tú fueses de aquí —continúa, con el ceño fruncido, como si estuviera luchando por comprender lo que ocurre.

—Nunca hablamos de eso, ¿verdad? —respondo con un tono que intenta ser casual, pero que suena más ácido de lo que pretendo.

—No lo hicimos. Hurgar en tu pasado siempre fue un tabú en nuestra relación.

El silencio que sigue es pesado, incómodo. Owen me reprochó en muchas ocasiones mi tendencia a guardarme cosas, a construir muros entre nosotros. Todo ese pasado al que no podía acceder se convirtió una barrera imposible de escalar.

—Owen… Yo… —empiezo a decir algo, pero él alza una mano para detenerme.

—Déjame adivinar. Tú tampoco sabías que ella era la mujer de tu padre y que estarían aquí.

Lo miro, desconcertada.

—¿Tanto la he liado ahí dentro?

—Iris estaba histérica cuando salí del salón. Dijo algo sobre que todo fue un error. Y luego mencionó a tu padre.

Suelto una risa amarga.

—Un error. Eso es lo que soy para ellos, al parecer.

Owen da un paso más hacia mí, suavizando su expresión.

—No digas eso, Sasha.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es verdad? Mi padre no quiso enfrentarse a lo que hizo. Iris intentó… no sé, ¿redimirse? ¿Y yo? Yo soy la única que atrapada en todo esto.

—Y, sin embargo, sigues adelante —dice, con un tono que no había escuchado en mucho tiempo. Admiración.

La intensidad de su mirada me desarma, como siempre lo hace. No quiero caer en esa trampa otra vez.

—¿Por qué viniste, Owen? —pregunto, cruzando los brazos como si eso pudiera protegerme de la vulnerabilidad que amenaza con desbordarme.

—Ya te lo dije. Iris me invitó.

—No aquí, Owen. Me refiero a… esto. Tú y yo. ¿Por qué ir tras de mí, hablarme, contenerme? He salido corriendo del centro. Ya no hay nada entre nosotros. Podrías haber ignorado la discusión, disfrutado de la fiesta y llevado unas cuantas manualidades a tu padre. Sin más.

Owen parece considerar su respuesta, su mandíbula apretada, su mirada fija en el suelo.

—Porque verte aquí, ahora, me hizo darme cuenta de algo —dice finalmente, levantando la vista hacia mí—. Yo siempre pensé que te conocía. Pero la realidad es que no sé si alguna vez me dejaste hacerlo de verdad.

El golpe de sus palabras es directo, preciso, y me quita el aliento. Owen tenía razón. Nuestros dos años juntos habían sido un acuerdo tácito de no agresión. Un pacto para no hurgar en las heridas del otro. Yo me instalé en su apartamento luminoso del centro huyendo de un casero problemático, no corriendo hacia un

futuro con él. Y él me abrió la puerta porque era práctico, porque la atracción era real, y porque, sospechaba, tampoco le apetecía volver a una casa vacía. ¿Cómo no iba a saltar por los aires cuando intentamos convertir aquel arreglo convenientemente en algo real?

—Eso no es justo.

—¿No? —pregunta, dando un paso más cerca—. ¿No fue esa una de las razones por las que nos distanciamos, Sasha? Siempre había partes de ti que parecían fuera de mi alcance. Ni cuando me decidí a proponerte matrimonio me dejaste traspasar esa barrera, tu coraza.

—¡No es tan simple! —exclamo, sintiendo cómo la frustración sube a la superficie.

—No, no lo es. Pero aquí estamos. Y quiero entender. Ni te imaginas lo que me gustaría saber quién eres realmente. Y por primera vez desde que nos conocemos, creo que es aquí donde podría ser eso posible. En esta pequeña ciudad helada en la que residen todos tus secretos.

La intensidad en su voz me hace retroceder un paso. Owen es así: directo, dispuesto a enfrentar las cosas de frente. Yo, en cambio, siempre prefiero rodearlas, evitarlas, a ser posible.

—No sé si puedo darte eso —admito, con mi voz quebrándose.

Owen asiente, como si esa respuesta fuera la que esperaba.

—Entonces dime esto, al menos. ¿Todavía importa?

La pregunta queda suspendida en el aire, es un puente entre nosotros que no sé si quiero cruzar. Antes de que pueda responder, las puertas del salón se abren y Iris, nerviosa, aparece en el umbral.

—Owen, te estaba buscando. Ah, ¿Sasha? —Su voz titubea al decir mi nombre.

Por lo visto también le confunde vernos juntos. Me alivia ver que no soy la única sorprendida en esta noche, que resulta extraña para todos.

—Nos vemos adentro, Iris —dice Owen, sin apartar la mirada de mí.

Ella asiente y desaparece tan rápido como llegó.

—¿Entramos e intentamos comprender la situación? Va siendo hora. ¿Cuántos años hace que murió tu madre? ¿Siete? Tu padre no me ha parecido un mal tipo, he charlado con él un buen rato.

—No quiero volver ahí dentro.

—Está bien. ¿Te acompaño? Te puedo llevar a donde sea que te alojes —pregunta Owen, con una suavidad que casi duele.

—No. Estoy cerca, en casa de mi tía Cecilia. Iré dando un paseo, necesito un poco de tiempo y pensar. Esto último, sobre todo.

Él asiente, dándome ese espacio que siempre supo que necesitaba, aunque odiara concederlo.

Cuando se marcha, me quedo sola bajo las luces de la calle, sintiendo el peso de todo lo que aún no he dicho.



GRIETAS

Llego a casa de Cecilia más calmada. El paseo y el viento a la luz de luna han apaciguado mis nervios. Las luces del evento, no obstante, aún brillan en mi mente, el eco de las novedades que he averiguado en esa fiesta se niega a desvanecerse.

Marcharme es la única alternativa. Dejar atrás la locura en la que mi vida parece estacionada. Mis manos tiemblan mientras intento cerrar la cremallera de mi maleta. Todo lo que puedo pensar es en salir de esta casa. Dejar atrás las traiciones, los secretos, y la red de conexiones que me ahoga.

El golpe seco de la cremallera al cerrarse me devuelve al presente. La habitación está en silencio, pero dentro de mi cabeza hay un caos ensordecedor. Tía Cecilia, Eleanor, Iris y Owen. Ellos sabían algo que yo no. Todos conspiraron, incluso si no lo hicieron de manera consciente. Y yo, ingenua como siempre, me dejé arrastrar.

Miro alrededor. Las fotos enmarcadas en las paredes parecen observarme. La familia feliz que jamás seremos.

Cecilia abrazando a mi hermana en un picnic.

Eleanor conmigo en brazos. Ella no tendría más que seis o siete años, y yo soy exacta a Aura. Mejor dicho, la bebé es una copia de mí misma a su edad.

Cuando recojo mi abrigo, noto un peso en mi bolsillo: una figurita de madera que Aura me había entregado esta mañana con sus manitas regordetas. El perrito con las orejas mordisqueadas. La figura es tosca, tan solo un juguete barato que siento un ancla. Por un momento, mi determinación flaquea.

Entonces vuelven las imágenes de la noche. Iris, tan segura de sí misma, hablando como si no hubiera sido la mujer que destruyó a mi familia. Cecilia, sabiendo todo esto y no diciendo una palabra. Y para rematarlo, la presencia de mi exnovio.

No puedo quedarme.

El sonido de un coche acercándose me pone en alerta. Mi pecho se contrae al escuchar el motor detenerse, y antes de que pueda procesarlo, la puerta principal se abre con rapidez.

—¡Sasha! —Es la voz de Eleanor, urgente, casi desesperada.

Intento ignorarla, pero entonces aparece frente a mí, con Aura en brazos y James siguiéndola de cerca.

—¿Qué haces? —pregunta con su mirada fija en la maleta.

—Me voy. No puedo seguir, Eleanor. Todo esto ha sido un error. No sé en qué momento pensé que era una buena idea venir aquí, por perdida que me encontrara.

—¿Un error? ¿Reconciliarte conmigo? ¿Conocer a Aura? —Su voz se quiebra y esas palabras me golpean como una bofetada.

—No me hagas esto, Eleanor —murmuro, desviando la mirada.

—No, Sasha, no voy a dejar que huyas otra vez.

Aura, ajena a la tensión, extiende sus pequeños brazos hacia mí desde el regazo de Eleanor. Su cara redonda y risueña me mira con una confianza que no merezco. Sin pensarlo, la cojo y beso en la carita. Su peso en mis brazos es reconfortante, cálido.

—Bebé, dile a Tía Sasha que no se vaya —murmura Eleanor, con su tono más suave y aflautado.

Aura ríe y tira de mi cabello, balbuceando algo ininteligible. Mi coraza se resquebraja un poco más.

—No puedo quedarme —repito, pero mi voz carece de convicción.

James, siempre tranquilo, interviene.

—Sasha, entiendo que te sientas traicionada. Debes entender que todos cometemos errores. Iris no es lo que crees. He visto lo

que trabaja por esta comunidad. En estos días también tú has sido testigo. Pienso que eso merece, al menos, una conversación.

Eleanor asiente, todavía dolida, y añade:

—No estamos diciendo que perdones a papá o a Iris. Pero no puedes dejarnos ahora que tu vuelta nos ha brindado la posibilidad de arreglarlo. Habíamos avanzado muchísimo en los últimos días.

La puerta se abre de nuevo. Otro par de pasos entra en la casa.

—¿Es un mal momento?

Mi corazón se detiene al escuchar su voz. Me giro lentamente, y allí está Owen, apoyado contra el marco de la puerta. Su cabello despeinado y esa mirada que no sé si es de preocupación o reproche.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto, con un tono más cortante del que pretendía.

—Iris y Peter me pidieron que te buscara. Aunque no lo creas, se preocupan por ti y no quieren que te comas la cabeza sola. Veo que ya tienes compañía.

Su entrada es una bomba más en un terreno ya minado.

—¿Hablar de qué? ¿De qué el mundo entero parece saber más sobre mi vida que yo misma? —replico, con Aura todavía en brazos.

Owen cruza las piernas y se apoya en una columna, sin retroceder.

—No vine a discutir. Lo hice porque te conozco, Sasha. Sé que tu primera reacción es huir.

Su comentario me hiere más de lo que quiero admitir.

—No tienes idea de lo que siento ahora mismo.

—Tal vez no, pero sé que estas personas te importan, aunque estés demasiado enfadada para admitirlo. —Owen señala a Eleanor, a James, acaricia a Aura en la cara mientras ella sigue jugueteando con mi collar.

No sé qué responder. Estoy atrapada entre la necesidad de protegerme y el deseo de ceder.

Eleanor da un paso adelante.

—Sasha, por favor, quédate. Es de noche, no salen autobuses a estas horas. No tienes adónde ir. No queremos perderte así ahora que por fin habías vuelto a la familia, aunque solo sea a una parte de ella.

La mirada de Aura se cruza con la mía, y por primera vez en horas, siento algo distinto al enojo y en cierto modo parecido a la esperanza.

Owen da un paso atrás hacia la puerta.

—Haz lo que necesites, Sasha. Pero recuerda que no estás sola.

Y con esas palabras sale de la casa y se va, dejándome con la familia que estoy a punto de abandonar. O tal vez no.



ENTRE CAJAS Y RECUERDOS

No hay lugar al que marcharme, tal y como argumenta Eleanor. No quiero volver a la vida de la que iba huyendo, no tiene sentido. Aún no he decidido qué hacer a partir de ahora.

Cecilia prácticamente me suplica que me quedé unos días más con ella, en su casa. Comprende que no estoy lista para muchas cosas y me ha prometido no inmiscuirse en mis asuntos.

Hasta esta mañana, un par de días después de la subasta benéfica, ella misma ha pedido que me den espacio. Eleanor y su familia me visitaron ayer tarde un rato, sin hacer referencias a lo sucedido. No he vuelto a saber de Owen, incluso creo que ha regresado a casa. La calma parece recuperada.

—Sasha, es solo una caja de regalos. Lleva esto al centro comunitario y no te costará más de una hora. —Cecilia me mira con esa expresión suya que no admite un no por respuesta.

—¿Por qué no vas tú? —protesto, aunque sin mucha energía.

—Porque tengo una reunión en cinco minutos y, francamente, ya te he visto suficiente tiempo vegetando en el sofá.

—¿Juras que no me cruzaré allí con aquella horrible mujer?

—No está en el centro, Sasha. Y Iris no es mala persona.

—Lo que tú digas. ¿Seguro que no estará allí?

—Peter y ella están lejos, visitando a unos amigos. Pasarán el fin de semana fuera. Es imposible que te los encuentres, si es lo que tanto te preocupa.

Me he quedado sin argumentos. Me levanto del sofá, cojo las llaves y subo al coche con la caja que me ha plantado en las manos. Si Cecilia no tuviera razón el 90% del tiempo, sería más fácil odiarla.

Cuando llego al centro comunitario, el ajetreo del lugar es más que evidente. Cajas doquiera que mires, personas corriendo de un lado a otro y voces que se mezclan en un murmullo constante. Localizo a alguien que parece estar al mando y pregunto dónde dejar mi entrega.

—Puedes ponerlo ahí, junto a esas cajas. Espera, ¿tú eres Sasha? —Una mujer mayor de cálida sonrisa me intercepta e impide marchar.

Asiento, algo desconcertada.

—Cecilia dijo que vendrías. Estupendo, necesitamos un par de manos extra. ¿Te importaría quedarte un rato?

Intento protestar, pero antes de que pueda abrir la boca, me señala hacia el fondo del salón.

—Owen te indicará qué hacer. Está clasificando juguetes y necesita ayuda.

Mi estómago da un vuelco. ¿Mi Owen? Me giro en la dirección que la señora me indica y ahí está, inclinado sobre una mesa, con la misma concentración que siempre pone en todo. Lleva puesto un jersey navideño ridículo con el que jamás me lo habría imaginado

Me acerco, tratando de parecer casual.

—Me gusta tu estilo navideño. Te sienta bien el rojo, deberías usarlo más a menudo. ¿Ese reno me está guiñando un ojo?

Owen levanta la vista y, por un momento, parece igual de sorprendido que yo. Pero su rostro se relaja enseguida en una sonrisa.

—Hola, Sasha. ¿Te dijo Cecilia que yo estaría aquí?

—Ojalá. Cecilia no me había dicho nada. De saberlo, igual no habría venido.

El silencio que sigue no es incómodo, pero tampoco del todo fácil. Finalmente, él señala una caja.

—Estamos separando juguetes por edades, ¿te apuntas? Tiene su punto de diversión.

Me arremango y les echo una mano. Al principio, la conversación es mínima, centrada en la tarea. Poco a poco, empezamos a bromear. Es como si el tiempo no hubiera erosionado la complicidad que solíamos tener.

—¿Recuerdas cuando intentamos envolver los regalos para mis sobrinos y acabaste con más cinta adhesiva en las manos que en los paquetes? —dice de repente, con una risa contenida.

—Fue tu culpa por insistir en usar de la barata.

Owen sonríe, pero hay algo en su expresión que me hace detenerme. Durante un segundo, todo lo demás desaparece, y siento el peso de lo que dejamos atrás.

—Es agradable verte así —me confiesa, con suavidad.

—¿Así cómo?

—Sonriendo. Relajada. Siendo tú misma.

No sé qué responder, así que vuelvo mi atención a los juguetes. Algo se me remueve por dentro. Es la primera vez en mucho tiempo que siento que alguien ve más allá de la coraza que he construido a mi alrededor.

Cuando terminamos con la tarea estoy cansada, pero me siento ligera. Mientras salimos al aparcamiento, Owen se detiene.

—Deberíamos hacer esto más a menudo. Me refiero a ayudar. Empiezo a entender lo que encuentra Iris en este centro.

Leo entre líneas, pero no digo nada. Solo asiento.

Con eso, nos despedimos.



SILENCIO

BAJO EL CAPÓ

El motor tosía y se apagaba con un ruido áspero, como si se resistiera a seguir adelante. Owen giró la llave de nuevo, insistente, pero el coche respondió con un zumbido breve y luego un silencio obstinado.

—Vamos, no me hagas esto ahora, maldito cacharro —murmuró, golpeando el volante con la palma de la mano.

El camino secundario que unía el centro del pueblo con la carretera principal parecía más desierto de lo habitual. No había nadie cerca, salvo la figura que reconoció enseguida al aparecer unos metros más atrás, caminando con las manos en los bolsillos y la bufanda mal anudada.

Sasha.

La incomodidad fue inmediata. Él apartó la vista, como si con eso pudiera desaparecer. Pero ella se detuvo, observando la escena con una mezcla de extrañeza y desdén.

—¿Problemas? —preguntó, sin molestarse en disimular la ironía.

Owen exhaló. No tenía humor para aquel tono, y menos viniendo de ella.

—No arranca.

—Ya veo —respondió, acercándose un poco—. Llevas un rato forzando el motor. Así solo vas a ahogarlo.

Él arqueó una ceja.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Sasha le sostuvo la mirada, desafiante.

—Porque no es la primera vez que arreglo un coche.

Owen parpadeó, incrédulo. En dos años de convivencia nunca había mencionado nada parecido. Ella parecía disfrutar de su sorpresa.

—Cuando era niña ayudaba a mi padre a restaurar un viejo Citroën. Pasábamos tardes enteras con las manos negras de grasa. Antes de que… bueno, antes de que todo se complicara —dijo al fin, la voz quebrándose en la última frase.

El aire se cargó de un silencio espeso. Ese "antes" no necesitaba explicación.

Sasha abrió la puerta del copiloto, se inclinó bajo el volante y tocó un par de cables con seguridad inesperada. Luego levantó la vista hacia Owen, que la observaba como si no supiera en qué mundo estaba.

—Intenta ahora.

Él obedeció. El motor rugió con dificultad al principio, luego cobró vida como si nada hubiera pasado.

Owen la miró, entre asombrado y herido.

—Viví dos años contigo y nunca me contaste esto.

—Tampoco preguntaste —replicó ella, sin suavidad.

Las palabras quedaron flotando entre ellos, más duras que cualquier reproche abierto. Era la verdad desnuda: él había creído conocerla, y ella nunca le había permitido ver las capas más profundas.

Sasha cerró el capó con un golpe seco, se sacudió las manos y dio un paso atrás.

—Listo. No es nada grave.

Owen se aclaró la garganta, incómodo. Quiso darle las gracias, pero la palabra se quedó atascada. Al final, lo único que salió fue un murmullo torpe:

—Gracias, Supongo.

Sasha se encogió de hombros, evitando su mirada.

—No te acostumbres.

Y sin más, retomó el camino, dejándolo allí, al volante de un coche que volvía a funcionar y con el peso insoportable de un silencio que decía mucho más que cualquier discusión.



AL PIE DE SU TUMBA

El viento arrastraba hojas secas entre las hileras de mármol. El cementerio estaba casi vacío esa tarde, salvo por un par de ancianos que conversaban junto al portón y una mujer que dejaba flores en una lápida distante. Peter avanzó despacio, se acercaba a menudo, aunque nadie lo supiera. Era el único gesto que sentía aún capaz de hacer por Victoria. Acompañarla en la muerte, ya que en vida no supo cómo.

Se detuvo frente a la lápida. El nombre brillaba con la claridad apagada de la piedra pulida: Victoria. Peter pasó los dedos por las letras, como si con ese roce pudiera hablarle.

—Han pasado tantos años y todavía no sé si hice bien —murmuró.

No había terminado de acomodar las flores cuando un crujido de grava lo hizo girarse. Y allí estaba ella. Sasha. Con la bufanda a medio anudar y la expresión dura de quien no esperaba encontrar a nadie.

El aire se tensó entre los dos.

—Tú —dijo ella, como si el simple hecho de verlo allí fuera una ofensa.

Peter tragó saliva. No había planeado ese encuentro. No así, no en este lugar.

—Hola, Sasha.

Ella se quedó inmóvil, mirando el ramo recién colocado.

—Vienes a fingir —escupió con frialdad—. A poner flores ahora, cuando antes no fuiste capaz de quedarte.

Peter quiso responder de inmediato, pero se contuvo. Había aprendido que con ella las palabras podían volverse cuchillos.

—Nunca dejé de quererla —dijo al fin, con voz baja.

Sasha rió, sin alegría.

—Claro. Tanto que la traicionaste. Y cuando murió, seguro fue un alivio. Quedaste libre.

Peter sintió la punzada en el pecho, esa misma que llevaba años soportando. Su instinto fue negarlo con fuerza, pero lo que salió de su boca fue un susurro cansado:

—No sabes cuánto me dolió perderla.

Ella apretó los puños.

—¿Dolió? ¿Más que a nosotras?

Peter sostuvo su mirada. Era la misma mirada de Victoria cuando discutían: fuego que arrasaba todo a su paso.

—No es una competencia de dolores, Sasha. Tu madre estaba muy enferma. Más de lo que tú podías ver.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Peter sintió el vértigo de las palabras que querían salir, la verdad que llevaba guardada como un peso insoportable. Podría decirlo en ese momento: que Victoria no había muerto por azar ni por negligencia, sino porque la depresión la había arrastrado demasiado hondo. Pero al mirar a Sasha, con esa mezcla de rabia y fragilidad, supo que no podía. No aún.

Bajó la vista hacia la tumba.

—Tu recuerdo de ella es un tesoro. No lo pierdas. Quédate con la mujer luminosa que fue para ti. Para mí… para todos, a veces, era otra.

Sasha respiró hondo, confusa.

—Eso no cambia lo que hiciste.

—Lo sé —respondió él, y esa vez no trató de justificarse.

El silencio se extendió entre ambos, roto solo por el crujir de las ramas y el canto lejano de un mirlo. Peter se sentía como si estuviera frente a un muro que no sabía escalar. Y, aun así, ese muro tenía una grieta: Sasha no se había marchado todavía.

Ella se giró por fin, como queriendo poner fin al encuentro.

—No vengas a darme lecciones de memoria —dijo, con voz tensa.

Peter la observó alejarse unos pasos. El impulso lo obligó a hablar una vez más.

—Me alegra que vengas aquí —dijo, casi en un murmullo—. Ella también lo agradecería.

Sasha se detuvo un instante, pero no contestó. Reanudó su camino hacia la salida del cementerio, dejando tras de sí un rastro de hojas removidas por sus botas.

Peter se quedó solo frente a la tumba, con las flores recién colocadas inclinándose bajo el viento. Cerró los ojos y deseó, por un instante, poder mirar a Victoria a través de los ojos de Sasha, verla como la mujer luminosa que nunca dejó de ser para su hija.

PARTE 4: RECONCILIACIONES



LO QUE NO DIJIMOS

El nombre de Owen sigue en mi móvil. Lo miro como si fuera un animal dormido que puede despertarse y morderme. El pulgar me tiembla cuando lo rozo. Marco antes de arrepentirme.

Un tono. Dos. Tres.

—¿Sasha? —su voz es áspera, como si no estuviera seguro de estar oyendo bien.

—Necesito hablar contigo.

Un silencio. Casi lo escucho respirar.

—¿Dónde?

—En el hostal. ¿Estás ocupado ahora mismo?

—Para ser sincero, tengo la bolsa abierta sobre la cama intentando decidir si recojo ya mis cosas y me marcho, o me quedo algunos días más. Lo que vine a hacer, ya está hecho.

—En quince minutos estoy ahí.

Y cuelgo. He dado el paso que debía dar. Huir ya no es el camino para nada.

El vestíbulo huele a café recalentado. La moqueta cede bajo mis botas, pegajosa. Hay una pareja mayor junto a la ventana. Apenas entro, bajan la voz, pero sus ojos me siguen. La recepcionista levanta la mirada y la mantiene un segundo de más, curiosa.

Owen está junto al mostrador. Chaqueta abierta, manos en los bolsillos, la mirada fija en el suelo. Cuando alza los ojos, siento la

punzada en el estómago. Ni una sonrisa, ni un gesto de alivio. Solo ese muro que no sé cómo escalar.

Nos quedamos de pie, sin movernos. Los cuchicheos detrás de mí se clavan como alfileres.

—Aquí no —dice él, apenas moviendo los labios.

—Ya lo sé. Si vamos a hablar, que no sea dando un espectáculo.

Asiente y camina hacia las escaleras. Lo sigo. Cada peldaño suena demasiado fuerte, como si todo el pueblo pudiera oírnos.

La habitación es pequeña. Una cama doble mal hecha, una bolsa de viaje cerrada en una esquina, cortinas mostaza, un libro que reconozco de nuestra librería abierto boca abajo sobre la silla. Lo he leído, y se lo recomendé hace meses. Por lo demás, me golpea la frialdad.

Nos sentamos frente a frente. Yo, en la silla, parlo que aparto y dejo sobre el escritorio el libro. Él, al borde de la cama. Silencio. Juego con el borde de la manga. Espero que sea él el primero en hablar. Owen aprieta los labios, se pasa la mano por la nuca.

—¿Por qué ahora? —pregunta, sin rodeos.

Trago saliva.

—Porque ya no quiero callar.

Se reclina hacia atrás.

—Lo que más me dolió no fue la nota. Fue descubrir que vivía con alguien que no confiaba en mí. Dos años, Sasha. Y nunca me dejaste entrar de verdad.

Me muerdo la lengua, pero la voz me sale rota.

—Y yo vivía con alguien que quería casarse con una versión de mí que no existía. Pensaba que, si veías lo que había debajo, te irías. Así que me fui yo primero. Era tarde para esta verdad tan incómoda. Al menos, yo lo sentía así.

Sus dedos golpetean nerviosos el edredón de cuadros escoceses. La rabia está ahí, contenida.

—¿Tanto miedo te daba ser sincera conmigo?

—Más del que puedo explicar. Llevo toda la vida intentando enterrar esto, y ahora lo conoces.

—Comprendo tu dolor, pero me tenías a mí para compartirlo. En cambio, decidiste mantenerme al margen.

—Tienes toda la razón. Puedes estar enfadado, debes estarlo. Es lógico.

Se inclina hacia delante, hunde la cabeza en las manos un momento. Luego me mira con los ojos cansados.

—No sé qué hacer con esto.

Yo tampoco. Pero al menos ya está dicho.

El silencio vuelve. Oigo el zumbido lejano de una televisión en otra habitación, el crujido de la calefacción. Nos miramos, y por primera vez en años no sé quién aparta la vista primero.

Me levanto despacio. La silla chirría.

—Gracias por venir —murmura—. Al menos ahora sé a qué atenerme.

No contesto. Abro la puerta y salgo al pasillo. La alfombra amortigua mis pasos, pero dentro de mí todo retumba. El pasillo está en silencio. Solo mi cabeza repite una pregunta que no quiero oír en voz alta.

¿Va a marcharse?



LA LLAMADA

Vuelvo a casa de Cecilia dando un paseo. Necesito este aire frío que me envuelve para enfriar todos mis sentimientos encontrados. Al llegar, no hay nadie, recuerdo que están todos muy ocupados recogiendo el centro y preparándolo para el próximo evento navideño, la entrega de juguetes a los niños del pueblo. La festividad del día de Reyes es la otra gran celebración social de estas fechas.

Para desconectar, cojo un libro de la estantería de mi tía y empiezo a leer. Sentada en el sofá con el libro abierto entre las manos, no podría decir cuál es la última frase que leí. Las palabras parecen resbalarse de las páginas, reemplazadas por los pensamientos que trato de evitar. Afuera, el sol invernal proyecta sombras largas sobre la alfombra, pero aquí dentro todo se siente estático, casi sofocante.

El teléfono rompe el silencio. Su timbre resuena como un disparo en la calma. Espero unos segundos, confiando en que Cecilia lo atenderá desde la cocina, pero el sonido persiste. A regañadientes, me levanto y lo tomo.

En la pantalla aparece el nombre de Eleanor.

—¿Qué pasa? —respondo, esperando cualquier cosa menos lo que sigue.

—Sasha, es papá.

El corazón me da un vuelco. La voz de Eleanor suena temblorosa, cargada de un miedo que no intenta disimular.

—¿Qué ocurre? —pregunto. Mi tono suena más cortante de lo que pretendía.

—Ha tenido un infarto. Iris estaba con él y lo llevó rápidamente al hospital. Está en cuidados intensivos. Podría ser grave.

Las palabras se clavan en mi mente, pero no logro procesarlas del todo. ¿Peter ha sufrido un infarto?

—Te paso a la tía —mi respuesta es inmediata, casi automática. Un escudo para evitar que la realidad me alcance.

—¡Sasha! Es nuestro padre. No puedes reaccionar así. Tienes que venir.

—No tengo que hacer nada. —La voz se me endurece, aunque algo en mi interior se quiebra un poco. No ha pasado suficiente tiempo, no puedo afrontarlo así, ya.

Cecilia aparece entonces en el salón. Su mirada salta del teléfono a mi rostro, leyendo en mi expresión más de lo que quisiera.

—Dámelo —dice, extendiendo la mano.

Sin ganas de pelear, le paso el teléfono.

—Eleanor, soy Cecilia. Cuéntame todo desde el principio.

Me quedo ahí, observando cómo su rostro se transforma mientras escucha. La preocupación aparece primero, seguida de esa determinación que parece acompañarla en todas las situaciones difíciles. Cuando cuelga, ya está buscando su abrigo.

—Tenemos que ir al hospital —me dice mientras se lo pone.

—Yo no voy —replico, cruzándome de brazos.

Cecilia se detiene en seco y me mira con una mezcla de incredulidad y decepción.

—¿En serio?

—Sí. No voy a hacer esto.

—Sasha, por favor. Es tu padre.

—¿Y qué? ¿Qué haya tenido un infarto borra todo lo que ha hecho? ¿El daño que causó?

Cecilia da un paso hacia mí, bajando la voz, aunque su tono sigue firme.

—No se trata de borrar nada. Pero si algo le pasa y no estás ahí, no te lo perdonarás nunca.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque te conozco —responde, clavando sus ojos en los míos.

Su intensidad me incomoda, pero no digo nada. Cecilia suspira, como si intentara descargar algo del peso que lleva encima, y luego sale por la puerta sin añadir nada más.

El silencio vuelve a llenar la casa, pero ahora se siente distinto, más pesado, más opresivo. Camino de una estancia a otra, incapaz de quedarme quieta.

No quiero ir. Enfrentarme a él y verlo débil. Ver y estar al lado de Iris. Pero tampoco puedo ignorar el nudo que se forma en el pecho al pensar en todo lo que podría pasar si no sobrevive. No, eso no va a pasar. Peter es un tipo duro. Las imágenes vuelan a mi cabeza sin quererlo. Cuando no tenía más de cinco años, solía llevarme sobre sus hombros. Desde esa posición privilegiada, el mundo parecía estar a mis pies. Me recuerdo subida a un columpio y a él detrás de mí, empujando cada vez más fuerte mientras yo grito que quiero ir más arriba y Eleanor lo regaña porque considera que si seguimos así me caeré y me haré mucho daño.

Finalmente, me dejo caer en el sofá y tomo mi teléfono. Aunque mi dedo titubea sobre la pantalla, termino marcando su número.

Owen contesta al tercer tono.

—¿Sasha? ¿Has olvidado algo?

Su voz es una mezcla de sorpresa y precaución, y por un momento, casi me arrepiento de haber marcado.

—¿Te marchas ya?

—Pues sí. Me pillas pagando la estancia y con la bolsa ya en el coche.

—No lo hagas. Quédate.

—¿Y eso?

—¿Me llevas al hospital? Te necesito cerca.

—¿Qué pasó? —pregunta de inmediato, preocupado.

—Es mi padre. Ha tenido un infarto.

Owen guarda silencio unos segundos antes de responder.

—Espérame ahí.

Cuelgo sin decir más y me quedo sentada, mirando el teléfono en mi mano. No estoy segura de lo que siento. Quizás porque no es una sola emoción, sino un caos de rabia y miedo.



TRAYECTO AL PASADO

El coche de Owen avanza por la carretera iluminada solo por los faros y las tenues luces del crepúsculo. Miro por la ventana, intentando encontrar algo en el paisaje que calme el caos dentro de mí, pero solo veo árboles desnudos y sombras alargadas.

Owen no dice nada al principio, y por un momento agradezco el silencio. Es algo que siempre aprecié de él, siempre sabía cuándo quedarse callado. Sin embargo, a medida que los kilómetros pasan, el peso de lo no dicho comienza a aplastarme.

El murmullo del motor del coche suena constante, casi un fondo musical para el remolino de pensamientos en mi cabeza. No quiero pensar en mi padre, ni en Iris, ni en todo lo que dejaré sin decir si le pasa algo. Entonces, el silencio entre nosotros se hace tan denso que me siento obligada a llenarlo.

—Esto de Peter, de repente, me ha recordado a cuando falleció tu madre.

Owen se tensa lo suficiente para que lo note. No esperaba sacarlo a colación, pero las palabras escapan de mi boca antes de poder detenerlas.

—Fue un momento que marcó nuestras vidas y de alguna manera también nos unió.

—Creo que no te lo he agradecido lo suficiente —continúa, su voz un poco más suave ahora—. Lo que hiciste por mí entonces.

Cierro los ojos un momento, recordando esos días. Su madre había estado enferma durante meses, y aunque sabíamos que el

final era inevitable, cuando llegó, fue como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. Lo encontré sentado en el porche de su edificio de apartamentos, a la intemperie. Llovía a cántaros y él tenía la mirada perdida en algún punto del horizonte.

—No hice nada extraordinario —digo, tratando de restarle importancia.

—Eso no es cierto, y lo sabes. Permaneciste ahí cuando nadie más lo estaba.

El recuerdo se hace más nítido en mi mente. Aquella noche me senté a su lado, sin importarme el frío o la lluvia que empapaba mi abrigo. No intenté consolarlo con palabras vacías; me quedé allí, permitiéndole sentir el dolor. Le dejé hacer lo que necesitaba, lo que le pedía el cuerpo.

—Eras todo lo que tenía entonces —añade.

Su sinceridad me desarma, me toma por sorpresa, no sé qué responder. La carretera sigue extendiéndose frente a nosotros, oscura y solitaria, un reflejo de mi vida en ese momento.

—¿Y tú? —pregunta de repente, girando la cabeza hacia mí por un instante—. ¿Has superado lo de tu madre?

La pregunta me atraviesa como un cuchillo. Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro largo.

—No estoy segura —admito, las palabras salen con más facilidad de la que esperaba—. Escuece demasiado. Viniendo aquí lo único que he conseguido es reavivar todo aquel dolor. Resucitarlo en mi pecho.

Owen asiente, entiende lo que yo misma no alcanzo a comprender.

—¿Sabes? —dice tras unos momentos de silencio—. Cuando pienso en mi madre, no siempre es con tristeza. A veces son recuerdos buenos, aunque todavía duela.

No puedo evitar mirarlo de reojo. Hay algo en su voz que me desconcierta, como si hablara con una paz que yo nunca he encontrado.

—Eso no significa que la hayas olvidado —añado, más para convencerme a mí misma que a él.

Owen sonríe y sus dedos sujetan un poco más fuerte el volante.

—No, aprendí que hay más formas de recordar que aferrarse al dolor.

La sinceridad de sus palabras contrae mi pecho. Quiero decir algo, no encuentro la forma de hacerme entender.

—¿Cómo recuerdas a tu madre, Sasha? —pregunta de nuevo

Abro la boca para responder, pero las palabras no salen. La imagen de mi madre se presenta en mi mente, clara y brillante, como si estuviera allí mismo. La recuerdo riendo en la cocina, con las manos cubiertas de harina; abrazándome después de una pesadilla; y diciendo que todo estaría bien, incluso cuando no lo estaba. Y también la recuerdo conmigo entre los brazos, llorando desconsolada.

—A veces no quiero recordarla —confieso, finalmente—. Duele demasiado.

Owen asiente y una sombra de empatía se dibuja en su rostro.

—Eso también es normal. Pero huir de los recuerdos no hace que el dolor desaparezca.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Tal vez porque tiene razón. Empiezo a pensar que llevo demasiado tiempo huyendo, y no solo de los recuerdos, sino de todo lo que me conecta con mi pasado.

—Gracias por venir —digo de repente, rompiendo el silencio.

—Siempre estaré cuando me necesites, Sasha. Lo sabes, ¿verdad?

Su presencia aquí, ahora, significa mucho más de lo que puedo admitir.

El hospital aparece en la distancia con sus luces brillantes. Un faro en medio de la noche. Mientras nos acercamos, mi mente se

llena de todo lo que está por venir. No sé qué voy a encontrar al cruzar esas puertas, ni si estoy preparada para enfrentarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento acompañada.



EN EL HOSPITAL

El aire en la sala de espera del hospital es pesado, cargado de murmullos y luces frías que no hacen más que aumentar mi incomodidad. Cecilia me guía hasta un rincón menos concurrido mientras trato de no encontrarme con ninguna mirada conocida. No tardo en distinguir a Iris, de pie junto a Eleanor, con el rostro pálido y los ojos enrojecidos.

Por un instante, siento una punzada de culpa al verla así. Luego me recuerdo a mí misma que no estoy aquí por ella, sino por Peter.

—¡Sasha! —Eleanor se acerca a mí, con Aura en brazos. Su voz es una mezcla de alivio y preocupación—. ¿Has venido?

—Sí, claro. Lo pensé mejor y os lo debía a Aura, a ti, a tía Cecilia —digo, como si no fuera evidente.

Iris me lanza una mirada que no puedo descifrar del todo. ¿Alivio? ¿Sorpresa? No importa, porque enseguida se vuelve hacia Cecilia y hablan en voz baja. Mi presencia no es relevante.

—¿Cómo está? —pregunto, aunque no sé si quiero saber la respuesta.

—Lo estabilizaron, pero sigue en observación —dice Eleanor, haciendo una pausa para acomodar a Aura en sus brazos—. James fue a preguntar por él.

—¿James? —Levanto una ceja.

—Está de guardia hoy. Es médico, ¿recuerdas?

No, no lo recuerdo porque no me he molestado en conocer al hombre con el que mi hermana comparte su vida.

—Perfecto —murmuro, sin ganas de ahondar en ese tema.

—¿Alguna novedad? —pregunta Owen, dirigiéndose a Cecilia.

—No todavía —responde Iris, tajante, como si fuera ella la interpelada.

Y ahí viene de nuevo. Esa tensión. Esa sensación de que estoy en el lugar equivocado, de que no pertenezco a esta familia. Que me acompaña la gente errónea.

—¿Qué haces aquí? —suelto de repente, mirando a Iris directamente.

Su rostro se endurece, pero mantiene la compostura.

—Estoy aquí porque soy su esposa, Sasha.

—No me lo recuerdes —respondo, mi voz saliendo más cortante de lo que pretendía.

—¡Basta! —Eleanor se interpone entre nosotras, su tono firme como pocas veces lo he oído—. No es el momento ni el lugar para esto.

—Eleanor tiene razón —añade Cecilia, con la mirada fija en mí —. Estamos preocupados por Peter. Por favor, controla tus palabras.

No es tan fácil. Iris está aquí, al borde del llanto, y por un segundo casi me siento mal por lo que estoy a punto de decir.

—¿De verdad lo amas? —pregunto, mi voz es apenas un susurro.

Iris me mira, y por un momento creo que no va a responder. Pero lo hace, con una sinceridad que me desarma.

—Más de lo que puedes imaginar.

El nudo en mi garganta se agranda, me engulle. Owen, a mi lado, pone una mano en mi brazo, un gesto silencioso que me invita a calmarme.

—Tú no estabas ahí cuando mi madre murió —digo, mi voz temblando de rabia contenida—. No viste lo que nos hizo.

—Peter decidió cambiar su vida —responde Iris, su tono cargado de emoción—. Ha luchado por su familia siempre, por ser mejor, por ti, por Eleanor.

—¡Por mí no ha hecho nada! —exclamo, sintiendo cómo las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos.

—Eso no es cierto —interviene Eleanor, con Aura acurrucado contra su pecho—. Sasha, papá no es perfecto, pero nos ama. Y tú lo amas, aunque te niegues a admitirlo.

Las palabras de mi hermana me golpean con fuerza.

—Sasha, ya. —La voz de Owen es baja, casi un susurro, aunque firme. Busca captar mi atención—. Déjalo. Es parte de lo que tienes que sentarte a hablar con tu padre. Y cuando salga de esta, lo harás y llegaréis a un punto de entendimiento.

Quiero responderle, decirle que no entiende nada, pero su mirada es tan penetrante que me quedo callada.

En ese momento, James aparece en la sala, con su bata blanca algo arrugada y el rostro cansado.

—Acabo de hablar con el médico de urgencias —anuncia—. Peter se mantiene estable, pero tienen que hacerle más pruebas.

Las palabras de James consiguen el alivio en la sala de espera. No la suficiente para disipar la tensión. Iris se lleva una mano al pecho, como si por fin pudiera respirar, y Eleanor se apoya en su marido.

—¿Puedo verlo? —pregunta Iris.

—Solo un par de minutos, de uno en uno —responde James, mirando a cada uno de nosotros con seriedad—. Está consciente y muy débil.

Iris asiente y se dirige hacia la habitación, pero antes de entrar, se detiene y me mira. Clava sus ojos en los míos y, de pronto, la siento más cercana de lo que jamás me habría imaginado.

—Sé que no me crees. No quiero reemplazar a tu madre, Sasha. Solo una oportunidad de entendernos.

No sé qué responder, así que me limito a bajar la mirada.

Mientras Iris entra en la habitación, Owen aprieta mi hombro, un recordatorio silencioso de que no estoy sola. Por primera vez en mucho tiempo, me permito respirar. Tal vez no tenga todas las respuestas, pero al menos estoy aquí. Eso, por ahora, es suficiente y un gran paso en enfrentar mis sentimientos contradictorios.



Confesión de Iris

La habitación del hospital está en penumbra, iluminada solo por el débil resplandor de las luces del pasillo. Peter duerme, las máquinas controlan su respiración, y el sonido monótono del monitor cardíaco llena el aire como un recordatorio de lo frágil que es la vida.

Iris está sentada junto a la cama, su rostro pálido y tenso. Cecilia entra con un café para ella, intentando mantener la calma. Yo, sin embargo, estoy en un rincón, cruzada de brazos, observándola. No puedo evitarlo; el resentimiento me arde en el pecho.

—Si dejaras de mirarme como si fuera una intrusa, te lo agradecería —dice Iris de repente, sin siquiera levantar la vista. Su voz suena cansada, pero firme.

—¿Qué esperabas? —replico, sin molestarme en ocultar mi hostilidad—. Es lo que eres, ¿no?

—No es el momento para esto, Sasha. —Cecilia, inmóvil entre ambas, intenta mediar.

—Nunca llega —le respondo, sin apartar la vista de Iris.

Ella deja la taza en la mesita y se gira hacia mí. Por primera vez, su expresión no es conciliadora ni amable; está llena de una determinación que me descoloca.

—Tal vez ahora sí sea el momento —dice Iris—. Porque, francamente, ya no puedo seguir aguantando esto.

Cecilia suspira, consciente de que no podrá detener lo que está a punto de suceder. Eleanor, que hasta ahora estaba en el

pasillo con Aura, entra y cierra la puerta tras de sí. Su mirada es seria, casi suplicante.

—Basta ya, Sasha —interviene Eleanor, dejando a Aura en brazos de James, que aparece tras ella—. Es hora de que escuches la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Otra excusa para justificar lo injustificable? —digo con tono sarcástico, aunque por dentro siento una punzada de inquietud.

Iris respira hondo, parece dudar. Sus manos temblaban al apoyarse en el respaldo de la silla. El barniz rojo de sus uñas estaba desconchado, detalle mínimo que, sin embargo, la volvía más humana de lo que yo quería admitir. No era la mujer elegante de las recepciones ni la anfitriona segura de sí misma; era solo una mujer asustada, con los ojos húmedos y la voz quebrada. Luego, con una calma que no esperaba de ella, comienza a hablar.

—Tu madre era maravillosa —empieza, pero su voz se quiebra. Cecilia le da un apretón de apoyo en el brazo—. Esto te sorprenderá, resulta que la conocí. También supe que era una mujer que sufría muchísimo.

La incredulidad me paraliza por un instante. Iris sigue, visiblemente emocionada.

—Peter nunca quiso hablar de ello porque pensó que estaba protegiéndote. Pero tu madre tenía problemas desde antes de que yo apareciera.

—¿De qué estás hablando? —mi voz tiembla, aunque trato de mantenerme firme.

—De su depresión, Sasha. Era algo que llevaba cargando desde tiempo atrás.

—No puede ser. Nunca vi nada.

—Contigo en casa hacía mucho teatro, Sasha. —prosigue Eleanor—. No quería que te preocupáramos ni poner tus estudios en juego. Habías conseguido una beca muy importante que debías aprovechar al máximo.

—Peter intentó ayudarla, también Cecilia, pero ella lo negaba y rechazaba ponerse bajo tratamiento.

Mis manos empiezan a sudar. Mi corazón late con fuerza. Iris continúa.

—Peter vivió con ella. La depresión es una enfermedad cruel, Sasha. No importa cuánto amor haya a su alrededor, a veces no es suficiente para salvar a alguien. Peter luchó durante mucho tiempo con la culpa y el dolor.

—¡No! —la interrumpo, dando un paso hacia ella—. Eso no es cierto. Mi madre murió porque tú lo destruiste todo. Porque él la traicionó contigo.

La odio. Odio su voz suave, sus justificaciones, la calma que intenta imponer en medio del desastre. Pero, al mismo tiempo, reconozco en su mirada algo que me resulta insoportable, el mismo miedo que llevo dentro. Ese miedo a perderlo, a que todo acabe aquí y ahora, en una sala blanca y fría donde las cuentas pendientes se vuelven aún más insoportables.

Iris niega con la cabeza, sus ojos brillantes por las lágrimas.

—Eso no es verdad. Yo no tuve nada que ver con eso. La relación entre tus padres se había roto mucho antes, aunque guardasen las apariencias, y se rompió por la reticencia de tu madre a aceptar que estaba enferma. No puedo decir que lo que viviste no fue doloroso, pero culparme por ello es injusto.

—¡No mientas! —grito, sintiendo cómo la rabia me consume —. Todo esto es una mentira para hacerte quedar bien.

Iris guardó silencio un momento, como si buscara palabras que nunca encontraba del todo. Sus ojos se desviaron hacia la puerta cerrada de la habitación, donde Peter descansaba.

—Solo quiero que lo sepas —dijo al fin, en un susurro—. Lo amo. Lo he amado todos estos años. Y no hay un solo día en que no me haya preguntado si eso justificaba el dolor que causamos.

La voz de Iris se quiebra. Aprieto los labios, deseando contestar con rabia, con todo el veneno acumulado, pero algo en la manera en que Iris se lleva una mano al pecho me detiene. No es

una enemiga declarando victoria. Es una mujer cansada, vulnerable, temiendo la misma pérdida que ella.

—No me pidas que te entienda —respondo firme, con la garganta ardiendo—. No todavía.

Iris asiente despacio, acepta la distancia que todavía marca entre las dos como quien se resigna a una herida que aún no cicatriza.

El silencio vuelve a los pasillos del hospital. Afuera, a través del ventanal, la tarde se deshace en tonos grises, y por primera vez en años me permito reconocer que el odio ya no es tan sólido como pensaba. Que, aunque no perdone, ya no puedo mirarla solo como a una intrusa.

Owen rompe la dureza del momento. Aparece con dos vasos de café y una mirada que parece pedir permiso para acercarse. Le hago un gesto con la cabeza, aceptando la bebida caliente. El cartón me quema en las manos. Owen no dice nada, se limita a sentarse en la silla de al lado. El olor es el justo, la mezcla exacta de leche y café, como me gusta. En dos años nunca le dije en voz alta como me gusta, pero lo sabe.

—¿No es así como te gusta? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Sin sonrisas, sin buscar crédito. Solo el hecho desnudo de que en lo que le permití, me conocía.

La rabia me sube a la garganta, porque quiero replicar que lo importante no lo supo nunca. Respiro hondo, no es momento ni lugar en el que abrir ese melón. El calor del café me calma y me trago las palabras.

En realidad, me ha leído el pensamiento. No hay nada que me apetezca más en este instante.



Conversación pendiente

Me ahogo. Afuera, los coches siguen pasando como si nada hubiera cambiado, pero aquí dentro el aire es denso, inmóvil.

Quiero salir, dejar de escuchar. No necesito más explicaciones que desgarran lo poco que me queda de memoria de mamá.

Cecilia se adelanta, con una calma tensa, y se coloca frente a mí.

—Escúchala, Sasha. Por favor. Iris te estaba contando lo que pasó, lo que ninguno de nosotros tuvo el valor de explicarte. Hicimos mal, llevamos siete años cargando con ello. Mantenerte al margen te alejó de la familia porque fuimos los primeros que decidimos apartarte. Con la muerte de tu madre, nos estalló en la cara. Te cerraste en banda. Y luego, a los cuatro meses, que Peter y Iris apostarán por su relación y la hiciesen pública, fue demasiado para ti. Era comprensible.

—Solo quiero que entiendas que tu madre no fue una mártir perfecta, y tu padre no fue un monstruo. Ambos eran humanos, llenos de fallos, como todos nosotros.

—Es cierto, Sasha. —Eleanor se adelanta, tomando mis manos con firmeza—. Mamá se encerraba en su habitación durante días, papá lloraba en silencio en el coche. Yo, una adolescente, tenía que ocuparme de ti. Esto no es algo que Iris haya inventado. ¿Acaso no recuerdas las jaquecas que la mantenían en cama tan a menudo? ¿Las semanas en casa de Cecilia, en apariencia, sin motivo que lo justificaran? El día que finalmente murió no fue el único. Aquello

pasó más veces, solo que ese día nadie llegó a tiempo para impedirlo.

El peso de las palabras de mi hermana me golpea como una ola. Miro a Iris, a Cecilia, incluso a Eleanor, buscando alguna grieta en su historia, la señal de que están conspirando contra mí. Pero lo único que veo es sinceridad.

—¿Por qué me lo contáis ahora? —susurro, incapaz de contener las lágrimas—. ¿Por qué no antes?

—Porque sabíamos que no estabas lista para escuchar —responde Cecilia con la voz llena de tristeza—. Y tampoco nos diste opción ni oportunidad.

Me siento en una silla junto a la ventana, incapaz de mantenerme en pie. Todo lo que creía saber sobre mi madre, mi padre, incluso sobre mí misma, parece desmoronarse en cuestión de minutos.

—Sasha, fue muy duro. Peter y tu madre llevaban años separados como pareja antes de que yo llegara a sus vidas. Ella estaba enferma, Sasha. Sé que la amabas, y no voy a negar que era una mujer maravillosa. Pero su enfermedad la consumía, y esa carga también estaba destruyendo a Peter. —Iris se acerca, vacilante. Por primera vez, su tono es suave, casi maternal—. Nunca quise reemplazarla. Nadie puede hacerlo. Solo quería… quiero estar ahí para Peter y vosotras, en la medida que se me permita.

Levanto la vista hacia ella, las lágrimas empañando mi visión. Por primera vez, no veo a una intrusa. Veo a una mujer que, como todos nosotros, solo trató de hacer lo mejor que pudo con lo que la vida le dio.

No puedo hablar. Mi cabeza empieza a hacer conexiones y recordar escenas que había borrado de mi mente. Imágenes de mi madre, siendo yo una niña, de cuando se encerraba en su habitación. Papá llamando a su puerta y Eleanor tomándome en brazos y llevándome al parque para que no estuviera presente en esos momentos de crisis.

Me quedo en silencio, sin saber qué decir, mientras las palabras que acabo de escuchar resuenan en mi cabeza. Las palabras se quedan en el aire, y sé que todavía hay mucho que procesar. Pero, por primera vez, siento que estoy empezando a ver las cosas desde una perspectiva diferente.

La puerta se abre, y Owen aparece. Su mirada pasa rápidamente de Iris a mí, y luego a Peter, aún sedado en la cama. Se acerca colocándose a mi lado.

Su presencia me da un poco de estabilidad. Cecilia le pide que me lleve a tomar algo caliente y me dejo arrastrar fuera de la habitación, abrazada a su torso, como una muñeca.



Reflexiones

Pasan las horas, y el hospital guarda un silencio inquietante. El tenue murmullo del pasillo interrumpe el ritmo constante de las máquinas que monitorizan a Peter. A pesar del agotamiento físico, mis pensamientos son un torbellino, imposibles de ordenar. Estoy sentada en una silla incómoda junto a la ventana, mirando el reflejo de mi rostro en el vidrio. Mis ojos están enrojecidos, y la sensación de haber llorado durante horas no desaparece.

Iris está al lado de la cama de Peter. Aunque no ha dicho nada desde nuestra conversación, su presencia es un recordatorio constante de lo que se reveló esta tarde. Cecilia, a pocos pasos de mí, revisa papeles médicos con un semblante preocupado. Eleanor y James se fueron a casa con Aura hace un rato, dejándome atrapada aquí con mis pensamientos.

«Tu madre sufría mucho».

Las dudas se entrelazan con mi rabia, formando un nudo que no puedo deshacer. ¿Y si Iris no mentía? ¿Y si toda mi vida me he aferrado a una idea falsa de lo que pasó?

Owen, que todavía no se ha marchado, pasea a lo largo del largo pasillo. A pesar de todo lo que hemos vivido juntos y de lo que nos separó, su presencia me resulta reconfortante. Parece ser el único que entiende mi necesidad de silencio.

De repente, Iris se levanta y me mira.

—Voy a por un café —dice en voz baja, dirigiéndose a Cecilia, pero sus ojos se posan en mí un instante más de lo necesario antes de salir.

Apenas unos segundos después, Cecilia me observa desde donde está. Su mirada tiene una mezcla de preocupación y algo más, quizás expectación.

—Sasha, ¿quieres hablar? —pregunta con suavidad.

—No —respondo, cortante. La tensión en mi voz es evidente, así que Cecilia no insiste.

—¿Te apetece caminar un poco? —me pregunta Owen en voz baja, como si temiera romper algo al hablar más alto.

Lo miro por un momento, sorprendida por su consideración. Asiento sin decir nada, y me levanto.

Caminamos por los corredores vacíos, y la sensación de opresión en mi pecho comienza a aflojarse. Owen siempre tuvo esa capacidad de calmarme, incluso en los peores momentos.

—Cuando mi madre murió estuviste conmigo. —Owen rompe el silencio. Su voz es tranquila, pero noto el leve temblor que delata la emoción contenida.

Fue una de las primeras pruebas reales a las que nuestra relación tuvo que enfrentarse. Owen perdió a su madre de repente y yo hice todo lo posible por estar allí para él.

—Estaba tan enfadado con el mundo por aquel entonces —continúa, sentándose en uno de los sillones de la sala. Me siento a su lado, y sus palabras me transportan al pasado—. Tú estuviste ahí. Eras la única persona que lograba que todo pareciera menos caótico.

Lo miro, sus ojos fijos en el suelo. Es raro verlo vulnerable, y me doy cuenta de que esta situación ha removido muchas cosas para ambos.

—No sabía qué hacer —le digo—. Únicamente quería que supieras que no estabas solo.

Owen deja escapar una leve sonrisa, pero hay algo de tristeza en su expresión.

—Y ahora yo estoy aquí para ti —dice, volviendo su mirada hacia mí—. Sé que esto es difícil, Sasha. Pero también sé que eres más fuerte de lo que crees.

Sus palabras me llegan al alma, es justo lo que necesito. En lugar de responder, no obstante, me recuesto en el sillón y cierro los ojos por un momento, dejando que el silencio vuelva a instalarse entre ambos.

El tiempo parece detenerse hasta que una voz interrumpe nuestros pensamientos.

—Sasha, Owen.

Es Cecilia, que ha salido del área de cuidados intensivos para buscarnos. Su expresión es grave, y eso hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿Está todo bien? —pregunto, poniéndome de pie.

Cecilia asiente, en su rostro se refleja la preocupación.

—Peter está estable, todavía bajo los efectos de la sedación, pero Iris, no. Creo que sería bueno que hablaras con ella. Está en la sala común.

Owen me lanza una mirada inquisitiva, pero no dice nada. Cecilia se retira, y después de un momento de vacilación, decido regresar al área del hospital donde está Iris.

Cuando llego, la encuentro sentada sola en un rincón, con una taza de café entre las manos. Parece agotada, pero sus ojos aún tienen ese brillo determinado que siempre me ha descolocado.

—Cecilia me dijo que querías verme —digo, más a la defensiva de lo que pretendo.

Iris alza la vista, y por un instante, sus labios se curvan en una leve sonrisa triste.

—No estaba segura de que vinieras —admite.

La observo, esperando que hable. Ella respira hondo antes de continuar.

—Sé que tienes muchas razones para odiarme, Sasha. Y no espero que todo cambie de la noche a la mañana. Pero quiero que sepas que yo amo a Peter. Siempre lo he amado. Y aunque tú y yo no hayamos empezado con buen pie, también deberías entender

que tu padre tenía todo el derecho del mundo a ser feliz. Conmigo y sin mí. Jamás sin ti o tu hermana.

Su voz tiembla al mencionarla, y por un momento, veo algo diferente en ella. No a una intrusa, sino a alguien que también está luchando por encontrar su lugar en todo esto.

No respondo de inmediato. Las palabras están encajadas en mi garganta, sé que este es un paso hacia algo más que aún no entiendo del todo y que empieza a sentirse inevitable.

Miro a Iris, y por primera vez no veo a la intrusa, sino a otra persona que también ha estado luchando contra el frío.

A lo largo de esa tarde interminable, las palabras de Cecilia y Eleanor habían actuado como el primer rayo de sol de la mañana sobre una capa de escarcha. No me derretían, no aún, pero sentía cómo la superficie de mis certezas más profundas empezaba a sudar, a agrietarse. Los lazos de hielo que siempre había creído indestructibles no lo eran. Solo necesitaban una temperatura distinta para empezar a transformarse.

Ese nuevo conocimiento me da tanto miedo como esperanza.

Owen aparece en la puerta en ese momento, su mirada pasea entre Iris y yo, evaluando la situación. Cuando ella se pone de pie para marcharse, sé que esta no será nuestra última conversación y mientras la veo alejarse, siento algo extraño. No es paz, pero sí una especie de aceptación. Como si, después de todo, las piezas del pasado empezaran a encajar de una manera que nunca imaginé.



UNAS LLAVES

El reloj del hospital estaba a punto de marcar la medianoche cuando una enfermera apareció para avisar de que se había acabado la hora de las visitas. Solo una persona podía permanecer durante la noche. Iris, con el abrigo colgado del brazo, aseguró que se quedaría junto a Peter; el resto debía marcharse. La sala de espera se fue vaciando en un murmullo cansado, hasta que solo quedaron Cecilia, Sasha y Owen, inmóviles como si no supieran a dónde ir.

Él fue el primero en romper la quietud.

—Volveré al hostal.

La frase sonó más insegura de lo que pretendía.

Cecilia arqueó una ceja.

—¿El hostal? ¿No me dijiste que lo cerraste ya, que ibas a marcharte? —recordó Sasha.

—Sí, pero puedo arreglarlo. Habrá habitaciones libres, y si no es así, buscaré otro sitio.

—Seguro que no es necesario. Podemos hacerte un hueco.

Sasha apartó la vista. No quería entrar en la conversación. Parte de ella deseaba que se esfumara. Fue Iris, desde el marco de la puerta, quien resolvió la situación.

—En mi casa hay sitio —dijo, sacando un llavero y haciéndolo sonar con un tintineo metálico—. El despacho tiene un sofá cama. No es un hotel, pero para una noche basta. Ceci, enséñale un poco la casa, lo que pueda necesitar.

Owen se quedó paralizado, como si esa opción jamás hubiera cruzado por su mente.

—No quiero incomodar.

—No incomodas —intervino Cecilia, adelantándose y cerrando los dedos de Owen sobre las llaves—. No es momento de orgullos tontos.

Sasha abrió la boca para protestar, pero la cerró al sentir la mirada firme de su tía. El corazón le dio un vuelco. ¿Él, en la casa de Iris y su padre? La sola idea era una bofetada.

—Lo llevaremos nosotras —añadió Cecilia con naturalidad—. No conoce el camino.

Owen asintió en silencio. Y así, minutos después, salían a la fría noche de invierno.

El trayecto fue mudo. Sasha ocupaba el asiento del copiloto junto a Cecilia, con la vista fija en las luces de la carretera. Detrás, los faros del coche de Owen seguían cada giro, obedientes.

—Es lo mejor —murmuró Cecilia, como si pudiera leer los pensamientos de su sobrina.

Sasha no respondió. Sentía la rabia enroscada en el estómago. ¿llevar a Owen justo al lugar donde su padre vivía feliz con otra mujer? La situación era surrealista.

Miró de reojo el retrovisor y lo vio, concentrado en no perderlas de vista. Aquel hombre había compartido con ella dos años de vida, de rutinas, de proyectos. Y ahora parecía un extraño, un huésped de paso en casas ajenas.

Cuando llegaron, el silencio de la calle resultaba aún más pesado que el del hospital.

Cecilia abrió la puerta sin vacilar.

—Vamos —dijo a Owen, y él la siguió al interior con paso contenido.

Sasha se detuvo en el umbral. La oscuridad del porche le resultaba más soportable que la visión de esa casa llena de vida que

había sustituido a la suya. No entraría. No podía.

Se quedó allí, con las manos en los bolsillos, escuchando a lo lejos las voces apagadas de Cecilia mientras enseñaba a Owen dónde estaba el baño, cómo abrir la ventana del despacho, dónde encontrar las sábanas limpias. Cada palabra era un zumbido que llegaba amortiguado, como si proviniera de un mundo distinto.

La madera crujió bajo sus botas cuando se movió para apoyarse en la barandilla. El aire helado le cortaba la piel, pero no hizo ademán de refugiarse. Observó su propio aliento dibujar nubes blancas en la oscuridad y pensó en lo absurdo que resultaba todo. Su vida convertida en un ir y venir entre casas ajenas, en medio de recuerdos y reproches.

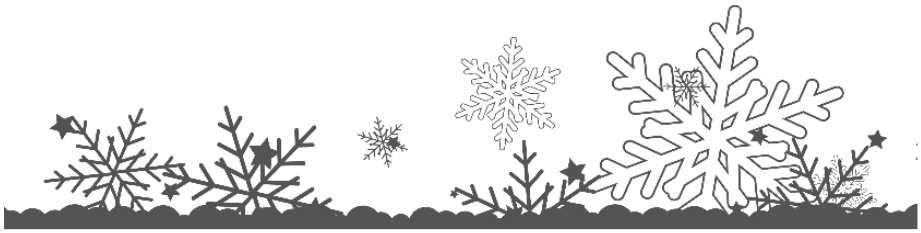
No sabía cuánto tiempo pasó así, quieta en el porche. Solo que en ese silencio, con la casa iluminada a su espalda y el eco de la risa lejana de Cecilia intentando aliviar la incomodidad de Owen, comprendió algo.

Las cartas.

Había dejado que descansaran demasiado en su habitación, escondidas en una caja que cada día pesaba más. Las había temido como si fueran una condena, pero ahora sentía que eran lo único capaz de poner orden en su propio caos.

Ya no podía posponerlo. Tenía que enfrentarse a esas palabras escritas por su madre, aunque le rompieran el recuerdo idealizado que había preservado durante tantos años.

Al fin, cuando Cecilia salió para avisar que todo estaba listo, Sasha simplemente asintió y caminó hacia el coche sin mirar atrás. En su mente, la decisión estaba tomada. Leería las cartas. Llegados a este punto y con todo lo que le habían confesado esa tarde, lo necesitaba.



Cartas de mamá

La caja en la que guardé el fajo de cartas descansa sobre la mesa como un animal que no quiero despertar. Lleva horas ahí, cerrada, y yo dando vueltas por la habitación, incapaz de decidirme. Al final, cedo. Abro la tapa con un crujido y el olor a papel guardado demasiado tiempo me golpea. Huele a tinta vieja y a polvo, como si hubiera estado respirando en secreto todos estos años.

Extiendo las hojas con cuidado. El borde de algunas está amarillento. No hay fechas, tampoco destinatarios. Solo la letra de mamá, redondeada, un poco inclinada, con esas "g" alargadas que reconocería en cualquier escrito.

Trago saliva. ¿Quiero leer esto? Sé que una vez empiece ya no habrá vuelta atrás. El corazón me late en los oídos cuando acerco la primera hoja a la luz.

«Hoy Sasha ha leído en voz alta una frase entera sin equivocarse. La miraba y pensaba: ojalá pudiera darle más de lo que tengo. Ojalá pudiera estar entera para ella. Pero este instante basta, ¿no? Que una tarde de risas baste para compensar tantas mañanas en que no consigo levantarme. Quiero creer que sí».

Me arde el pecho. La veo de nuevo a mi lado, inclinada sobre mí, corrigiendo cuando confundía las letras, riéndose cuando inventaba finales distintos. La cocina, la mesa con migas de pan, la jarra de leche a medio terminar. Ese es el recuerdo que siempre guardé: mamá sonriendo, mamá conmigo, mamá entera.

Aprieto la hoja contra mi pecho un segundo, como si al hacerlo pudiera devolverla. Mis ojos se humedecen. Sí, esa es la mamá que recuerdo. La que me dio calor, la que me enseñó a ver el mundo como un juego.

Me obligo a soltar el papel. Tomo el siguiente.

«Me encierro en el baño para que no me oigan llorar. Pienso en Peter y en cómo ya no sé si soy una carga para él también. Cecilia me ayuda demasiado. Eleanor me mira con ojos de adulta y apenas tiene doce años. Estoy fallando en todo. Quiero quererlas con todo, pero hay días en que no tengo nada que dar».

El aire se me corta. La hoja cruje en mis dedos. Siento una rabia sorda que me golpea desde dentro. ¡No! Esa no era mi madre. Ella no lloraba escondida. Ella no se quedaba en la cama incapaz de moverse. Yo no la vi así.

Me llevo las manos a la cara. ¿Cómo nadie me dijo esto? ¿Cómo dejaron que yo creciera con la imagen limpia, brillante, mientras la verdad se escondía en estas páginas? Mis recuerdos se agolpan: aquella tarde que no salió de su habitación, aquel día que Eleanor me preparó la merienda… cosas que siempre había maquillado, ahora adquieren otro color.

El estómago se me revuelve. Aparto la hoja, pero mis ojos vuelven a ella como si fueran clavos.

Tomo la siguiente. Mis manos sudan.

«Victoria, te lo repites: mañana lo harás mejor. Te levantarás temprano, prepararás el desayuno, no te quedarás mirando el techo. Victoria, escucha: tus hijas necesitan verte fuerte. ¿Cuánto tiempo más vas a fingir? No quieres que te recuerden así, pero no sabes cómo ser otra».

Un sollozo me escapa antes de poder contenerlo. Esto ya no habla de nosotras. No habla de papá, ni de Cecilia, ni de nadie. Se habla a sí misma. Victoria contra Victoria. Una mujer peleando con el espejo, prometiéndose mañanas mejores que nunca llegan.

El papel se moja con mis lágrimas. Siento que estoy invadiendo algo que no debería. Estas páginas no eran para ser leídas. Son confesiones al vacío. Y yo, su hija, me he colado en ese secreto.

Las extiendo sobre la mesa. La madre que me amaba. La mujer que se escondía. La que se desdoblaba para intentar sobrevivir. Todas son la misma.

Recojo los papeles con cuidado, como si fueran frágiles reliquias. Los abrazo contra el pecho. No los devuelvo a la caja. Se quedan conmigo.

Bajo a la cocina con los ojos enrojecidos. La casa está en penumbra, el reloj marca la madrugada. El suelo de madera cruje bajo mis pasos.

Eleanor está junto a la encimera, con Aura en brazos. Le da un biberón, medio dormida todavía. Me mira y lo entiende al instante. Sus ojos se clavan en las hojas que aprieto contra mí.

No digo nada. Ella tampoco. El silencio pesa más que cualquier frase. Solo el ruido de la succión de la pequeña llena el aire.

Ella alza la vista y me ofrece una débil sonrisa, cansada, triste. En ese gesto hay confirmación: ellas ya lo sabían. Ellas

cargaron con esa madre rota mientras yo guardaba la versión luminosa.

Me acerco, paso un dedo por la frente de la bebé. El calorcito me calma por un segundo. Mi hermana me roza el brazo con la suya, un contacto leve.

—Ya lo sabes —susurra.

No respondo. No puedo.

Cuando doy la vuelta para subir de nuevo, encuentro a Cecilia en el marco de la puerta, con el batín entreabierto y los ojos empañados. No hace falta preguntar cuánto ha escuchado.

Camina hacia mí despacio. Me rodea con un brazo y me atrae contra ella. Huelo su perfume suave, la misma fragancia que usaba cuando era niña y venía a recogernos al colegio.

—Yo las encontré —me dice al oído—. Después de todo.

Se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

—No eran cartas para vosotras, Sasha. Eran para ella misma. Por eso las guardé. Porque pensé que no necesitabas cargar con esto de niña. Y luego… luego ya fue demasiado tarde para decidirlo.

No puedo hablar. Aprieto más las hojas contra mí.

—Tu madre te amaba. A todas nosotras. También a Peter. Eso estaba en cada línea, incluso en las más oscuras. Yo lo leí y lo entendí, pero sabía que tú solo verías la herida. Y te merecías tener, aunque fuera, un recuerdo limpio.

Me tiemblan las piernas.

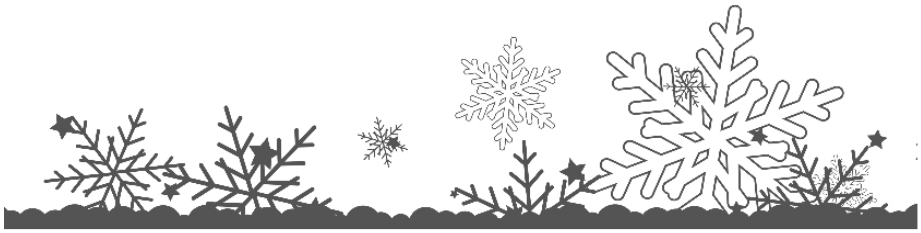
—¿Y ahora? —pregunto con un hilo de voz.

Cecilia acaricia mi mejilla, con ternura.

—Ahora ya eres adulta. Ya puedes sostenerlo. No sola, que aquí estamos nosotras. Todos.

Las lágrimas vuelven a desbordarse. La abrazo con fuerza, como si pudiera aferrarme a ella y no soltarla nunca.

«Mamá, Victoria, quien quiera que fueras, ahora te veo completa. Y duele más de lo que puedo soportar. Pero no estoy sola».



Redefinir pasado y presente

El porche cruje bajo mis pies. La casa está en penumbra, con tan solo un par de luces encendidas, y el aire frío de la mañana me abraza en cuanto cruzo el umbral. No sé qué hago aquí fuera. Quizás buscaba espacio, un respiro. Todo ha sucedido demasiado rápido: la mujer amable resulta ser Iris, el accidente de Peter y su estancia en el hospital, las confrontaciones con la familia y sus confesiones, Owen apareciendo de la nada y enredado en todo este follón. Son demasiadas cosas.

Cecilia me ha insistido desde que llegué en que pase las Navidades aquí, y lo voy a hacer. Quedan apenas unos días para decirle adiós a este año tan extraño, y quizás las fiestas consigan aligerar el peso de todos los embustes. Siento que llevo tiempo cargando un lastre que no sé cómo soltar y alejar.

Owen llega en silencio, a pie. Supongo que quedarse en una casa que no conoce, solo, no es lo más agradable del mundo. El sonido de sus pasos en la madera me alerta, pero no me giro. Me quedo mirando al vacío, intentando no pensar demasiado. Él se apoya en la barandilla, a unos pasos de mí, dejando espacio suficiente para que ambos respiremos.

—Cecilia me dijo que pasara a primera hora. A desayunar —aclara con un tono que mezcla seriedad y una pizca de ironía. Justificando ante mí su presencia—. ¿Cómo estás?

—Demasiada verdad encubierta.

—Yo no lo llamaría así.

Suelta una breve carcajada y se queda a mi lado, dejando que el silencio nos envuelva. Durante un par de minutos, ninguno de los dos dice nada. Es extraño cómo la presencia de alguien que conoces tan bien puede ser a la vez reconfortante y perturbadora.

—¿Te acuerdas de cuando perdí ese trabajo? —dice de repente, su voz suave, desenterrando un recuerdo—. El que conseguí justo después de la universidad. Nos acabábamos de conocer. Antes de que nos reencontráramos.

Lo miro, extrañada.

—Hace mucho de eso. Luego nos perdimos la pista una buena temporada. ¿Qué tiene que ver eso?

—Todo. Estaba destrozado, convencido de que no podía volver a empezar. Tú fuiste la única que creyó que saldría adelante.

No lo había pensado en años. Fue uno de los momentos más difíciles de Owen, cuando lo despidieron sin previo aviso por una reestructuración absurda de empresa. Había dado todo de sí mismo en ese puesto, y verlo caer en esa espiral fue devastador.

—Pensé que me ignorabas cuando intentaba animarte —admito.

—Lo hacía. Pero no porque no me importara. Sino porque estaba asustado. Igual que ahora.

—¿Asustado?

—Por ti. Por nosotros. En aquella ocasión te dejé ir, fui un estúpido. La segunda vez no cometí ese error. ¿Estamos en el tercer round, Sasha?

Sus palabras me golpean con fuerza.

—No todo puede salvarse, Owen. No todo merece ser salvado.

—¿Y nosotros? —pregunta, directo, clavándome los ojos.

Miro al otro lado, hacia la oscuridad que se extiende más allá del porche. No tengo una respuesta para eso.

—Sasha, mírame.

Cuando lo hago, veo algo en su expresión que no esperaba: esperanza. No desesperación, ni reproche, ni tristeza. Solo una calma llena de determinación.

—Sé que las cosas no han sido fáciles. Sé que cometimos errores. No puedes negar lo que éramos y lo que todavía podríamos ser.

—Owen, ahora mismo tengo demasiados frentes abiertos, lo sabes. No me pidas más.

—No estoy aquí para presionarte. Pero no voy a mentirte: te sigo queriendo. Y creo que tú también lo haces.

Sus palabras me desarman. Una parte de mí quiere rendirse, aceptar lo que dice, lanzarme a sus brazos como si todo fuera tan sencillo. Pero otra parte, la más obstinada, insiste en protegerme.

—Esto no es tan fácil como lo haces parecer —murmuro.

—Nunca dije que lo fuera. Ahora bien, tampoco creo que sea imposible.

Se acerca un paso más, todavía dejando algo de espacio entre nosotros, pero lo suficiente para que sienta su proximidad.

—Míranos, Sasha. A pesar de todo, seguimos encontrándonos. Incluso cuando ninguno de los dos lo planeó. Eso no puede ser una simple coincidencia.

Sus palabras calan hondo, pero antes de responder, el crujido de la puerta interrumpe el momento. Es Cecilia, que aparece con una taza en la mano, su mirada alternando entre nosotros.

—Lo siento, no quería interrumpir —dice, aunque su tono sugiere lo contrario—. Solo pensé que podrías necesitar algo caliente, Sasha.

Acepto la taza con un «gracias» murmurado, agradeciendo la distracción momentánea. Cecilia lanza una última mirada a Owen antes de desaparecer de nuevo en la casa.

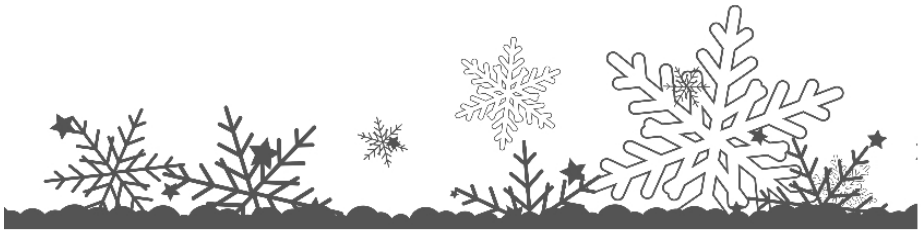
—Tiene buena puntería —bromea él, rompiendo el silencio tenso que ha dejado su partida.

No puedo evitar sonreír, aunque trato de disimularlo.

—Me gusta tenerte aquí, Owen. Tengo que reconocer que me está ayudando mucho tu presencia.

—En ese caso, me alegro de haber acudido como sustituto de mi padre.

Asiento, y la pequeña curva en sus labios es suficiente para aliviar mis preocupaciones. Es un comienzo.



UN RESPIRO DE LUZ

El árbol de Navidad ocupa un rincón entero del salón. Cecilia insistió en traer uno natural, y la casa entera huele a pino fresco y a tierra húmeda. Las ramas se abren con generosidad, cargadas de luces blancas que parpadean como si compitieran con las estrellas de la calle. Cajas abiertas se esparcen por el suelo: cintas arrugadas, figuras de barro, adornos de cristal que parecen reliquias familiares.

Cecilia y Eleanor discuten, con una amabilidad que solo aparenta serlo, sobre dónde colocar cada detalle.

—Ese lazo va demasiado bajo.

—No, mamá lo ponía siempre ahí.

—Porque era el único sitio donde llegaba sin subirse a una silla.

Las escucho desde mi esquina, con las manos aferradas a una taza de té tibio. Observarlas es como ver una danza en la que yo no tengo cabida. Son dos generaciones disputándose la memoria de alguien que ya no está. Me limito a mirar, preguntándome si de verdad hago bien quedándome en esta casa, rodeada de recuerdos que no terminan de ser míos.

Y entonces, Aura me encuentra. Ha llegado gateando hasta aquí.

Tiene en sus manitas regordetas una bola roja, brillante como un corazón recién pulido. Balbucea con entusiasmo y, sin quitarme los ojos de encima, estira los brazos hacia mí. Eleanor sonríe,

complacida, como si fuera la escena más natural del mundo, pero yo me quedo paralizada.

—¿Conmigo? —pregunto, torpe, como si la bebé pudiera responder con palabras.

Aura patalea en señal de victoria. No hay escapatoria. La sostengo entre mis brazos y la llevo hasta el árbol como me indica con su dedito índice levantado. Una vez allí, levanta la bola roja y la coloca en una rama alta, triunfante. Luego, satisfecha, me agarra un mechón de pelo y tira de él como si fuera un trofeo.

—¡Ay! —me quejo entre dientes. Ella se ríe a carcajadas.

El sonido me atraviesa. Un recuerdo me sacude con violencia: mamá, inclinada sobre nosotras una Nochebuena lejana, ayudándonos a colgar estrellas de papel en un árbol mucho más pobre que este. El olor del horno, las manos manchadas de harina, su risa clara llenando el salón. Por un instante, la veo viva otra vez, y la nostalgia me sacude por dentro.

Respiro hondo, aparto la mirada. No quiero que nadie note cómo ese recuerdo me quiebra.

Aura, ajena a mis fantasmas, sigue encantada conmigo. Balbucea sonidos que parecen órdenes en un idioma secreto, y yo obedezco. Giro sobre mí misma, hago una mueca ridícula, incluso me atrevo a poner ese tono absurdo con el que se habla a los bebés. Me rio con ella y las caras que pone. Casi ni me reconozco. Reímos tanto que la pobre niña acaba con hipo.

Cecilia nos observa desde el sofá. No dice nada, pero su sonrisa satisfecha me incomoda. Me apresuro a devolver a Aura a la seguridad de su mantita en el suelo, como si hubiera demostrado más de lo que quería.

—Creo que Aura tiene mejor gusto para decorar que cualquiera de nosotros —dice James desde la puerta, con su voz cargada de esa calma que nunca parece impostada.

Me sobresalto. No lo había oído entrar. Apoya el hombro contra el marco, con las manos en los bolsillos del abrigo. Su mirada se suaviza cuando se posa sobre su hija, como si el resto del mundo

se desdibujara en segundo plano. Aura, al verlo, se ilumina y patalea, exigiendo sus brazos.

—Gracias por ayudar con ella —me dice, sincero.

—No estoy segura de que haya sido ayuda. Por poco la dejo caer —bromeo, medio en serio.

—Créeme, eso nos pasa a todos. Es una culebrilla endemoniada —dice, mientras le hace cosquillas en la tripa y ella se retuerce en sus brazos.

Se me acerca un poco más. Ella juega con el cuello de su camisa, tranquila, como si nada hubiera pasado.

—Mi hija tiene buen ojo para la gente. Si ha decidido que tú sirves para poner adornos, será por algo.

Me quedo en silencio. No sé si contestar con una broma o agradecer. Al final, no digo nada. Solo asiento, consciente de que esa niña, con su risa y su confianza ciega, ha hecho más por abrir una grieta en mi coraza que todas las conversaciones con Eleanor.

James se despide poco después, llevándose a Aura en brazos. El salón queda en calma, iluminado únicamente por las luces parpadeantes del árbol. Me sirvo lo que queda de té, ahora frío, y vuelvo a mi rincón.

El eco de la risa de Aura aún vibra en mi pecho. La dureza del hielo que llevo dentro parece resquebrajarse, y esa fragilidad también me asusta. Cuando el hielo se rompe, nada queda a salvo.



REGRESO A CASA

La mañana en que está prevista la salida de Peter del hospital, el trasiego habitual ha desaparecido de los pasillos. En cambio, Sasha está de todo menos tranquila. Iris organiza los papeles del alta como si estuviera en su elemento, con la eficiencia de quien siempre parece tener todo bajo control. Mientras tanto, ella permanece cerca de la puerta, cruzada de brazos, intentando ocupar el menor espacio posible.

—Gracias por venir temprano —dice Iris, sin mirarla directamente—. Necesitamos ayuda con el alta y ni Cecilia ni Eleanor podían estar conmigo y tu padre hoy. Y James, que se había ofrecido, en el último minuto tuvo que atender una urgencia.

—No me quedaban muchas opciones —responde Sasha, más seca de lo que pretendía.

La tensión entre ellas sigue siendo densa, aunque distinta. Después de esos días compartidos, no son amigas, pero tampoco enemigas declaradas. Hay una tregua tácita, frágil.

La llegada de Owen rompe el silencio. Viene con las llaves en la mano y una expresión seria.

—Traigo el coche hasta la puerta —informa, dirigiéndose sobre todo a Cecilia—. Así será más fácil llevar a Peter.

Sasha reprime un suspiro. ¿De verdad hacía falta que él estuviera ahí? Conduciendo, cargando, siempre dispuesto. Cecilia se lo había pedido, claro. Y ella, como siempre, no había sabido encontrar un argumento convincente para librarse de la situación.

Cuando Peter aparece en silla de ruedas, empujado por una enfermera, Sasha tiene que hacer un esfuerzo consciente para no reaccionar demasiado. Se ve más frágil de lo que esperaba, como si los días en el hospital le hubieran robado algo más que fuerza. Y, por un instante, todo el rencor queda enterrado bajo una emoción que no quiere nombrar.

—No te librarás tan fácil de mí —bromea él, con voz débil pero una sonrisa valiente.

Iris sonríe, y para sorpresa de Sasha, ella también siente algo parecido al alivio. Es extraño, casi incómodo.

Owen acerca el coche, abre el maletero y acomoda el andador plegado. Después, ayuda a Peter a incorporarse con movimientos cuidadosos, sin invadir demasiado. La normalidad con la que lo hace sorprende a Sasha. No parece un intruso improvisado, sino alguien que lleva tiempo implicado en la familia. Y eso la irrita más de lo que quiere admitir.

El viaje hasta la casa se desarrolla en silencio. Owen conduce, Peter ocupa el asiento del copiloto y Sasha viaja detrás, compartiendo el espacio con las bolsas de medicamentos. Se pregunta por qué tiene que estar allí, si Owen ya lo resuelve todo. Pero Cecilia insistió: "Es mejor que vengas. Es tu padre." Y, como tantas veces, Sasha no tuvo réplica.

La casa de Peter e Iris es perfecta, pulcra, demasiado ordenada. Como si cada objeto estuviera dispuesto para recordarle lo bien que viven sin ella. Hoy, sin embargo, no tiene cabeza para fijarse en esos detalles. Entre ayudar con las bolsas y el andador, intenta mantenerse ocupada.

—Deja eso, yo me encargo —dice Iris en su tono habitual, calmado pero autoritario.

—Puedo con esto —responde Sasha, quizás con más brusquedad de la necesaria.

Owen observa el intercambio sin intervenir. Se limita a llevar las cajas de medicación a la cocina y preguntar con voz neutra:

—¿Dónde quieres que deje esto?

—En la encimera está bien —responde Iris, agradecida.

Poco después, Eleanor llega con su chiquitina, llenando la casa de voces y risas. Aura estira los brazos hacia Peter, que la recibe sin dudar, a pesar de la reticencia de Eleanor.

—Estoy bien, deja que la cargue —insiste él, abrazando a la bebé con fuerza.

—¿Seguro, papá?

—No me tratéis como si fuera un inválido. Mira, me siento en mi sillón y me la pasas. ¿Así te parece bien?

Sasha observa la escena desde un rincón, descolocada. El gesto es tan normal, tan familiar, que le cuesta procesarlo. Owen, sentado en la otra punta del salón, también los mira, con una expresión difícil de leer. No parece incómodo, sino atento, como alguien que lleva tiempo queriendo entender a esa familia rota.

Cecilia llega por fin, cargada de bolsas de supermercado.

—He traído pasta y filetes para alimentar a un regimiento.

—No te preocupes por nada, Cecilia —responde Iris, dejando escapar una risa breve—. Justo estaba pensando que la nevera está vacía después de estos días.

—Nosotras nos encargamos —dice Eleanor, arrancando las bolsas de las manos de su tía—. James vendrá a comer. Improvisamos una fiesta de bienvenida.

Cecilia se vuelve hacia Sasha.

—¿Me ayudas a poner la mesa?

Sasha la sigue hasta la cocina sin protestar. Mientras sacan platos y cubiertos, Cecilia baja la voz:

—Tu padre no deja de mirarte. ¿Lo has notado?

—¿Y qué espera? ¿Que lo abrace y le diga que todo está bien? —responde, con la irritación creciendo.

—Busca la manera de conectar contigo. Podrías ponérselo un poco más fácil.

No hay respuesta. Cecilia siempre logra clavar frases como astillas.

La conversación se interrumpe cuando Iris entra a buscar vasos. El silencio que se instala entre las tres es espeso. Finalmente, Iris se va y Cecilia lanza a su sobrina una mirada que lo dice todo.

De vuelta en la sala, Sasha ve a Peter con Aura en las piernas, Eleanor a su lado. Es casi idílico, y por un momento se siente como una extraña observando a una familia que podría ser la suya. Owen está apoyado contra la pared, en silencio, pero sus ojos siguen la escena con la misma mezcla de nostalgia y cuidado.

Cuando Peter intenta levantarse, Sasha se acerca casi por reflejo.

—Te ayudo —dice, sorprendida por sus propias palabras.

—Gracias —responde él, mirándola con algo que no sabe cómo interpretar.

Es un momento breve, insignificante para cualquiera desde fuera, pero para Sasha es un paso enorme. Y lo sabe también Owen, que baja la vista como si le sobraran las palabras.

Peter se deja caer en su sillón favorito. Aprieta la mano de su hija con suavidad.

—No puedes imaginar lo feliz que me hace que estés aquí, en mi casa.

Sasha traga saliva. El nudo en la garganta es insoportable.

—Es cierto, ¿verdad? Todo lo que me han explicado sobre mamá.

Peter guarda silencio unos segundos. La habitación se siente demasiado pequeña.

—Quería habértelo contado. Debería haberlo hecho antes de que todo se complicara tanto entre nosotros.

El murmullo de las conversaciones en la cocina, el sonido de Aura riendo, y la respiración pesada de Owen detrás completan la escena. Por primera vez en años, Sasha se da cuenta de que no está sola en ese dolor.



LAZOS

INVISIBLES

No sé muy bien cómo ha pasado, pero Owen está sentado en el salón como si siempre hubiera formado parte de la familia. Lleva a Aura en brazos y la niña ríe a carcajadas con cada gesto torpe que él inventa para entretenerla. Le pone la mano delante de los ojos y la retira rápido, el típico juego de aparecer y desaparecer que, por lo visto, nunca pasa de moda. El sonido de la risa de mi sobrina me atraviesa, y no puedo evitar mirarlo con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

Nunca lo había visto con un bebé. No me lo imaginé capaz de manejar algo tan frágil con esa naturalidad. En nuestra vida juntos siempre se mostró cuidadoso, atento, pero había una distancia entre sus gestos y la idea de formar una familia. O quizá era yo quien la ponía. Ahora parece otra persona, o tal vez es el mismo Owen de siempre y era yo quien no quería ver esa faceta.

Peter observa la escena desde su sillón. Aunque el cansancio aún se le nota en las facciones, hay un brillo distinto en sus ojos. Cuando Owen se acerca para devolverle a Aura, Peter se incorpora un poco y la recibe en el regazo. La niña se acomoda enseguida, todavía sonriendo, como si hubiera descubierto un nuevo cómplice.

—Tienes buena mano —dice mi padre, dirigiéndose a Owen.

Él sonríe, con un rubor leve que no le había visto antes.

—Me gustan los niños, aunque no lo parezca.

—Se nota. Aura no se ríe así con cualquiera —añade Eleanor, en su papel de madre orgullosa desde la cocina, sonriente.

Yo aparto la mirada, incómoda con la naturalidad de la conversación. No sé si me molesta por lo que insinúa o porque, en el fondo, estoy de acuerdo.

James llega un poco más tarde. Trae consigo el olor a frío de la calle y una energía ligera que inunda la estancia. Apenas deja las cosas en la entrada, ya está bromeando con Owen como si fueran viejos conocidos.

—¿Así que también sabes manejar bebés? Eres un dechado de virtudes.

James le da una palmada en el hombro y los dos se ríen. Esa complicidad me sorprende, aunque no debería. En los días en el hospital, cuando la tensión parecía insoportable, vi cómo se buscaban con la mirada para soltarse algún comentario que aligerara el ambiente. No era nada importante, solo frases cortas, pero bastaba para que ambos respiraran un poco.

Me siento en el borde del sofá, con la espalda recta, intentando no parecer tan desconcertada como estoy. Veo a Owen conversar con todos ellos, adaptarse con una facilidad que me incomoda. Siempre creí que la familia era un terreno al que él no pertenecía, un espacio que yo debía proteger de su influencia. Ahora, sin embargo, parece que es al revés, soy yo la que observa desde fuera, intentando comprender qué lugar ocupo.

Cecilia aparece con una bandeja de tazas de café. Las reparte con la calma de siempre y se detiene un instante frente a Owen.

—¿Azúcar o sin nada?

—Como Sasha, sin nada —responde él, casi sin pensarlo.

Me hierve la sangre por dentro, pero no digo nada. Esa clase de detalles me desarman más que cualquier discurso.

Eleanor se acerca ya con Aura medio dormida en brazos. La niña se acurruca contra su madre, ajena al torbellino de emociones que recorre la sala. Mi hermana aprovecha ese instante de calma para clavarme la mirada.

—No lo entiendo, Sasha.

—¿Qué cosa? —pregunto, aunque sé lo que viene.

—Que acabarais. Que rompieras el compromiso.

La pregunta queda flotando, como una nube que todos ven, pero nadie quiere tocar. James carraspea, Cecilia finge ocuparse de la bandeja y Peter mira al suelo, evitando intervenir. Solo Owen mantiene la calma, aunque noto cómo sus hombros se tensan.

—No es tan sencillo —respondo, en un hilo de voz.

—Yo lo veo aquí, contigo, con Aura, con papá. Se nota que te quiere —dice Eleanor, bajando el tono para no sonar acusadora—. ¿Qué pasó realmente?

No sé qué responder. ¿Cómo explicar en unas frases todo el miedo que me hizo huir? ¿Cómo decirle que lo que veía como amor se convirtió en una cárcel de expectativas, y que yo no tuve valor para mostrar mis cicatrices?

Owen me observa en silencio. Eso me desconcierta más que si hubiera hablado en mi defensa. Parece entender que la respuesta me corresponde solo a mí.

Cecilia interviene entonces, con ese tono que a veces suena como una caricia y otras como una sentencia.

—Ellie, cada relación tiene sus secretos. No hace falta revolverlos delante de todos.

El comentario alivia la tensión, pero no borra el peso de la pregunta.

La tarde avanza entre conversaciones ligeras y el olor a comida que se va extendiendo desde la cocina. James cuenta alguna anécdota del trabajo, Owen aporta historias de su propia experiencia y Peter, por primera vez en mucho tiempo, ríe de buena gana.

Es extraño ver a Owen compartir bromas con James, escuchar cómo habla de libros con mi padre o improvisar canciones absurdas para que Aura le preste atención. No es el hombre distante que recordaba de los últimos meses juntos, ni el receloso que apareció por sorpresa en este pueblo después de mi huida. Es alguien distinto, alguien que, sin proponérselo, empieza a encajar en un lugar que yo misma he tenido problemas para aceptar.

Cuando llega el momento de la cena, nos sentamos todos alrededor de la mesa. El murmullo de voces se mezcla con el tintinear de los cubiertos y, por un instante, la escena parece sacada de una vida que no me pertenece. Miro a mi padre con Iris, a mi hermana, a tía Cecilia, a James. Todos parecen relajados, como si este fuera el orden natural de las cosas. Y en medio de todo, Owen, sonriendo con esa facilidad que siempre me desconcertó.

Eleanor rompe el silencio con otra de sus preguntas directas.

—Sasha, ¿te das cuenta de que aquí todos nos aceptamos? El pasado debe quedar ahí, en el pasado.

Levanto la vista y me encuentro con varias miradas atentas. No sé qué responder. Owen baja los ojos hacia su plato, como si tampoco esperara una respuesta clara. Después, la conversación deriva hacia otros temas, pero esa frase se queda clavada en mí.

Cuando la cena termina y cada uno se ocupa o bien de recoger, o bien de preparar el postre, salgo un momento al porche para respirar aire frío. El cielo está cubierto, las luces del pueblo titilan a lo lejos. Siento que la casa me queda grande, como si dentro hubiera un mundo en el que no sé cómo encajar.

Oigo pasos detrás de mí y no necesito girarme para saber quién es. Owen se detiene a mi lado, en silencio, con las manos en los bolsillos. Durante unos segundos no hablamos. Solo el frío compartido, el vapor blanco de nuestras respiraciones.

—Eleanor no lo decía con mala intención —dice al fin.

—Lo sé. Pero no es tan fácil.

—Nunca lo fue.

No añade nada más, y agradezco que no lo haga. A veces las palabras sobran. Nos quedamos allí, uno junto al otro, sin necesidad de fingir que todo está resuelto.

Una corriente de aire helado me envuelve en el porche, mientras las luces navideñas parpadean sobre nuestras cabezas. Froto mis manos dentro del abrigo, intentando engañar al frío, aunque lo siento menos que hace un rato. Owen se apoya en la columna, a mí lado.

—Mira arriba —dice de pronto, con una sonrisa tímida.

Levanto la vista. Entre las guirnaldas cuelga un ramillete de muérdago, torcido, sujeto por un lazo rojo.

—¿En serio? —resoplo, arqueando una ceja—. Eso es una superstición.

—Las tradiciones son tradiciones —replica, inclinándose un poco hacia mí—. No deberíamos tentar al destino.

El aire entre nosotros se espesa, mi respiración se acelera. La distancia mínima que nos separa es un precipicio. Juraría que me he sonrojado, y no es cosa del viento. Antes de pensarlo demasiado, Owen roza mis labios con los suyos. Es rápido, torpe, improvisado, pero mi corazón responde como si lo hubiera estado esperando justo en este instante.

Se aparta enseguida.

—Supongo que ya cumplimos con la costumbre —dice, aunque su voz suena más grave de lo normal.

Bajo la mirada. No digo nada. El frío sigue aquí, cortante, pero por un momento he sentido que ardía por dentro.

Regresamos al interior cuando Cecilia nos llama para la tarta que ha preparado de postre. Por primera vez en mucho tiempo, me descubro pensando que tal vez no sea imposible reconstruir algo sobre esos lazos invisibles que empiezan a mostrarse, como hilos que siempre estuvieron ahí, esperando a que alguien los reconociera.



RECONCILIACIÓN

Esa noche, en la habitación que Cecilia me ha cedido en su hogar y que casi siento como mía, el sueño no llega. Me revuelvo en la cama, incapaz de aquietar la presión que se me instala en el pecho. Pienso en Iris, en cómo la había juzgado antes de tiempo, en la forma en que se ocupa de Peter con una entrega que no puedo negar. En Eleanor, que parece haber encontrado la manera de convivir con el pasado sin dejar que la devore. Y también en mi padre, tan frágil y distinto al hombre que recordaba. Por primera vez en años me asalta una idea que me sacude, la de no saber como perdonar y que se nos acabe el tiempo.

La noche se hunde en una calma pesada. La luz de la luna entra a través de la ventana, dibujando sombras alargadas sobre el suelo. Los ecos de las últimas conversaciones, los silencios de años, las cartas de mi madre y los recuerdos rotos se amontonan en mi cabeza. Miro el reloj, ya hace tiempo que dieron las doce de la noche. El silencio en la casa es tan denso que casi me asfixia.

Entonces un golpe seco rompe la quietud. Me incorporo, con el corazón golpeando fuerte. Otro golpe, más claro esta vez, me obliga a acercarme a la ventana. Aparto la cortina y lo veo. Owen, de pie en el jardín, bajo la luz pálida de la luna.

Me quedo por un segundo paralizada, con la sábana todavía enredada entre las manos. ¿Voy a abrirle? No es una visita inocente, lo sé. Todavía siento el calor de sus labios en los míos, ese inocente beso bajo el muérdago. Tomo aire, me envuelvo en el edredón y

camino hacia la puerta. El suelo cruje bajo mis pasos, como si la casa quisiera advertirme.

Al salir, el aire frío me corta la piel. Él me espera, inmóvil, con la chaqueta abierta. Clava sus ojos en los míos. Me estremezco, y no es por el viento helado.

—¿Qué haces aquí a estas horas, tirando piedras como un adolescente que visita a su novia a escondidas? —susurro, sin poder contener la ironía.

—Sasha. —Su voz es baja, consciente de que la casa duerme, pero también urgente—. Necesito hablar contigo.

Por un instante me debato entre darle la espalda y regresar a la cama. Pero hay algo en su mirada, en esa mezcla de cansancio y obstinación, que me hace bajar la guardia. Asiento con un gesto breve. Le tiendo la mano y lo guío por el pasillo hasta mi cuarto. El roce de sus dedos me provoca un calor que nace de mi interior.

Dentro, nos quedamos de pie frente a la cama. Él a una distancia incómoda, ni demasiado cerca ni lo bastante lejos. El silencio que nos rodea pesa.

Finalmente, Owen rompe la quietud.

—Lo siento —dice, casi en un suspiro. No suena a excusa, sino a confesión.

No me muevo. Necesito más.

—No supe esperar —continúa, con los ojos fijos en el suelo—. Te empujé cuando necesitabas espacio. Te pedí respuestas cuando no estabas lista. Quise que todo encajara en mis tiempos, no en los tuyos. Me equivoqué y lo sabía incluso antes de que te marcharas.

Su voz se quiebra un instante y me sorprende ver en él un temblor que nunca había mostrado. Ese hombre que siempre se mostraba seguro ahora está desnudo frente a mí, sin coraza.

Trago saliva, y las palabras salen solas.

—La que debería pedirte perdón soy yo. —Lo miro a los ojos, obligándome a sostener su intensidad—. Me fui porque estaba asustada. Tenía miedo de que me quisieras por la parte de mí que

fingía estar bien, no por lo que realmente soy. Te engañe con mi versión edulcorada y cuando la cosa se puso sería no supe cómo mostrarme. Creí que ya era demasiado tarde.

El silencio se estira. Siento mis manos temblar, pero no aparto la vista.

Owen da un paso adelante. El calor de su presencia me envuelve.

—¿Tanto miedo te daba confiar en mí?

—Más del que puedo explicar —respondo en voz baja, casi inaudible—. Este pasado que ahora conoces es lo que llevo toda la vida intentando enterrar. No quería que te arrastrara conmigo.

Él se lleva las manos a la nuca, hunde la cabeza un instante y luego vuelve a mirarme. Sus ojos no son de reproche, sino de agotamiento.

—Sasha, créeme cuando te digo que no sé dejar de quererte.

Me muerdo el labio para contener el nudo que se me sube a la garganta. Nos quedamos en silencio. Afuera se oye el viento, un crujido en el tejado. Dentro, el tiempo parece suspendido. Al fin, sus dedos buscan los míos. Los acaricia despacio, como quien tantea un terreno frágil.

—Solo dime cómo estar —murmura—., qué necesitas de mí para no fallarte otra vez.

Lo miro. Podría inventar excusas, pero no quiero.

—Quiero tiempo. Paciencia. Y que me escuches, de verdad, aunque lo que te cuente no sea bonito.

Asiente, y en su gesto hay una promesa pequeña, sin adornos, pero firme.

Nos quedamos así, enlazados, hasta que la electricidad en el aire se vuelve insoportable. Entonces, ocurre. Y esta vez, es de verdad, no un constructo social. No hay palabras, solo el roce de sus labios sobre los míos, suave, lento, una pregunta que yo misma respondo al no apartarme.

En ese beso no hay magia inmediata ni muros, los que hubiera se derrumban de golpe. Hay cansancio, deseo y una calma nueva. La certeza de que llevamos demasiado tiempo queriendo lo mismo sin saber cómo pedirlo.

Nos separamos un instante, con las frentes juntas. Su respiración choca contra la mía. Cierro los ojos y siento que, por primera vez, me permito creer en nosotros.

El segundo beso llega más profundo, más consciente. No es una rendición, sino una decisión compartida. El calor de su mano sostiene la mía, no como un fuego que arrasa, sino como una brasa que aguanta, constante, paciente.

Nos tumbamos bajo el edredón. El mundo queda lejos, reducido a la cadencia de nuestras respiraciones. Esta vez no hay promesas definitivas ni juramentos apresurados. Solo el reconocimiento de que ambos queremos intentarlo de nuevo.

Apoyo la cabeza en su hombro y escucho el latido que se acompasa con el mío.

—Quédate conmigo esta noche. Hoy te necesito más que nunca.

Él besa mi frente y me envuelve con su brazo.

—No pienso dejar que vuelvas a escapar.

No respondo. No hace falta. El silencio que compartimos dice más que cualquier palabra.

No sé qué pasará mañana, ni qué obstáculos nos esperan. Esta noche hemos dado un gran paso. Frágil, imperfecto y real. Eso basta.



CALOR DE HOGAR

Desde la ventanilla del coche, observo las luces navideñas parpadeando en la fachada. No es la primera vez que cruzo este umbral, pero hoy todo parece distinto. La fachada está vestida de guirnaldas y luces cálidas que aún no estaban el día que trajimos a papá del hospital. Me sorprende el detalle, aunque en realidad no debería: si alguien se ocupa de que la Navidad no pase desapercibida, esa es Iris. Todo brilla como si quisiera borrar las sombras de los últimos días, y por un instante me descubro dejándome envolver por esa luz.

Owen estaciona frente al porche y apaga el motor. Su mano busca la mía, entrelazando nuestros dedos en un gesto de cariño sincero. Me mira con esa sonrisa que tanto conozco. El aroma a especias y dulces llena el aire mientras nos acercamos a la puerta de la que ahora es casa de Eleanor.

—¿Lista? —pregunta.

Asiento, aunque en mi pecho se libra una batalla. He pasado días en el hospital, al lado de un hombre al que juré no perdonar, junto a una mujer que no quería entender y una familia que no supe valorar. Y ahora, estoy aquí, con la oportunidad de reconstruir todo.

Owen me da un apretón suave antes de salir del coche, y yo respiro hondo. Es hora de entrar a casa.

La puerta se abre apenas subimos los escalones del porche. Es Eleanor quien nos recibe, con una sonrisa amplia y los brazos extendidos.

—¡Por fin! Os estábamos esperando. ¡Pasad, que hace frío! —exclama mientras me abraza con fuerza.

—Hola, hermanita —murmuro, dejando que su calidez me envuelva.

James aparece tras ella, cargando a Aura en brazos. La pequeña está hecha un bollito adorable, envuelta en un mono de invierno rojo con orejas de oso. Cuando me ve, agita las manitas y lanza un balbuceo emocionado.

—Ven aquí, chiquitina —digo, extendiendo los brazos. James me la pasa con cuidado, y Aura se acomoda contra mi pecho. Su olor a talco y leche me impregna de ternura.

—Le caes bien —comenta James, sonriendo.

—Eso no es nada nuevo. ¿Quién podría resistirse a Sasha? —bromea Cecilia desde el fondo, apareciendo con una copa de vino en la mano.

Su mirada me analiza, como si intentara confirmar que estoy bien. Me devuelve una sonrisa tranquila.

Dentro, la casa está llena de vida. Iris sirve algo en la cocina, mientras Peter charla con James en la sala. Cecilia, con su siempre elegante discreción, se encarga de los pequeños detalles: acomodar los regalos, verificar las bebidas, asegurarse de que todos estén cómodos. Es el pegamento que mantiene a la familia unida, aunque rara vez se atribuye el mérito.

Owen se inclina hacia la estantería y toma uno de los marcos con cuidado, como temiendo romper algo. Es una foto antigua de Eleanor y yo en la playa, cubiertas de arena hasta las rodillas, con mamá detrás intentando atraparnos en pleno juego.

—Siempre me ha fascinado cómo una imagen puede contener tanto en silencio —comenta, devolviendo el marco a su sitio con un respeto que me descoloca.

Papá lo mira sorprendido y, de pronto, empieza a contar la historia de aquel verano. Su voz recupera un tono más vivo, y describe la risa de mamá, el agua helada, el coche que se averió de

camino a casa. Todos se suman con comentarios y recuerdos, y la sala se llena de un calor inesperado.

Me quedo al margen, escuchando. Es extraño ver cómo Owen logra despertar esa chispa en mi padre sin esfuerzo, integrándose en un recuerdo que hasta ahora había sentido solo mío.

—Voy contigo, Ceci —le digo, siguiendo sus pasos.

Ella me lanza una mirada de complicidad.

—¿Cómo vas con todo esto? —pregunta en voz baja.

—Sigue siendo confuso, pero lo llevo bien. Gracias por no rendirte conmigo, tía Cecilia. —Se lo digo con sinceridad.

Sin Cecilia, quizás nunca hubiera regresado a casa. Ella solo sonríe, dándome un leve apretón en el brazo. Cecilia me mira con esa perspicacia que siempre logra desarmarme.

—Me alegra ver que tú y Owen os estáis encontrando de nuevo.

Suspiro y dejo mi propia copa sobre la mesa. La calidez de la cocina contrasta con el frío recuerdo que en ese momento me invade y decido compartirlo con ella.

—Todo pasó tan rápido, tía —admito, por primera vez, verbalizando la verdad en voz alta—. Una semana me quedaba sin casa, y a la siguiente estaba desembalando cajas en el salón de Owen. Parecía la solución perfecta. Él era encantador, su piso era precioso, céntrico y podía ir a trabajar dando un paseo. No pedía nada. No exigía. Era la excusa perfecta para no tener que contarle las partes feas de mi vida. Durante dos años, fui su compañera de piso favorita, con beneficios. Hasta que me pidió que me casara con él y me di cuenta de que no me conocía de nada. Le había mentido en demasiadas cosas y le había escondido otras.

—Pero eso está cambiando ahora, Sasha. No des la espalda a esa relación.

—No. Ya no lo hago. ¿Volvemos al salón con el resto?

Cuando todos nos reunimos alrededor de la mesa, el bullicio de risas y conversaciones llena el ambiente. Iris y Eleanor traen los

últimos platos, James, mientras tanto, acomoda las sillas. Owen se sienta a mi lado, y, en un momento de calma, me regala una mirada significativa. Es ahora o nunca.

—Queremos decir algo —anuncio, sintiendo cómo las palabras se me traban un poco en la garganta. Él toma mi mano, dándome valor para continuar—. Owen y yo hemos decidido retomar nuestros planes. Eso no significa que haya boda.

La noticia es recibida con una mezcla de sorpresa y alegría. Eleanor se lleva las manos a la boca. Sus ojos brillan de emoción.

—¡Eso es maravilloso, la boda es lo de menos! —exclama, abrazándome desde su asiento.

James sonríe mientras balancea suavemente a Aura, que ahora se ha quedado dormido en su regazo. Peter asiente con aprobación, y Iris, con su acostumbrada serenidad, me regala una sonrisa cálida.

Owen me busca la mano bajo la mesa, y la aprieta suavemente, como si quisiera recordarme que este camino lo recorreremos despacio. Me mira sin decir nada, pero en sus ojos hay una promesa silenciosa: está vez no habrá prisas ni imposiciones, solo el deseo de construir algo real.



UN NUEVO COMIENZO

Entonces llega el momento de compartir con los demás lo que hemos decidido hace unas pocas horas.

—Y eso no es todo —añade Owen, con voz firme—. He solicitado un traslado a una oficina más cercana. Queremos quedarnos aquí, junto a la familia.

El silencio que sigue es breve y cargado de emoción. Mi corazón late con fuerza al observar sus reacciones. Owen y yo hemos tomado esta decisión pensando en nosotros, pero también en lo que significa para ellos después de lo que hemos pasado en los últimos años.

—¿En serio? ¿Os quedaréis aquí? —pregunta Eleanor, con la voz temblorosa de alegría.

—Sí. Es lo mejor para nosotros. —Respondo, mirando a Owen con una sonrisa que no puedo contener—. Ayer visitamos un piso en el edificio frente a la cafetería en la que nos conocimos, Iris. Nos ha gustado mucho y ya hemos hecho una oferta por él. En breve sabremos si nos la aceptan.

Cecilia, siempre la más comedida, coge su bebida y la alza sobre la cabeza.

—Entonces brindemos por eso. Por un nuevo comienzo, para todos nosotros.

Mi padre se pone en pie con la copa en la mano. Su voz no es fuerte, pero el silencio en la sala le da peso.

—Brindo por eso. Por las segundas oportunidades. Por mi hija, que está de vuelta, y por todo lo que aún podemos aprender los unos de los otros. Nunca es tarde para empezar de nuevo.

Las copas se alzan y, por primera vez en mucho tiempo, siento que esas palabras también son para mí.

Levantamos nuestras copas, incluso Iris, que no suele ser de grandes gestos. El momento es perfecto, lleno de esperanza y unión. Hace unas semanas habría jurado que nunca me sentaría aquí, en esta mesa, rodeada de todos ellos. Creía que no había sitio para mí, y mucho menos para él. Ahora los miro y me descubro sonriendo sin miedo. Quizás el hogar no sea un lugar fijo, sino ese instante en que decides dejar de huir.

Después de la comida, nos acomodamos en torno el enorme árbol navideño. Mientras los demás se entretienen con papeles de colores y risas, Owen se inclina hacia mí.

—Gracias por dejarme estar aquí —susurra.

Le aprieto la mano, sin apartar la mirada del árbol encendido.

—Gracias por no haberte rendido.

Nadie más lo oye, pero en ese intercambio pequeño siento el verdadero comienzo de todo.

Aura, demasiado pequeña para entender la dinámica, se entretiene tirando del papel de colores que Eleanor le ayuda a romper. Peter y Iris se encargan de documentar todo con fotos, mientras Cecilia entrega con precisión cada regalo, asegurándose de que nadie se quede sin el suyo.

Yo observo todo desde un rincón, abrazando mis recuerdos y el presente. Esta casa, mi familia, han cambiado, pero también han sido el germen de quien ahora soy. Con Owen a mi lado, me doy cuenta de que nunca es tarde para volver a empezar.

—¿En qué piensas? —me susurra, inclinándose hacia mí.

—En lo lejos que hemos llegado. Y en lo mucho que quiero estar aquí, contigo.

Owen sonríe, y busca mis labios para besarme.

—Estamos exactamente donde debemos, Sasha.

Y mientras, observo que Iris y Peter se ríen juntos, son felices. Eleanor abraza a James y Aura se pone en pie, incapaz aún de dar un paso, pero a punto de conseguir mantenerse erguida con ayuda. Tía Cecilia se ocupa de cerrar cada pequeño detalle. Mi prometido tiene razón. No hay lugar en el mundo donde preferiría estar.

La Navidad siempre ha sido un tiempo de milagros. Y este año, el más grande es el de la reconciliación, el amor y el hogar.

Cuando el reloj marca la medianoche, Owen y yo estamos fuera. La luna ilumina la nieve que cubre el jardín, y el aire frío nos obliga a mantenernos cerca el uno del otro.

—Feliz Navidad, Sasha —susurra, entrelazando sus dedos con los míos.

Lo miro, sintiendo que, por fin, todo está en su lugar.

—Feliz Navidad, Owen.

—Solo me queda un detalle por averiguar. ¿Qué has hecho con tu anillo de compromiso?

Se me cae el alma a los pies. Viene a mi mente una imagen que tenía olvidada por completo. Es el anillo que dejé en la lápida de mamá en mi primera visita, cuando pensaba que todo estaba acabado.

—Owen, lo siento. No lo tengo…

Observo su risa maliciosa y que saca algo del bolsillo del pantalón. ¡Mi anillo! ¿Cómo es posible que lo tenga él?

—Hace un rato se me acercó Cecilia con él en la mano. Me explicó lo que había pasado con tu anillo, y que sabía que te arrepentirías, tarde o temprano. Así que decidió cogerlo cuando no mirabas y guardarlo en un lugar seguro.

Vuelve a colocar el anillo en mi dedo y, con eso, damos el primer paso hacia nuestro futuro, juntos, rodeados de aquellos que

amamos. Una familia rota, pero reparada. Un hogar que, aunque cambió, siempre estuvo esperándome.

FIN

Agradecimientos

Algunas historias no se planean: simplemente llegan, se abren paso entre los días y te obligan a mirar dentro de ti. Esta fue una de ellas. Hubo un tiempo en que pensé que no volvería a escribir. La vida me detuvo de golpe, y durante casi dos años aprendí a mirar el mundo desde otro lugar. Este libro nació de esa pausa: de la fragilidad, del miedo y, sobre todo, de las ganas de volver a sentirme viva.

A mi familia, por su paciencia infinita y por recordarme, incluso en los días más fríos y duros, que siempre hay un hogar donde volver. A quienes me animaron a seguir cuando la página en blanco pesaba más que el invierno y las manos apenas podían sostener un bolígrafo.

A las personas que inspiran sin saberlo, a las conversaciones que dejaron huella y a la vida, por enseñarme que el perdón también puede ser una forma de amor. Ha costado, pero de todo nace una buena historia.

Y a ti, lector o lectora, gracias por abrir este libro y dejar que estas voces te acompañen un rato. Si al cerrar la última página sientes un poco menos de hielo y un poco más de calor, este viaje habrá merecido la pena.

Yo y mis obras

Encantada de conocerte, lector o lectora.

Soy Esther Mor, y este mensaje es para ti, que has acompañado esta historia hasta el final.

Si has llegado hasta aquí, significa que algo en estas páginas te ha tocado, al menos lo suficiente como para quedarte hasta la última línea. Gracias por eso.

Te pediré un favor pequeño pero valioso: dedica unos minutos a dejar una opinión, una reseña o unas simples palabras sobre lo que has sentido. Me gustan las estrellitas, lo confieso, aunque entre tú y yo… están sobrevaloradas. Lo que realmente cuenta es saber que esta historia te ha acompañado de algún modo.

Y si te animas, habla de este libro o de cualquier otro de autoras y autores autopublicados. Hay un océano de voces esperando ser descubiertas, y muchas te sorprenderán si les das la oportunidad. Hoy, más que nunca, publicar no depende de tener un sello detrás, sino de tener algo que decir.

En Amazon encontrarás otras de mis obras, distintas entre sí, pero unidas por algo común: nacen del mismo impulso de contar y de compartir.

Gracias por leerme. Y sobre todo, por creer en los libros que todavía se escriben con el corazón.

Amor, última llamada



La primera de mis obras publicadas, un romance con dos protagonistas muy realistas y alejados de los clichés habituales en este género. Lidia, tras la muerte de su marido, se ve incapaz de mantener más relaciones y se dedica en cuerpo y alma a criar a la hija fruto de ese amor tan intenso y fugaz. La niña se hace mujer y su mundo se descompone. Álex, en un segundo plano hasta el momento, entiende que es el momento que esperaba para lanzarse y conquistar a la mujer de la que lleva mucho tiempo enamorado.

¿Conseguirá abrir a Lidia a un futuro diferente?

Https://leer.la/B0773J687J

Rebelión electrónica de andar por casa



Mi segunda obra publicada, una loca historia urbana que mezcla humor, comedia y ciencia ficción.

Acompaña a Maribel en su cruzada personal contra los electrodomésticos que se han atrevido a echarla de su casa y que confabulan con otros aparatos electrónicos para acabar con su vida. ¿Acompañas a Maribel en su lucha desesperada por recuperar su vida?

Https://leer.la/B07MVGH7PG

Jueves

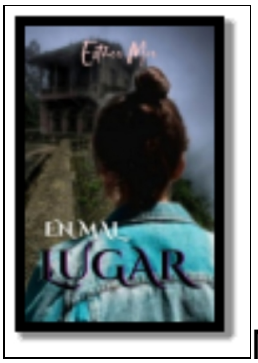


Uno de mis primeros relatos, y al tengo un cariño especial por lo emotivo de su nacimiento: conmemorar el aniversario de los atentados del 11M en Madrid.

Lo escribí en mis inicios, en un reto que me propusieron. Debía tomar como punto de partida la canción del mismo título de la banda "La oreja de Van Gogh" y este fue el resultado, un romance new adult paranormal con mucho significado.

Https://leer.la/B07NCJCVJT

En mal lugar



Novela corta de unas cien páginas en el que juego con los mitos del terror y los recreo para realizar un ejercicio maravilloso de transformación, pues el resultado de mis torsiones es una historia desternillante en la que el humor resulta el protagonista indiscutible.

Hombres lobo, vampiros, adoradores de Cthulu y demás mitos a través de mi cómica mirada.

Https://leer.la/B082DN6ZZX

Imperfecta

Novela realista que aborda un tema muy actual. Se escribió en paralelo a la primera. Una novela intimista que desgrana los sentimientos de Olga, una mujer descontenta con su realidad y que luchará por salir del 

agujero en el que se encuentra atrapada. La historia de una pareja que, sin saber cómo ni cuándo, han ido distanciando sus caminos y ya poco tienen en común. El amor se acaba cuando los miembros de la pareja no empujan en la misma dirección. El amor muere y ser consciente de ello es una experiencia muy dura.

Https://leer.la/B08HR3YZDQ

Odio la Navidad

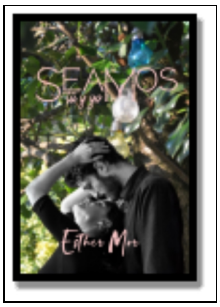
Comedia romántica de ambiente navideño, primera incursión en este subgénero y que no será la última.



Ser como el grinch tiene muy mala prensa y añorar los tiempos de pandemia, aquellos duros (y maravillosos) años en que las reuniones sociales quedaban anuladas por las circunstancias, más todavía.

Por ese motivo, he decidido encerrarme en mi piso hasta el 1 de enero. Mi plan sin fisuras, controlado hasta el más mínimo detalle, se fue al garete por su culpa. En el momento en que aparecieron ante mi puerta el tontolaba, y esos hoyuelos tatuados en mitad del rostro, en defensa de la época más maravillosa del año, supe que algo dentro de mí iba a transformarse a un ritmo abrumador.

https://leer.la/B0BP7CZMWK



Seamos tú y yo

Es una comedia romántica de enredos que pone en la coctelera amor, erotismo y humor para servir en su punto una lectura amena y divertida.

Blanca, su protagonista, una urbanita convencida, decide exiliarse al campo para unas vacaciones con un único objetivo: reencontrarse consigo misma y curar heridas emocionales recientes. Una típica masía reconvertida en hostal, en el Montseny catalán, es el entorno escogido para ello. Un lugar idílico en el que acabar de superar esos días complicados. Lo que en inicio debía ser un retiro, un descanso sin preocupaciones y momentos de deleite al sol, paseos ligeros y chapuzones en la piscina, no tarda en convertirse en una concatenación de situaciones poco convencionales protagonizadas por un lugareño que la desconcierta.

Https://leer.la/B096N2S4DQ

Tiziano & Nadia. La tentación es pecado. La atracción solo un disfraz

(Primer libro de la bilogía)



Después de una aventura con una de sus compañeras de trabajo, los superiores de Tiziano Macchi han decidido trasladarlo a la sucursal que la empresa tiene en el país vecino, en Barcelona. Nadia se presenta como candidata a un puesto de recepcionista en la misma oficina de la ciudad condal.

Desde la primera mirada explota en ambos una atracción inexplicable. Sienten que sus vidas han quedado ligadas.

¿O estaba ya orquestado de antemano que llegaran el uno al otro por el capricho de un destino amañado?

Https://leer.la/B09Z9Y1CS1

Tiziano & Nadia. Adictos a un amor prohibido



(Segundo libro de la bilogía)

Tiziano y Nadia son fuego, atracción en estado puro, química elevada al más alto exponente. Nadia, la mujer libre y sin prejuicios, está cómoda con el francés y emprende una faceta desconocida de sí misma, mucho más sincera. Tiziano ha superado su infidelidad, deja atrás los sentimientos de culpa y se siente preparado para la nueva relación. Liberados al fin de miedos absurdos, los titubeos y las dudas quedan atrás. Han decidido entregarse a su romance.

En su entorno más íntimo, sin embargo, hay quién tiene algo que decir. Mentiras antiguas orbitan a su alrededor levantando muros. El pasado interrumpe con fuerza en el presente decidido a condenar su futuro.

Pecados cometidos hace más de veinte años por otras personas tendrán que ser redimidos por Tiziano y Nadia. En este caso, son las víctimas las que acarrean con las consecuencias de actos ajenos.

Todo confluye hasta un incierto final que amenaza con arrasar con su realidad. ¿Opciones? ¿Rendirse a la evidencia?

Quizás es posible tender una trampa al destino.

Https://Leer.la/B0BFNGBBWD



Tiziano & Nadia, La bilogía completa

(solo en versión digital)

Tiziano y Nadia son fuego, atracción en estado puro, química elevada al más alto exponente. La mujer libre y sin prejuicios, la alocada pelirroja, y un francés recién llegado a la ciudad, han cruzado sus vidas y algo casi sobrenatural pretende mantenerlos unidos. En su entorno más íntimo, sin embargo, hay quién tiene algo que decir. Mentiras antiguas orbitan a su alrededor levantando muros. El pasado interrumpe con fuerza en el presente decidido a condenar su futuro.

Pecados cometidos hace más de veinte años por otras personas tendrán que ser redimidos por Tiziano y Nadia. En este caso, son las víctimas las que acarrean con las consecuencias de actos ajenos. Todo confluye hasta un incierto final que amenaza con arrasar con su realidad. Quizás es posible tender una trampa al destino.

Https://leer.la/B0CD87TSW8



Farsantes, olvida su nombre

Dante sabe jugar sus cartas y se aprovecha de ello para vivir a costa de su conquista de turno, aconsejado por Mr. Milloneti, un muñeco animado con un curioso y nada premeditado parecido con Rich Uncle Pennybags, del famoso juego de mesa. Cualquier parecido con él es pura coincidencia.

Raquel es un misterio; dinero y belleza unidos en una huida de la que pende su vida. Vanessa, en medio de los dos, lidia con sus propios problemas mientras presta su apoyo al hombre del que, sin darse cuenta, se ha enamorado: Dante. ¿Quién es quién en este triángulo de amor, desconfianza y secretos?

Https://leer.la/B0C9R3HZ4M/



Eso que nada en nuestro lago

Un lago maldito al que no se acerca nadie. En sus márgenes, además de leyendas tremendas, se amontonan las víctimas, muertos en circunstancias extrañas.

Un grupo de adolescentes que quieren saber qué pasa en aquel lugar repudiado por los vecinos. Bea, Israel, Rubén, Sandra y Myriam han tomado, de forma inocente, una decisión que va a cambiar el devenir de sus vidas. Esta travesura se paga con sangre.

Https://leer.la/B0CKHVHPJ7

Por último, querido lector o lectora, si deseas conocerme un poco más, ten presente que estoy disponible en mis redes sociales y siempre puedo dedicarte unas palabras. Si vivimos cerca, hasta compartir un café con pastas. El café me pierde y no me resisto a tomar una taza debatiendo sobre literatura, arte o dulces.

Te muestro dónde puedes encontrarme:

https://m.facebook.com/esthermf

https://www.instagram.com/esthermor_literaturayalgomas/

Asimismo, te puedes contactar conmigo y darme tus impresiones en mi dirección de mail, estaré encantada de que charlemos un rato.

Julesesasi@gmail.com

¡Besos y abrazos!